

# REVISTA CONTEMPORÁNEA

MADRID, 1884

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

*Libertad, 16 duplicado, bajo*

# REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO X — TOMO LII.

JULIO — AGOSTO 1884



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
CALLE DE LA MADERA BAJA, NÚMS. 5 Y 7, PRINCIPAL DERECHA  
OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO  
*J. F. Parres y Comp.<sup>ª</sup>*  
VENEZUELA  
*E. Fombona*

BUENOS AIRES  
*Manuel Reñe*  
BRASIL  
*Bellarmino Carneiro*  
Pernambuco

CUBA  
*D. Miguel Alorda*  
O'reilly, 96  
Habana.

DERECHOS RESERVADOS





## EMILIO FERRARI

---

### I.



ALLADOLID, patria de Zorrilla, de Núñez de Arce, de Leopoldo Cano, lo es también del poeta eminente que en la noche del 23 de marzo último arrancaba al público más ilustrado é imparcial el aplauso más espontáneo y ruidoso, leyendo magistralmente en el Ateneo de Madrid su poema *Pedro Abelardo* y su cuadro histórico *Dos cetros y dos almas*.

Hasta esa noche, el nombre de Ferrari fué pronunciado con admiración únicamente por aquellos de sus amigos que conocían la alteza de su talento. El público sólo había gustado las bellezas de algunas de sus poesías líricas, de su canto épico *Un día glorioso*, y de un fragmento de *Pedro Abelardo*, leído en el Círculo Nacional de la Juventud; las del drama *La justicia del acaso*, apenas si pudo gustarlas, porque no bien se lo ofreció el poeta, circunstancias deplorables lo arrebataron al aplauso que recogía. Sorprendió, pues, la elevada inspiración de Ferrari, colocado ya, por voto unánime del público y de la prensa, entre los grandes poetas de nuestro tiempo.

¿Es Ferrari, en efecto, un gran poeta? Para probar que la opinión ha sido justa al afirmarlo, escribo este artículo, el cual no es crítica detallada de las bellezas y defectos de las

obras de Ferrari, sino más bien semblanza de su poesía y homenaje de admiración á su ingenio. El poema *Pedro Abelardo* se acerca á la perfección cuanto puede acercarse una obra literaria; y si tiene *lunares*, dejo el placer de buscarlos, decirlos y exagerarlos á los aficionados á tan ingrata tarea; además, yo creo que cuando un rostro es hermoso, los lunares le dan expresión y gracia.

## II.

Corto es el número de poesías líricas escritas por Ferrari, y aunque en todas ellas resalta la gallardía de la expresión, y no se oculta la elevación del pensamiento, no son bastantes á formar juicio del estilo del poeta ni á proclamarle como de primer orden. Descuellan, entre las publicadas, los sonetos *Patria*, *Al hombre*, *A un pensador* y *A D. Quijote*, este último admirable, y aplaudido por el Ateneo como remate glorioso de la velada del 23 de marzo; *Sombras y luz*, escrita en valientes décimas; la *Bienvenida* á los escritores portugueses, y *La musa moderna*, inspirada en *Los gritos del combate*, y cuyo profundo pensamiento, desarrollado en octavas esculturales, revela el vate moderno que siente y canta las dudas, las esperanzas y los afanes de la sociedad que le rodea, é indica al mismo tiempo el rumbo que había de seguir su ingenio. Dice así el poeta, lamentando la insaciable sed de ciencia que siente nuestro siglo:

¡Analizar, analizar! ¡Sagrada,  
mas peligrosa sed, nunca extinguida!  
Tener un microscopio en la mirada  
para contar los hilos de la vida;  
bullendo entre la seda delicada  
ver al gusano por quien fué tejida;  
polvo la dicha hacer que tanto cuesta,  
por descubrir de lo que está compuesta.

Así se ofrece el presente; pero esperanza halagadora alienta

en el alma del poeta, el cual presiente y anuncia la llegada de días más felices, y aunque deplora las agitadas luchas de su edad, no las juzga estériles ni nacidas del acaso, porque

Como en la gran transformación oscura  
de la activa materia, no perece  
ni la pavesa que fugaz se apura,  
ni el tenue polvo que la brisa mece;  
así en la lenta evolución que dura  
lo que la historia, y que el tesoro acrece  
del alma sin cesar, ni un solo grano  
se pierde nunca del progreso humano.

*Un día glorioso* se titula el poemita en que Ferrari canta la batalla de Lepanto, con la novedad posible en asunto tan repetido. Fué premiado en un certamen de Valladolid, y se publicó con una carta-prólogo de Núñez de Arce, en la cual el eminente maestro, comprendiendo todo el valor del joven poeta, le alentaba á mayores empresas, hoy por dicha realizadas. Así como en *La Musa moderna* se nota uno de los dos principales caracteres del estilo de Ferrari, la importancia social del pensamiento en *Un día glorioso* se manifiesta gallardamente el otro, la descripción. Aunque este canto no encaja en la actual evolución de la literatura, es por su forma digno de alabanza y de estudio; tiene octavas excelentes, como esta:

Y allí don Juan. En la mitad erguido  
de aquella lucha de sin par grandeza;  
con una mano el estandarte asido,  
la espada en otra; en trágica belleza  
iluminado el rostro y encendido,  
tirada atrás la varonil cabeza,  
y semejante en su apostura y gloria  
al genio escultural de la victoria...

Aquí ya se revela un poeta descriptivo de primera fuerza. Ferrari también ha llamado á las puertas del templo de Talía. Además de una loa y del drama en un acto, *Quien á hierro*

*mata...*, ha escrito otro drama en tres actos, *La justicia del acaso*, estrenado en Madrid en el teatro de la Alhambra el 12 de noviembre de 1881. Obtuvo lisonjero éxito y fué elogiado por la prensa; pero la opinión general no concedió á Ferrari condiciones de autor dramático. Cierto es que el drama no responde al movimiento del teatro moderno, que la acción no se desarrolla sin tropiezo y que la exuberancia lírica ahoga el interés; pero no lo es menos que los sentimientos hallan casi constantemente la expresión más propia, que el diálogo es animadísimo y primorosa la versificación. Creo, pues, aventurado negar á Ferrari talento dramático cuando sólo puede juzgársele por una producción. A nuestro poeta ha sucedido con *La justicia del acaso* lo que á Núñez de Arce con *El haz de leña*; uno y otro, aplaudidos en el teatro, no sospechaban que en otros géneros literarios estaba el germen de su gloria.

### III.

Pasado ya el tiempo en que el poema épico era relación altisonante de batallas y proezas, no siempre cantadas en la nación que para su gloria y poderío las realizaba; fenecido también el que recibió celebridad de la musa romántica, llena de sentimiento, rica de expresión y pocas veces contenida dentro de razonable límite; siendo el presente tiempo de transición y de lucha, de estudio y de observación, en el cual la filosofía preocupa hasta las inteligencias más humildes, era necesario en la poesía narrativa un eclecticismo que respondiese á la diversidad de ideales que alientan en nuestra sociedad, un nuevo género de poemas, interesantes por la relación de su asunto con aquellos ideales, y de cortas dimensiones para no robar mucho tiempo á esta generación que tan de prisa vive.

Poema *épico-lírico* podría ser llamado el que, para satisfacer tales exigencias, se ha desarrollado en la literatura contemporánea, mezclando en su forma ambos elementos de expre-



sión. En cuanto al fondo, el poema moderno se manifiesta de dos maneras, conformes ambas con las ideas y sentimientos de nuestros días: tomando por asunto episodios de la vida moderna, para estudiar y presentar en ellos cuanto ésta ofrece de peculiar é interesante, ó acudiendo á la historia para juzgar los ideales de otras generaciones y mostrarlos con tanto más amor cuanto estén más en armonía con los de la presente. Personifican respectivamente estas tendencias Campoamor y Núñez de Arce, conservando éste, en el fondo, lo mejor del romanticismo, y en la forma, la pureza y corrección clásicas, y vistiendo aquél sus asuntos, inspirados en profunda é intencionada filosofía, con espontáneo y popular lenguaje. Campoamor en sus *Pequeños Poemas*, y Núñez de Arce en el *Miserere*, *Raimundo Lulio*, la *Ultima lamentación de Lord Byron* y *La Visión de Fray Martín*, han llegado á armonizar con igual acierto, aunque por distintos medios, la belleza de la expresión poética con la importancia social del pensamiento. Al mismo tiempo que estos géneros, pero sin alcanzar su elevación, se cultivan otros dos que tienen con ellos relación marcada: el poema legendario, que ha sustituido á la leyenda romántica, á la cual vence en corrección, pero no ciertamente en vigor é interés, y la narración poética, cuyo asunto, aunque tomado de las modernas costumbres, no entraña importancia social.

Al segundo de aquellos géneros, ya cultivado brillantemente por Byron, Chénier, Lamartine y otros insignes poetas, y personificado en España por Núñez de Arce, pertenece el poema de Ferrari *Pedro Abelardo*, el cual, aunque responda á una tendencia determinada, tiene vida propia y revisite caracteres verdaderamente originales, de forma y de expresión, sobre todo. En el prólogo, escrito en magnífica prosa, que al poema precede, hace Ferrari perfecta distinción entre la *escuela* representada por el artista y la *personalidad* del mismo dentro de ella, creyendo muy cuerdamente que se puede seguir la primera sin copiar la segunda. Y en verdad que predica con el ejemplo.

Cree también Ferrari que el arte es más superior cuanto más completo, y aplicando esta teoría, con la cual desde lue-

go estoy conforme, á su admirable poema, resulta que éste se realiza cumplidamente, dándole carácter y originalidad. Completo es, en efecto, *Pedro Abelardo*: la armonía entre las partes que lo componen, y al mismo tiempo, la variedad y riqueza de estas partes; el perfecto enlace del pensamiento con la expresión, aquél profundo, elevado, trascendental, y ésta vigorosa y propia, son los caracteres distintivos del poema.

En el prólogo traza además Ferrari un cuadro exacto del siglo XII y un paralelo entre San Bernardo, personificación de las ideas de este siglo, y Abelardo, que se levanta el primero á combatirlas. Espiritualismo exagerado reinaba en aquella época de constantes contradicciones, y el claustro, las controversias teológicas y la penitencia merecían únicamente la ambición, el aplauso ó el respeto de las gentes. Abelardo, no comprendiendo la elevación del espíritu á costa de la carne ni el olvido desdeñoso de la vida de que entonces se hacía alarde, quiso encaminar las ideas por distinto rumbo, más natural y lógico; volvió por los fueros de la razón y proclamó las excelencias del amor humano, adelantándose á su siglo como filósofo y como hombre; luchó con la superstición y el fanatismo y amó apasionadamente á una mujer sin par. La intransigencia de una parte y el rencor de otra, vinieron á herirle de muerte en sus dos grandes aspiraciones: la Iglesia condenó sus doctrinas, de las cuales no se perdió la semilla, y la perfidia más vil le incapacitó con bárbara mutilación, para seguir alimentando la pasión sublime que Eloísa supo inspirarle.

Este drama conmovedor, estos golpes terribles que truncaron para siempre la felicidad soñada por Abelardo, la agitación que á éste dominaba en sus inacabables desventuras y su muerte, forman el asunto del poema de Ferrari. Nada podía haber cantado el poeta que interesase á la sociedad moderna tanto como las luchas, los triunfos momentáneos y los infortunios del hombre extraordinario que en pleno siglo XII osó defender la libertad del pensamiento, la emancipación de la conciencia y las leyes naturales del amor.

Explicado ya el fondo de *Pedro Abelardo*, veamos con qué plan le ha presentado y con qué forma le ha vestido su autor,

el cual, no solamente ha hecho una verdadera obra de arte, sino también un estudio histórico de gran importancia é interés, volviendo á Abelardo la perdida fama de su ciencia y aspiraciones; mejor dicho, haciendo popular por medio del arte la figura del pensador y del monje benedictino, como hasta ahora lo había sido la del amante de Eloísa.

En tres cantos está dividido el poema, y Ferrari ha tenido el buen gusto de escribirlos en distintos metros, rompiendo así con el uso seguido generalmente en este género de literatura. Titúlase el primero *Fugitivo*, y está escrito en endecasílabos no repartidos en estrofas de un número fijo de versos. Abelardo cruza ante los Alpes con planta vacilante y presa de mortal agitación, al declinar de un hermoso día de primavera, en el cual la naturaleza, desplegando todo el lujo de sus maravillas, ofrecía singular contraste con el duelo infinito del monje errante. Pide éste á aquellas ingentes montañas un asilo donde ocultar su rubor y su tristeza, y al representarse el horrible cuadro de sus desventuras, la condenación de sus doctrinas, la quema de sus obras, las injurias de la muchedumbre, prorrumpe en enérgicas imprecaciones contra su siglo y en acentos de dolor. A Roma se dirige, en demanda de justicia; meditando tristemente le sorprende la noche, y ya creía pasarla en la soledad de aquellos campos, cuando la voz de una campana le conduce á una cercana abadía, que no era otra que la famosa de Cluny. Aquí termina el primer canto, en el cual no decae un punto la entonación vigorosa que le anima, y cuyo final es de lo más hermoso y completo que he leído en mi vida.

El segundo se titula *El drama*. En un banco del jardín abacial, cuya descripción citaré en lugar oportuno, Pedro Abelardo cuenta al sabio y bondadoso abad de Cluny, Pedro el Venerable, la infortunada historia de sus amores, del mismo modo que á la soledad de los Alpes confiara antes la no menos desgraciada de sus luchas por la ciencia. Sus triunfos en la cátedra, la popularidad de sus canciones, aquel despertar de su sér á la vida del amor, más intenso cuanto más tardío, la felicidad que le sonrió un momento con la posesión de la mujer amada, la cruel venganza de que fué víctima, su entrada en

el claustro, la forzosa posesión de Eloísa, todo, todo lo confía y presenta con vivos colores al abad, aliviando por un momento á su alma del peso de tanta amargura. Tal es *El drama* que se desarrolla en este canto, cuyos admirables tercetos lo mismo se adaptan á la narración que á la expresión de los sentimientos, que á las descripciones.

*Tránsito* se titula el tercer canto, el más profundo del poema. Abelardo muere en humilde celda y en brazos de Pedro el Venerable, al cual confía el depósito sagrado de su conciencia. Habla al abad de sus doctrinas y de la esperanza que alimenta de que no sean infructuosas, apostrofando á su siglo de este modo:

Siglo de errores, que en tu doble oficio,  
feudal señor y penitente austero,  
con una mano ciñes el cilicio  
y con otra revuelves el acero;  
en tanto que en el bélico ejercicio  
bárbaro cobras el botín guerrero,  
ó haces al siervo, bajo el férreo puño,  
regar con sangre el áspero terruño;  
mientras hundiendo la sagaz mirada  
dentro de la razón, siempre intranquila,  
sujetas la conciencia amedrentada  
que entre tu dogma y tu tizón vacila;  
mientras la estatua por tu Dios labrada,  
tu fanatismo sin piedad mutila,  
mientras te embriagas en el torpe lecho,  
llamando está á tus puertas el Derecho.

Consuélese el monje moribundo presintiendo la elevación del pensamiento por la razón, y vuelve por los fueros de la despreciada carne con estas palabras:

El ascético cuerpo demacrado  
de un mundo que á la muerte se sentencia,  
sobre yerta ceniza arrodillado  
en rígida y estéril penitencia,

sienta en su corazón resucitado  
 el fecundo calor de la existencia,  
 y ame otra vez en la hermosura humana  
 la irradiación del alma soberana.

No: no es el cuerpo miserable andrajo  
 que damos á la muerte por rescate;  
 es, más bien, la herramienta de trabajo,  
 es, más bien, la armadura de combate.

.....

Portador de una carta de Eloísa, entra un mendigo en la celda, cuando así se expresaba Abelardo; lee éste aquella carta llena de pasión, dedica á la que fué su esposa en el mundo frases del más ardiente cariño, y muere. Este canto, como se muestra en los trozos transcritos, encierra parte del pensamiento generador del poema, y es prueba de la variedad y riqueza de tonos que emplea Ferrari: entre aquellas octavas valientes y nutridas de profundos pensamientos, resalta la carta de Eloísa, tierna como arrullo de tórtola, y de una sencillez y delicadeza incomparables.

Las descripciones ponen de manifiesto esa variedad que Ferrari sabe dar á sus cuadros, y todas ellas están en relación perfecta con los personajes y con el asunto, ó enlazadas con la narración, sin ahogar nunca con exagerada acumulación de detalles el desarrollo de la acción. Aprendan de Ferrari los que confían á las descripciones todo el mérito de sus obras y olvidan que son cosa secundaria estas galas de la poesía.

En el primer canto hay una descripción de la primavera, que tiene toda la vida exuberante, todo el calor de la naturaleza en esa estación; la inspiración del poeta se desborda en ella como impetuoso torrente. He aquí un fragmento:

.....Era una orgía  
 de rayos, de perfumes, de colores,  
 una explosión de céspedes y flores,  
 una embriaguez universal, y en ellas  
 vida la luz, la atmósfera centellas,  
 risas las auras, himnos los rumores.

.....

El rústico tapiz que en los boscajes  
 con sus viciosas ramas han tejido  
 lianas y yedras, musgos y follajes,  
 cuajado está de crías, que, gozosas,  
 entre las pajas bullen y aletean,  
 en torno de las cuales, afanosas,  
 las madres sin cesar revolotean,  
 rozando alguna, en su aturdido vuelo,  
 aquella red, por donde asoma el cielo  
 como á través de enrarecidas brumas,  
 y que al choque fugaz, deja en el suelo  
 una lluvia caer de hojas y plumas.

.....

En este mismo canto se contiene una descripción del crepúsculo vespertino, sobria, natural y en alto grado poética.

El canto segundo comienza con una pintura del banco en el cual Abelardo contó al abad sus cuitas, y del jardín de la abadía; son de admirar en ella la precisión del detalle y la facilidad de la versificación, como lo prueban estos versos:

Al pie de un sauce que la verde alfombra  
 del jardín abacial recorta oscuro  
 con una mancha de oscilante sombra;  
 guarecido del viento por el muro  
 y alzado sobre el suelo en dos puntales,  
 hay un banco de piedra, mal seguro,  
 que cerca un doble seto de zarzales  
 y parásitas hierbas han cubierto,  
 creciendo en sus junturas desiguales.

Es el paraje plácido y desierto,  
 pues turban sólo su quietud amiga  
 los bulliciosos pájaros del huerto;  
 y entre el ramaje, que su ardor mitiga,  
 pasa un rayo de luz que el suelo dora,  
 donde crecen el árgoma y la ortiga.

Como acabado modelo de *descripciones en acción* merece ci-

tarse el relato que hace Abelardo de la profesión de Eloísa, parte quizá la más hermosa del poema. Todo es allí armonía, color y sentimiento. El final es de gran efecto poético. Helo aquí:

Y cercada de humildes religiosas,  
ví á Eloísa alejarse por el coro  
al son de las antífonas piadosas;  
y á mí su vista, que nublaba el lloro,  
del claustro el muro al trasponer incierta,  
volvió como diciéndome: «¡aún te adoro!»  
Y cual la losa de la tumba abierta,  
tras de sus pasos, para siempre, ¡oh cielo!  
con sordo golpe se cerró la puerta.

Por último, véase esta octava del canto tercero, en la cual se ofrece un cuadro completo y lleno de vida:

Hay de la celda en la pared colgado  
un tosco crucifijo de madera;  
en el poyo de un ángulo, empolvado,  
un libro abierto á su lector espera;  
brilla á un lado una luz, al otro lado  
se ve una descarnada calavera,  
y en silencio el abad reza de hinojos  
sin apartar del infeliz los ojos.

El lenguaje con que Ferrari ha dado forma á producción de tanto mérito, tiene toda la gallardía y majestad del de Víctor Hugo y la energía que dió carácter al de Quintana, Tassara y Núñez de Arce. Es fluído, sonoro, sobrio, castizo y de extraordinaria riqueza; no hay en él frases rebuscadas, ni abuso del adjetivo; es, en fin, digno del asunto.

#### IV.

*Dos cetros y dos almas* titúlase el cuadro histórico en que canta Ferrari las bodas de D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel, después Reyes Católicos y unificadores de España. Efectuáronse di-

chas bodas en Valladolid en 1469, y en esta histórica ciudad fué premiada composición tan brillante como también lo había sido *Un día glorioso*. Pero no es ciertamente Ferrari poeta de certámenes: perdieron estas lides de la inteligencia su antiguo carácter, y hoy nada significa, ni nada dice en favor de un poeta la obtención de una lira de oro ó una flor natural, habiendo autor cien veces *laureado* que no se alza un palmo sobre el nivel del vulgo. Al decir que aquella poesía fué premiada no lo hago para probar su mérito, cito solamente un hecho. En el Ateneo sí que obtuvo su autor el premio de más valía, el aplauso de un público inteligente y nada pródigo, aplauso que fué ovación inmensa, rayana del delirio.

*Dos cetros y dos almas* no es un poema; es sencillamente un relato, ajustado con gran precisión á la verdad histórica, de los episodios que precedieron al venturoso enlace de aquellos ilustres Príncipes y del regocijo y fiestas populares que lo celebraron. La misma sencillez del asunto ha dado al poeta campo inmenso donde desplegar todo el lujo de la forma, todo el interés de la narración, todo el encanto de las descripciones. Estas no ceden á las mejores escritas en lengua castellana; es tal su animación, tal su riqueza de detalles y el carácter de época que revisten, que al oírlas (sobre todo si las dice su autor), se cree estar en pleno siglo XV y ver como presentes las figuras de tan magnífico cuadro. No sólo se muestra aquí Ferrari gran poeta, interpretando á maravilla los sentimientos de los personajes y de la época, sino también conocedor nada vulgar de las costumbres, usos, trajes, mobiliario y artes de la misma.

Esta producción, de la cual no copio trozo alguno por conservarse aún inédita, está escrita en romances y en quintillas. Compiten los romances con los más renombrados del *Roman-cero* y del Duque de Rivas, y las quintillas han de citarse de hoy más á par de las de D. Nicolás de Moratín en su popular *Fiesta de toros*. El lenguaje castizo y noble de nuestro poeta sienta muy bien y da mucho carácter á esta leyenda histórica, sin superior en su género.



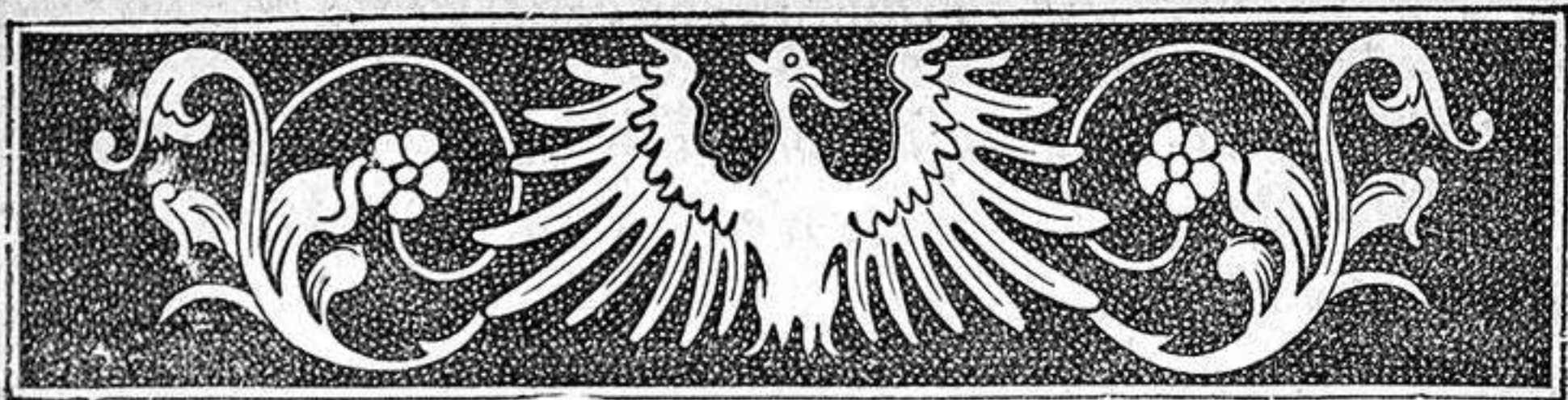
## V.

El autor de *Pedro Abelardo* prepara nuevas obras con que honrar las letras castellanas, deleitar al público y mantener su justa fama. Posee ilustración vastísima, admirable claridad de juicio, amor á todo lo grande y noble, verdadero entusiasmo por el arte y talento observador; con estas cualidades, el poeta se mantendrá en lo sucesivo á la altura en que ya se ha colocado, y desde la cual, siempre modesto y siempre amabilísimo en su trato, continúa siendo encanto de sus amigos y objeto de la admiración más sincera.

No ha sido su triunfo el momentáneo que merece el poeta cuyas obras sólo tienen vida, simulada las más veces, en la brillantez de las imágenes ó en lo más superficial de la poesía: la versificación. La forma es en las obras de Ferrari hermosa, limpia y varia, molde y auxiliar del pensamiento, no soberana del arte; que éste es fecundo enlace de una y otro, como el hombre de espíritu y materia. Nada más fácil que deslumbrar con el oropel de una poesía alimentada solamente por frases de efecto y filigranas de estilo. Nada más difícil que hacer pensar y sentir con el interés que inspiren la profundidad del pensamiento y el carácter del personaje. Esta dificultad la vence Ferrari, verdadero artista, cuyas obras son elocuente expresión de lo que pueden el estudio y la constancia cuando á ellos obedece la imaginación. Ya lo ha dicho nuestro poeta en su magnífico soneto *Á un pensador*:

Al ruin lo fácil, lo costoso al bueno:  
Sobre la tierra encontrarás las flores;  
El oro hay que arrancarlo de su seno.

FERNANDO DíEZ DE TEJADA.



## TRABAJOS DE EBERMAYER

---



UNCA como ahora se hace preciso insistir sobre el importante papel que los montes desempeñan, pues nunca como ahora se ha desconocido su naturaleza por hombres de grande y merecida fama que se obstinan en considerarlos únicamente como susceptibles de producir dinero por su venta.

Séanos permitido, á manera de paréntesis, declarar que no todos son tan intransigentes en sus opiniones desamortizadoras. Al lado de los Sres. Camacho y Moret, para quienes ni un solo monte debe continuar con el carácter de público, otros, como el distinguido Ministro de Hacienda de la revolución, D. Laureano Figuerola, cuyas ideas radicales no le hacen sospechoso de parcialidad, si, consecuente con ellas, «es amigo de la desamortización, como fué enemigo de la »Mesta, de los mayorazgos y de lo que se llama protección »á la industria, no desconoce, sin embargo, la importancia »de los montes,» y cree, con su claro juicio, que debe conservarse la zona verdaderamente forestal, para que en ella y de un modo intenso emprendan los ingenieros los trabajos de repoblación que con urgencia exige.

No hemos de ocultar la satisfacción que nos causa ver en terreno firme á hombres tan notables como el Sr. Figuerola,

con el cual conforman en el fondo el sabio D. Melitón Martín (1), cuyo vasto saber le permite realizar con igual acierto el trazado de un ferrocarril que la redacción de una obra de filosofía, y el no menos inteligente inspector de minas, don Federico Botella (2), quien por sí sólo, y sin ayuda oficial, ha logrado llevar á feliz término la formación del Mapa geológico de la Península Ibérica, trabajo que aun cuando otros no tuviera hechos y en vías de publicación, da gallarda muestra de su prodigiosa actividad.

Un ilustre naturalista alemán, el Dr. Ebermayer, es quien con una de sus eruditas obras (3) nos proporciona los materiales necesarios para las consideraciones que siguen, sumárisimo compendio de los trabajos por él efectuados.

---

(1) Escribe este ilustre pensador con su acostumbrada elocuencia:

«Le felicito á V. por haber salido á la defensa de nuestra madre la tierra, cuyo manto de salud y vida los españoles, por lo visto, no se han cansado todavía de rasgar.

»No comprenden ¡los muy impíos! cómo al poner al desnudo su aterido seno los antes robustos numerosos hijos de su pródigo regazo, se convierten en pocos y míseros parásitos de un esqueleto.»

(2) Copiamos: «No puedo menos de felicitarle por la campaña que ha emprendido en pro de unas ideas que son las que he sustentado toda mi vida, y que sigo defendiendo, como lo prueba el impreso que acompaño (\*), que reproduce mi opinión en lo que se refiere al modo y manera de corregir lo que se llama impropriamente la pobreza de nuestro suelo. Creo firmemente que la naturaleza nos ha colocado en las mejores condiciones de prosperidad y de riqueza; pero esto será siempre que no nos empeñemos en seguir por el camino inverso de nuestros intereses, destruyendo los montes y desaprovechando las aguas.»

Perdónennos los Sres. Figuerola, Martín y Botella, si hemos cometido una indiscreción publicando parte de las cartas con que nos honraron, por no poder resistir el deseo de dar á conocer sus autorizadísimas opiniones.

(3) *Die physikalischen Einwirkungen des Waldes auf Luft und Boden, und seine klimatologische und hygienische Bedeutung.*

---

(\*) *De cómo nuestro suelo no es tan pobre como se quiere decir*, por D. F. Botella.

## I.

INFLUENCIA DE LOS MONTES EN LA HUMEDAD  
DE LA ATMÓSFERA.

La atmósfera contiene siempre una cierta cantidad de vapor de agua que cuando pasa del límite llamado *punto de saturación*, da origen á las nieblas y nubes. La cantidad máxima de vapor de agua que puede contener el aire sin saturarse, se llama *humedad absoluta*, y se denomina *humedad relativa* á la que realmente existe en la atmósfera. Así, un metro cúbico de aire á la temperatura de 0° centígrados, puede contener 5,4 gramos de vapor de agua sin que exceda del punto de saturación; 9,7 gramos á la temperatura de 10°; 17,3 á la de 20°; 5,4 9,7 y 17,3, representan la humedad absoluta del aire á las temperaturas de 0°, 10° y 20° respectivamente. Supongamos ahora que un metro cúbico de aire á la temperatura de 20° no contenga más que 9,7 gramos de vapor de agua: esta cantidad de 9,7 gramos representa la humedad relativa, que ordinariamente se expresa en partes centesimales de la humedad absoluta, y por tanto, en este caso vendría dada por  $\frac{9,7}{17,3}$  ó sea el 56 por 100.

La humedad absoluta es constante para temperaturas determinadas, mientras que la relativa puede variar muchísimo con el cambio de la cantidad de vapor de agua y con el de la temperatura, hasta coincidir con la cifra de la humedad absoluta, como se ve en el ejemplo anterior. Cuando pasa del punto de saturación, se condensa el exceso de vapor acuoso bajo forma de nubes y niebla, y después de rocío, escarcha, lluvia, nieve ó granizo, según la cantidad de vapor, la temperatura y otras circunstancias de las que depende la formación de estos meteoros. De la humedad relativa se de-

duce la del clima, diciéndose: seco, cuando la humedad no excede del 55 por 100 de la absoluta; algo húmedo, cuando está comprendida entre 56 y 70 por 100; húmedo, del 71 al 85 por 100, y muy húmedo, del 86 al 100 por 100. La humedad atmosférica templada las extremas de calor y frío, porque el agua siendo mal conductor del calórico absorbe una gran cantidad de rayos solares y modera la radiación del calor terrestre. Lo apacible del clima de Inglaterra y la uniforme temperatura de los países del litoral, se atribuye principalmente á la gran humedad atmosférica de dichos sitios; en tanto que la inhospitalidad de los desiertos africanos se debe á la extraordinaria falta de humedad.

La distribución del calor en la superficie del globo, templando los veranos é inviernos de las regiones polares, que de lo contrario no serían habitables; el tránsito gradual de la luz á la oscuridad que constituye la aurora y el crepúsculo, se deben al vapor de agua de la atmósfera, que forman, en suma, entre las condiciones esenciales de la vida orgánica en nuestro planeta. Y por consiguiente, es muy interesante averiguar si los montes modifican la humedad de la atmósfera. Y como ésta depende de la cantidad de vapor acuoso y de la temperatura, puede asegurarse *à priori* que para que los montes ejerzan alguna influencia han de poder modificar uno ú otro de estos factores, ó ambos á la vez.

De las experiencias efectuadas en Baviera, resulta:

1.º Que la influencia de los montes en la humedad absoluta es casi nula en el curso del año.

2.º Que la humedad relativa media anual en un monte excede en 3 por 100 á la de las llanuras, y en 9 por 100 á la de las montañas desnudas. Esta última diferencia es de 9'28 por 100 durante el verano; 5'70 en la primavera; 5'22 en otoño y cerca de 4 por 100 en invierno.

3.º Que dicha diferencia es mayor en las horas siguientes al medio día que en las demás.

La prueba indirecta de que en los montes la humedad relativa es mayor, se deduce principalmente de la cantidad de agua evaporada, que está en relación directa de la temperatura y la superficie evaporatriz y en relación inversa de la

humedad atmosférica. A este respecto se ha visto que á igualdad de superficie evaporante:

1.º En el monte la evaporación media anual es menor en 64 por 100.

2.º En las cuatro estaciones, las diferencias en menos, suponiendo 1 la del verano, están representadas por las cifras siguientes: 0'65 en primavera, 0'51 en otoño y 0'25 en invierno.

3.º En el mes de junio la evaporación es seis veces menor que en noviembre.

Se puede concluir, por lo tanto, que los montes ó modifican la temperatura ó la cantidad de vapor acuoso, ó entrambos factores de la humedad atmosférica. Pronto veremos que su acción se manifiesta principalmente en la temperatura; pero no puede decirse que no influyan también en la cantidad de vapor de agua.

Sabido es que el vapor de agua procede en su mayor parte de las inmensas superficies evaporantes del mar, ríos y lagos, contribuyendo también á su formación el agua que se evapora de la tierra y la que exhalan los vegetales. De las primeras hablaremos más detenidamente al tratar de la evaporación del agua de la tierra, limitándonos ahora á observar que un terreno poblado evapora más lentamente que uno raso, y por esta misma razón envía á la atmósfera vapor de agua durante más tiempo; de suerte que cuando el aire del campo raso se halla del todo seco, todavía conservará alguna humedad el de los montes. Las experiencias de Deherain demuestran que la exhalación de las plantas es causa de humedad, y confirman la antigua opinión de los fisiólogos: que la exhalación acuosa de las hojas de las plantas no es un fenómeno de simple evaporación, dependiente del grado de humedad y calor de la atmósfera, sino un proceso fisiológico, que depende exclusivamente de la acción de la luz, y es proporcionado á la actividad vital de la planta.

De tal manera que las plantas continúan evaporando, aun cuando la atmósfera se halle saturada, si hay luz y están satisfechas todas las condiciones de la vida vegetal. Por esto alcanza la evaporación su valor máximo en primavera, al

despertar de la vegetación; es nula ó casi nula durante el letargo invernal y en los días muy calurosos del verano, en los cuales suspenden las plantas sus funciones como en los días fríos; máxima, en las horas siguientes al mediodía; mínima ó nula durante la noche; menor á la luz reflejada ó artificial. Depende también de la especie y de la edad de la planta. Entre las leñosas, las hidrófilas (aliso negro, sauces y chopos), evaporan bastante más que las restantes de hoja plana y éstas diversamente que las resinosas. Hasta que las plantas llegan al período de su máximo crecimiento en altura, la evaporación es bastante mayor que cuando aquél ha cesado y disminuídose la actividad vital. Ahora bien; aunque esta causa de humedad es poco importante frente á la gran cantidad de agua que evaporan los mares, ríos y lagos, no debe despreciarse si se considera la inmensa superficie de exhalación que componen reunidas todas las hojas de las plantas de un monte extenso.

Pasando á considerar la influencia que pueden ejercer los montes en los precipitados atmosféricos, observaremos ante todo que su formación depende esencialmente de la humedad y temperatura, á las que en el granizo, según las opiniones más acreditadas, se une otro agente, el eléctrico. Cuando la cantidad de vapor de agua pasa el punto de saturación sobre la superficie terrestre y en contacto con objetos fríos, se convierte en rocío ó en escarcha si la temperatura es muy baja, y en las altas regiones de la atmósfera se forman las nubes, que si aumenta la humedad se resuelven en lluvia, ó en nieve si la temperatura es bastante baja, y en granizo si interviene también la electricidad. Estudiemos más á fondo la formación de la lluvia. Se sabe que ésta tiene efecto cuando un viento caliente, al pasar sobre la superficie de los mares, se carga de vapor de agua, y al internarse en el continente, se encuentra con una corriente de aire frío que hace descender de un modo súbito la temperatura y condensa el vapor de agua que cae en forma de lluvia.

Por esto en la Europa meridional se produce generalmente la lluvia por el encuentro de las corrientes del Sudoeste ó del Oeste con las del Este ó Nordeste; las primeras calientes y car-

gadas de vapor, las segundas frías y secas. Pero la lluvia puede producirse por otras circunstancias, que llamaremos locales, entre las que ocupa el primer lugar la existencia de montañas. La explicación de este fenómeno se halla en la formación de las nubes en las altas montañas, que está sujeta á las leyes físicas siguientes: un cuerpo, al dilatarse, absorbe calórico, que pasa al estado latente; por el contrario, al disminuir de volumen, desprende calórico. Ahora bien; al elevarse en la atmósfera una corriente de aire caliente y húmedo, como con la altura disminuye la presión, se dilata el aire y baja su temperatura, y la atmósfera perderá su transparencia porque se formarán nubes; lo opuesto sucede cuando una corriente de aire desciende y se condensa por la presión atmosférica. Mas es claro que tanto el ascenso como el descenso de las corrientes aéreas son producidos en gran parte por las cadenas de montañas, que oponiendo un obstáculo á su libre paso, las constriñen á subir ó bajar, según sean más ligeras ó más pesadas que la atmósfera en aquellas regiones; por consiguiente, los montes ejercen una acción importante en la formación de la lluvia.

Por otra parte, es evidente que no es indistinto el que los montes se hallen ó no cubiertos de vegetación, porque las corrientes ascendentes se enfrían más ó menos según que la temperatura es más ó menos baja, y ésta varía con la presencia ó falta de plantas. Muy luego veremos que la temperatura de la atmósfera en los sitios arbolados es menor durante el día que en los rasos. Por este hecho y por el ya indicado de la gran evaporación fisiológica de las hojas, Ebermayer concede influencia á los montes en la cantidad de lluvia que anualmente cae en un punto dado, y añade, que debe ser mayor en los sitios elevados que en las llanuras, y mayor en los mares y climas calurosos que en los fríos, precisamente porque entonces son mayores también las diferencias de temperatura y humedad entre el monte y el terreno raso.

Por lo que toca á la distribución de las lluvias, se desprende de las observaciones efectuadas en Baviera que los montes ejercen considerable acción en las lluvias estivales, que hacen más frecuentes y menos violentas aunque más conti-



nuadas; conclusión de suma importancia, porque no es indiferente el que una gran sequedad sea sólo interrumpida por breves y violentos aguaceros, que en vez de ser beneficiosos son perjudiciales á la vegetación y á las veces ocasionan males gravísimos. Herr Reutsch explica esta influencia del modo que sigue:

Supongamos que una corriente cargada de vapor encuentra un monte; éste, como es frío y húmedo, podrá hacer que aquélla se resuelva en lluvia, mientras que si pasa por un campo árido, el vapor se calienta y la corriente se eleva sin que se produzca la lluvia. Repitiéndose esto algunas veces, se acumulará tanto vapor de agua en la atmósfera que un pequeño descenso de temperatura bastará para condensarlo, sucediéndose uno de esos temibles aguaceros de verano, tan frecuentes en los países cálidos y desprovistos de arbolado. Luego los montes impiden la excesiva acumulación de vapores en la atmósfera.

Respecto al rocío, escarcha y nieve, los montes tienen una influencia negativa, es decir, impiden su formación disminuyendo la radiación del calor terrestre. En la nieve ejercen la misma acción que en la lluvia, siendo dudosa su influencia en el granizo, pues hay observaciones en pro y en contra.

Debieran bastar las influencias antes indicadas para que se pusiese empeño en la conservación de los montes, aunque no ejercieran otras de gran entidad, como veremos en el curso de estos estudios; y no pensara nadie en la venta, aparte de razones de índole diversa, por la que nos exponía en una carta el ilustradísimo ex-ministro D. Servando Ruiz Gómez. Hela aquí: «Para no aprobar la venta de los montes, tengo »especialísimas razones económicas. Hay mucha propiedad »rural en manos de los propietarios, que está en España como en ninguna parte repartida. Es preciso que el ahorro se »emplee en mejorar y fomentar la propiedad, y las nuevas »adquisiciones, aparte de otros peligros, distraerían los »brantes del cultivo de su mejora y adelanto. Manifiesto claramente mi oposición á un proyecto que desapruébo.»

## II.

## INFLUENCIA DE LOS MONTES EN LA HUMEDAD DEL SUELO.

La humedad del suelo depende principalmente:

- 1.º De la frecuencia, duración é intensidad de la lluvia.
- 2.º De la evaporación aérea del agua de lluvia.
- 3.º De la evaporación de la misma en la superficie de la tierra.
- 4.º De la permeabilidad y fuerza de retención que las tierras tienen para el agua que cae en ellas.

Respecto al primer factor, la cosa es evidente, y basta observar que de dos lluvias que caigan en un monte, la una breve y violenta, la otra fina y más continuada, aun cuando den la misma cantidad de agua, penetra en la tierra mucha mayor porción en el segundo caso que en el primero. Ahora, como se ha visto que los montes aminoran la violencia de las lluvias y las hacen más frecuentes y prolongadas durante el estío, resulta que influyen por este concepto en la humedad de la tierra; y tanto más cuanto que á dicha acción física se une la mecánica de los árboles, que con sus copas esparcen y dividen la lluvia, que llega á tierra sumamente desnuzada.

La evaporación aérea se debe en gran parte á la temperatura de las capas atmosféricas, que aumenta á medida que el agua se aproxima al suelo. En los montes hay además la división mecánica dicha, que aumentando considerablemente la superficie evaporatriz, hace que gran cantidad de agua se evapore antes de tocar á tierra. Con efecto, háse visto que de la lluvia caída durante un año en un sitio dado, en el monte sólo se recogieron los  $\frac{3}{4}$  en el pluviómetro: la otra cuarta parte se evaporó antes de llegar al suelo.

No toda el agua que toca á tierra es absorbida, pues se pierde otra parte, que varía con la temperatura de la super-

ficie del terreno, su pendiente, configuración y permeabilidad. Si cae una lluvia de corta duración en un día caluroso de verano, apenas se humedece la tierra, porque la elevada temperatura de la superficie convierte á casi toda aquélla en vapor. Entre dos terrenos, que sean llano el uno y el otro inclinado, el primero dejará filtrar más agua que el segundo. Los musgos son otro obstáculo á la filtración, pues absorben mucha agua y después ceden lentamente la mayor parte á la atmósfera y muy poca á la tierra, y también lo es una fina capa de hierba que detiene, divide en grado sumo y hace que se evapore el agua caída.

La permeabilidad es una propiedad inherente á la composición química de las tierras, que puede, no obstante, ser modificada por medios mecánicos. Así un terreno que sea muy permeable pierde esta propiedad si se le recubre con una capa de hierba, cuyas hojas entrelazadas forman un tejido poco poroso; esto lo comprueban los experimentos de Baviera, donde se ha visto que los prados son los que dejan infiltrar menos agua.

La permeabilidad, unida á la fuerza de retención, constituye el último factor de la humedad de los terrenos; porque no basta que éstos dejen paso á mucha agua, si no tienen la facultad de retenerla. Las arenas, por ejemplo, son las que más absorben, y sin embargo, siempre están secas, porque cuanto agua absorben dejan que se infiltre á las capas inferiores: la arcilla, por el contrario, la absorbe lentamente, pero la retiene con gran tenacidad, se hincha mucho, cierra sus poros, y por consecuencia, no deja paso á la demás agua. De ahí que unos terrenos se saturen pronto, como los arcillosos, y otros no lleguen casi nunca á saturarse, como las arenas.

Añadiremos, finalmente, que las tierras que poseen una gran fuerza de retención ceden después con lentitud á la atmósfera el agua absorbida, y que en los terrenos cultivados se aumenta mucho la evaporación por la exhalación fisiológica de las plantas.

Al considerar ahora la acción de los montes en la humedad del suelo, se sospecha desde luego que deben favorecerla,

aun cuando sean causa de que se desperdicie una cuarta parte del agua de lluvia. Porque se disminuye la evaporación en la superficie del terreno, puesto que ya se ha demostrado que la evaporación de una superficie libre es menor en el monte que en el campo, y los troncos de los árboles oponen un obstáculo á la dispersión de las aguas. Por el contrario, aumenta la absorción, porque el mantillo absorbe el agua con avidez, aunque de diverso modo que la arcilla y las arenas, y la cede después poco á poco á las capas inferiores; aumenta también la permeabilidad del mismo mantillo, que es muy poroso; y como las raíces de las plantas no son superficiales, como las de la hierba, no constituyen como ésta una red impermeable.

La experiencia confirma las anteriores conclusiones, deducidas *à priori*, pues resulta:

1.º Que la evaporación del terreno arbolado, pero sin mantillo, es menor en 62 por 100 que la media de los meses de abril á setiembre en la tierra falta de vegetación.

2.º Que dicha diferencia llega al 85 por 100 en las tierras arboladas y con mantillo.

3.º Que un terreno de monte con mantillo, pero sin arbolado, evapora el 60 por 100 menos; luego la acción del mantillo equivale á la de la cubierta arbórea.

4.º Que las diferencias indicadas son casi nulas en los meses de invierno y días lluviosos.

Respecto á la cantidad de agua infiltrada, se obtuvieron los resultados siguientes:

1.º De la cantidad total de agua caída en el suelo durante un año, se filtró en el terreno arbolado:

	Con mantillo.	Sin mantillo.	Suelo desnudo.
A 1 pie	el 74 por 100	el 67 por 100	el 54 por 100
2	el 77 por 100	—	el 50 por 100
4	el 60 por 100	—	el 53 por 100

2.º En los rasos varía la humedad con la estación y la profundidad: en invierno y primavera están más húmedas las capas profundas; en otoño, y especialmente en el verano,

ocurre lo contrario. Así la humedad á cuatro pies de profundidad es en invierno 7,5 veces mayor que en verano. En cambio en los montes con mantillo se conserva casi constante la humedad en todo el año y á cualquiera profundidad; y los desprovistos de mantillo tienen la máxima humedad en invierno, á un pie de profundidad, siguiendo después la primavera, el otoño y el verano.

3.º En invierno penetra en el suelo arbolado, con ó sin mantillo, menos agua que en el raso; por esto la humedad de las capas inferiores es entonces menor que fuera del monte. La importancia del mantillo es casi nula durante el invierno. En la primavera el suelo arbolado está algo más húmedo que el raso, á causa del derretimiento de las nieves que empieza más tarde en el monte; la diferencia no es, sin embargo, grande, ni tampoco la acción del mantillo. En el verano es cuando se manifiesta la diferencia máxima de humedad y la gran importancia del mantillo.

Con efecto, la humedad en el monte con mantillo era:

A 1 pie,  $2 \frac{1}{2}$  veces mayor que en el suelo desnudo.

A 2 pies,  $3 \frac{1}{2}$  idem, id.

A 4 id.,  $2 \frac{3}{4}$  idem, id.

En el terreno sin mantillo la humedad á dos pies era sólo doble. Por consiguiente, los montes contribuyen á la persistencia de los manantiales y con ella á la alimentación de los ríos en la estación y climas cálidos, y más todavía si se hallan aquellos cubiertos de mantillo.

4.º El agua producida por el derretimiento de las nieves se infiltra en gran cantidad en los terrenos arbolados, mientras que en los rasos con clima frío, absorbe muy poca la tierra. Conclusión: que los montes moderan también los daños que pudiera ocasionar un repentino derretimiento de la nieve.

5.º Entre el suelo arbolado y el raso, hay la diferencia de que éste en el mes de mayo no deja filtrar ni la mitad del agua de lluvia, y mucho menos aún en junio y julio. Y si se recuerda que los prados son los que más evaporan, se explicará que contribuyan tan poco á la permanencia de los manantiales y que sufran tanto con las sequías.

Nos queda por considerar la cantidad de agua que ceden las tierras para la alimentación de los manantiales, en lo que también ejercen los montes benéfica influencia. Se ha observado que los montes con mantillo dejan filtrar casi el doble que los rasos, y precisamente en los meses de abril á setiembre, ó sea en la época que son más intensos los calores y mayor la exhalación de las plantas. Los resultados obtenidos son:

*Agua filtrada.*

Por el suelo raso.. . . . .	1.719,2	m. c.	por hectárea.
» monte sin mantillo. . . . .	2.639,2	»	»
» monte con mantillo. . . . .	3.077,6	»	»

Y repitámoslo: esta influencia de los montes se manifiesta en los meses más calurosos, y por consecuencia en las comarcas más meridionales y secas.

RAFAEL A. SEREIX.

*(Se concluirá.)*





# DEL MÉTODO EXPERIMENTAL

## EN LA PSICOLOGÍA

NOTAS Y APUNTES DE DOS DISCURSOS PRONUNCIADOS EN EL ATENEO  
DE MADRID.

*Continuación (1).*



EN todo este trabajo están fundados los procedimientos de medir sensaciones. Para el caso particular de tales fenómenos psicológicos, no pueden emplearse unidades de medida perfectamente conocidas y aplicables en todos los casos, que es la sensación en extremo variable, y apenas pueden conocerse, en los casos generales, ciertas constantes, no muy precisas, y por tal causa se apela al sistema, utilísimo sin duda, de la comparación de varias sensaciones, tomando como unidad la menor sensación de cierta especie perceptible para un individuo. Otras veces se apela al procedimiento de calcular los errores mínimos cometidos en juzgar acerca del contraste de varios colores ó de dos pesos, cuya diferencia es pequeña, y de esta suerte, por camino largo y penoso, se acierta á dar valor numérico á determinadas sensaciones, llevando así á la Psicología los métodos y medidas de las

---

(1) Véase la pág. 385 del tomo anterior.

ciencias naturales, ensanchando con ellos sus aplicaciones y dando carácter nuevo y muy distinto del antiguo á esta ciencia que se ocupa de hechos de mayor complicación en los cuales intervienen de una parte todas las fuerzas de la Naturaleza, y de otra un factor acaso del mismo orden, hoy casi desconocido, y que modifica, en virtud de su potencialidad, toda acción de los agentes naturales.

Breves deben ser asimismo las consideraciones acerca de lo que he nombrado forma ó constitución de las cantidades por que expresamos los fenómenos en la ciencia natural, aunque cualidad de la forma se refiere determinadamente á la característica diferencial de los hechos, asunto en alto grado importante y quizá el de mayor interés para el científico. Al cabo trátase del principio general de distinción, el cual viene á ser á modo del signo especial de las cantidades determinadas por el análisis.

No basta, en efecto, la mera apreciación numérica de los hechos para compararlos é inducir sus leyes; requiérese además otro trabajo más individual y detallado, base de todo sistema científico, punto de partida del conocimiento, ya que éste reconoce la relación como forma. Teniendo presente el principio fundamental de la ciencia de nuestro tiempo, en cuya virtud admitimos que todo fenómeno representa tan sólo determinada apariencia de movimiento, simple modalidad de la energía única, llegamos á esta conclusión, enteramente lógica, deducida de las leyes de la Mecánica: todo fenómeno tiene, en cuanto movimiento, dos caracteres: velocidad y forma. El primero se representa por la cantidad de fuerza gastada, el segundo es la trayectoria descrita, y así decimos que tal fenómeno débese á movimiento ondulatorio de velocidad, tal otro es rectilíneo, y por la transformación de unas formas en otras deducimos la convertibilidad de la energía. Unas veces toma origen la diferencia de los fenómenos en la diversa forma del movimiento, y en este sentido nadie confundirá el ondular que produce los colores con la acción química, y otras en la cantidad de movimiento, carácter que distingue un sonido de un color, por ejemplo. En tal respecto pueden ser considerados los hechos como re-



sultantes de diversas fuerzas, las cuales son capaces de combinarse de modos variadísimos, originando diversas direcciones, según los elementos de la resultante se compongan.

Este es el sentido de la forma en la representación numérica del fenómeno. Refiérese á dirección de movimiento, cantidad también; pues no sólo figúrase por medios gráficos, sino mídese y tradúcese en números. Y es de tal suerte importante este elemento de la forma, que sin él no hay clasificación posible ni es dable establecer ecuaciones generales, ni definir fenómeno alguno. Puede el valor revelar la cantidad de energía invertida, demostrar la continuidad de la acción, probar la unidad de la fuerza; mas nada indica acerca de la diferencia de los hechos; con cantidades determinadas sólo pueden agruparse aquellos en los cuales se invierte la misma energía, y por consiguiente, la apariencia distintiva del fenómeno, eso que tomamos por elemento cualitativo, no lo da el valor numérico, insuficiente con respecto al modo especial que reviste la energía en su perenne evolución. Las formas de movimiento, en cambio, demuestran el continuo mudar de la fuerza, enseñan como de la potencialidad se pasa al movimiento vibratorio y á la fuerza viva, permiten clasificar los hechos, según las formas de movimiento, y dentro de cada una establecer la distinción por mera diversidad de cantidades de fuerza; revelan la identidad de los modos del cambio y la constante integración y desintegración de energías que constituye la vida del mundo. A virtud de este carácter llegamos actualmente á mayor grado de conocimiento en el orden de la Naturaleza; pues del estudio de las formas de la energía dedujéronse aquellos principios que aseguran la unidad y constancia de la fuerza; sabemos por qué mecanismos ésta se trasforma produciendo la variedad de manifestaciones, y hemos sorprendido, si así vale decir, ese misterioso y fecundo trabajo del cual son producto todos los fenómenos y todos los seres.

Vese ahora claro el significado de la distinción cualitativa de los fenómenos. Nace exclusivamente de la forma, según puede demostrarse por medio de sencillos ejemplos, tomados de lo mejor conocido en la ciencia natural. ¿Cuál es, si no, la

diferencia entre la descomposición electrolítica del agua y su disociación? En ambos casos el elemento del fenómeno es el mismo é iguales los productos de la metamorfosis; mas en el primero la energía reviste diferente forma. Lo que llamamos distintos estados en cualquiera cuerpo, ¿qué otra cosa son sino diferencias de forma? Y aun los misos seres dichos organizados, cuyo origen es perfectamente idéntico, ¿por qué sino por la variada forma del desarrollo se diferencian?

Es, en mi sentir, esta cuestión, la más importante que ofrece el método experimental, singularmente cuando pretende extenderse á la Psicología, y quiero, por lo tanto, exponer mi pensamiento completo, aun cuando calificuéis este preliminar de largo en demasía. De esta suerte espero dejar sentadas las bases de mi opinión, que ha de hacerse más clara y razonada después de tan extenso prólogo.

A fin de comprender, de una vez para siempre, el sentido que atribuyo á la cualidad forma, vamos á figurarnos un sonido cualquiera, y supongamos que sea la nota *la*. A ella corresponde cierto número de vibraciones, cuya amplitud varía con la intensidad; sin embargo, aun cuando tal número sea fijo é invariable para el mismo tono, distinguimos y diferenciamos con toda claridad la nota, según el modo ó mecanismo de producirla. Así decimos cuál es el *la* del clarinete, el del violín, la flauta ó la trompa, y es que hay en el mismo sonido un carácter, dependiente de la composición de sus elementos, en cuya virtud podemos apreciar esas diferencias que no son originadas ni por el tono ni por la intensidad. Sábese hoy perfectamente que esta nota *la* corresponde á determinado número de vibraciones de cierta amplitud; pero no es movimiento simple, antes bien, resulta de la combinación de otros varios más elementales, es una suma en la cual puede alterarse el orden de los sumandos sin que ella varíe; mas el cambio del orden implica una variante de cualidad y forma de la que proviene la diversidad de timbres de un mismo sonido. Este ejemplo, que es valiosa conquista del método experimental, da idea clara de la cualidad llamada forma, porque en el timbre de los sonidos sólo ella influye, siendo causa de una diferencia absoluta.

mente inexplicable de otra manera. Como los sonidos elementales son al cabo producto de la combinación varia de armónicos, en la cual nada cambia de valor, también muchos fenómenos, en los que la cantidad de energía es la misma, distingúense por la diversa combinación de los movimientos componentes, de donde se engendran diversas formas de trayectorias. Hay, no obstante, algunos hechos—las acciones químicas—en donde la variación de forma tiene origen en cambios de energía; y buena muestra de ello son los estados isoméricos, tan frecuentes en la Química orgánica. En otras ocasiones combínanse las formas y las acciones de diverso origen y dan lugar á nuevos movimientos, si de carácter ya conocido, de *timbre* especial y particular de ciertos fenómenos: así pasa en los provocados por fuerzas de desprendimiento, y señaladamente en las detonaciones, en las cuales el movimiento ondulatorio, ya por las causas que lo provocan, ya por la manera especial de propagarse, toma forma tan singular, que Berthelot le ha llamado, con gran propiedad, *onda explosiva*. Quizá también los mismos fenómenos psicológicos provengan solamente de variaciones de forma; acaso la impresión ejerza, en ciertos casos, papel de fuerza de desprendimiento ó la sensación resulte y tenga que medirse el modo de las ondas explosivas, por ser producto de la combinación de la potencialidad interna con la excitación exterior y material.

He aquí cómo indagando el sentido de la forma alcanzamos uno de los términos más concretos del problema, y precisamente la cuestión acerca de la cual se dirigen de preferencia mis aspiraciones y trabajos. A medida que se determinan valores, aprécianse la permanencia y constancia de la energía; se ven unas cantidades de movimiento entran como factores en la formación de otras, y demuéstrase, en medio del incesante cambio, la equivalencia numérica de todos los valores y todos los fenómenos. Pues bien; cuanto más adelantamos en el movimiento de las formas, simplificamos su número y determinamos la unidad de la energía. Su evolución incesante produce múltiples y variadísimas apariencias, cuyo mecanismo se descubre poco á poco, hasta alcanzar aquel principio, según el cual las for-

mas van procediendo unas de otras, y por consiguiente, integrándose y desintegrándose, siendo cantidades producto de combinaciones diversas; mas enlazadas unas con otras para constituir la inmensa curva, representación de la total evolución de la energía, cuyo *processus* puede variar, pero cuya esencia permanece constante é inmutable en medio de las transformaciones. Revestirá de ordinario la forma ondulatoria, ó se manifestará como calor en los fenómenos físicos y químicos; como núcleo ó célula en los organismos, siempre será la misma en cantidad, y por la combinación de la cantidad engendrará las diferencias, según por la combinación de armónicos se originan los timbres de los sonidos.

Para dejar enteramente establecido el concepto de forma, réstame indicar otra de sus propiedades esenciales, por la cual se relaciona con el valor: es esta propiedad la semejanza en el desarrollo evolutivo, de la cual deducimos la variedad y la unidad; la variedad, en cuanto es consecuencia de la inestabilidad de las formas homogéneas, y la unidad porque de igual modo y por idénticos procedimientos se engendran todas las formas.

Con ánimo de hacer más inteligible el asunto, voy á valerme de algunos ejemplos: desdoblando cualesquiera sonido en sus elementos, vemos que cada uno conserva la forma ondulatoria del movimiento, de que constituye parte; los colores, producto de la descomposición de la luz blanca, son, cual ella, movimientos vibratorios; los elementos constitutivos de cada cristal conservan su misma forma, según puede demostrarse reduciendo á polvo un fragmento de espato calizo, y nadie ignora que la agrupación de células constituye los organismos; por donde se demuestra que el elemento de todas las formas es constante y único; pues sea onda, sea cristal, sea célula, lo más simple y sencillo de todo movimiento ó de todo organismo afecta la forma esférica, acaso para expresar el carácter cíclico de la evolución. Ahora bien; ¿cómo de esta forma elemental y única se pasa á la diversidad de formas? Haciendo esta pregunta se alcanzan aquellas leyes y principios modernamente establecidos en la ciencia: el principio de la convertibilidad de las formas, las leyes de su transformación.

Es ley elemental de la Mecánica que el equilibrio se origina, tratándose de un solo punto, por el concurso de dos fuerzas contrarias é iguales; pues en el caso de estar aplicadas en el mismo sentido, siempre engendran movimiento. Si llamamos sistema homogéneo á aquella reunión de energías que concurren á producir determinado movimiento y nunca equilibrio, pues jamás se neutralizan dos á dos, vendremos á parar en este principio: todo sistema homogéneo es inestable y tiende sin cesar á moverse, de tal suerte que se convertiría todo él en pura potencialidad si no hubiera otros sistemas y otras fuerzas que se lo impidieran, de donde deducimos que toda forma estable no puede ser homogénea y que la estabilidad y permanencia de las formas está en razón directa de su heterogeneidad, según puede observarse en los términos más elevados de la escala zoológica. Esa tendencia de lo homogéneo á la difusión total de la energía y á convertirse en pura potencialidad, se encuentra demostrada en las propiedades de los gases y la estabilidad dentro de la variedad y de lo heterogéneo, se expresa por el famoso principio ó ley de Carnot. También podemos apoyar tal opinión en el desarrollo evolutivo de las formas elementales. Con efecto, basta fijarse en que la forma primitiva es la esfera y nada hay tan homogéneo como ella; por lo tanto, es determinación inestable; así rarísimo es el mineral de esta forma; pues se encuentra de continuo modificada; constituyendo los diversos cristales y aun en los organismos vivos hállase á modo de rudimento y como recuerdo del primitivo origen. Buena prueba de esto mismo es la facilidad con que se descompone lo homogéneo, la exfoliación de cristales, segmentación de células y otras operaciones en cuya virtud determinamos los elementos de multitud de formas.

Mas, se podrá preguntar: ¿en virtud de qué mecanismos y por cuáles medios de lo homogéneo inestable se pasa á lo heterogéneo perfectamente estable? Todo se efectúa por bipartición reiterada ó segmentación. Así se desdobra un rayo de luz blanca en sus colores elementales, un cristal en las partes semejantes que lo constituyen y un organismo en sus células; de modo que si la inestabilidad de lo homogéneo explica per-

fectamente el incesante mudar y el movimiento perenne de las formas, la heterogeneidad, estable y definida, explica, á su vez, estos como arquetipos y moldes de los seres, que se modifican no obstante, pero con grandísima lentitud. Cuando un sistema homogéneo se mueve, con aquella tendencia á aniquilar y concluir con toda forma y trasformarse en la potencialidad más absoluta, ocurre que halla resistencias, y en su virtud, el movimiento primitivo se modifica; una de las fuerzas del sistema varía y cambia, la homogeneidad queda destruída y el desarrollo se verifica de otra manera. Así se engendran los variados movimientos, los distintos cristales, las diversas especies de células. Luego que estas nuevas formas se originan, pueden á su vez unirse é integrarse, constituyendo otras distintas, de orden superior, las cuales por sucesivas uniones é integraciones agrúpanse en otras de mayor categoría. Tal es el modo de formación de los movimientos más complicados, de los cuerpos compuestos de la Química, de las formas derivadas de los cristales y en un mismo sistema de los diferentes valores de los ángulos, de los organismos todos, con sus series de aparatos y sistemas. Advertid de paso el hecho singular de que estas formas, complejas de mayor categoría, repiten en su desarrollo evolutivo las mismas fases de las formas simples, y al igual de ellas modificanse por herencia, solución y adaptación al medio, ó lo que es igual, por resistencias trasmitidas de una en otra forma. Así los seres superiores de la escala zoológica contienen las modificaciones de todos de los precedentes, cada término de una serie de cuerpos en Química integra las propiedades de los anteriores, cual las formas complicadas de los cristales resultan de desarrollos anteriores de las simples ó de sencillas modificaciones de sus elementos. Notaré, para concluir este punto, que en muchas ocasiones, y sirvan de ejemplo las combinaciones químicas y muchas hemiedrias, las formas elementales, obtenidas de las complejas, son función del procedimiento de análisis, lo cual demuestra que en cuantos casos esto suceda, las formas más elementales no estaban diferenciadas y como en grupos aislados, sino integradas y constituyendo un todo único en la forma compleja, razón

que explica que ésta no sea permanente ni definitiva, sino sujeta á variación y cambio; así se determina la condición dinámica y orgánica de cuanto existe, y se da á eso considerado, antes inerte y muerto, vida y acción, ya que al cabo representa el asiento y centro de todas las actividades de la fecunda Naturaleza, eternamente trasformadora y perfeccionadora de sus obras, que ni fueron creadas, ni serán jamás destruídas.

Llevando á los fenómenos psicológicos este sentido y concretándonos á la sensación, el más sencillo y general, podemos atribuirle como origen un cambio de forma y de valor y aplicar á su conocimiento y medida el método experimental. Para ello basta considerar que la sensación resulta de algo externo á nosotros mismos, de energías que no están enteramente dentro del sér, y, por consiguiente, entre las excitaciones ó impresiones materiales y su consecuencia, debe haber estrecho enlace. Todavía diré más: conforme al criterio que trato de establecer, la impresión no se destruye ni se aniquila; continúa y dentro del sér se modifica y transforma, dando por resultado la sensación. Es, de cualquiera suerte que se mire, un movimiento que cambia de medio de propagación, y por lo tanto, de velocidad y forma, así unas veces obrando cual fuerza de desprendimiento, despierta y *actualiza* energías potenciales, otras se trasmite íntegro sin cambiar sino la forma, y algunas conviértese él mismo en energía potencial en parte ó íntegramente, mas nunca se aniquila ni se pierde; se transforma tan sólo, acaso por virtud de la misma energía interior del sér, causa de su espontaneidad. Tales son, en mi sentir, los extremos del problema de la Psicofísica, que habré de examinar con el detenimiento debido; en este momento he de concretarme á decir que si la consideración del valor numérico de los resultados experimentales permite establecer medios y procedimientos para medir las sensaciones, apoyados casi siempre en el fecundo cálculo de probabilidades, á la de la forma debemos los adelantos realizados respecto del modo de transmitirse las impresiones materiales y la afirmación, sobremanera importante, de que el modo de propagarse la impresión dentro del sér es mero

movimiento, casi siempre ondulatorio. De esta suerte se llegan á enlazar los resultados experimentales de la Fisiología acerca de las transmisiones nerviosas con los fenómenos psicológicos, para cuyo conocimiento presta aquella ciencia el valioso concurso de sus admirables adelantos y de sus magníficos progresos; tanto, que se prevé la venturosa época en la cual la Psicología constituya el complemento y más elevado desarrollo de las leyes de la Fisiología en la esfera de la sensación y de todos aquellos fenómenos en que el sér es á la vez objeto y sujeto de experimentación.

Falta por considerar el último carácter asignado á los datos experimentales, carácter que, por decirlo así, no se refiere enteramente á ellos, sino al modo como se agrupan y clasifican, en cuyo punto es preciso detenerse enlazándolo con los antecedentes, ya que clasificar equivale formular analogías.

No menos importante que los anteriores es el carácter de *posición*, respecto de los datos numéricos obtenidos en este paciente y minucioso trabajo de medir, término y fin de todo procedimiento experimental, posición referida siempre á la dependencia de categorías de los datos y á las especies de medidas clasificadas conforme á serie y según determinado orden, consecuencia de los valores numéricos y de forma. Alcanzamos, por lo tanto, al tratar la cuestión, un lugar más alto en el desenvolvimiento científico; pues no vamos á considerar el fenómeno puramente en sí y en cuanto á su manera especial de determinarse, sino las relaciones de orden elevado, que señalan las leyes de los hechos é indican cuanto sabemos acerca de la evolución de las energías.

Además, permite extender los principios de las ciencias naturales á otros órdenes de conocimientos y fenómenos, y como resultado más inmediato, por el carácter ó cualidad de posición, podemos clasificar y coordinar los hechos conforme á serie y señalar á cada uno la característica dinámica y orgánica, por donde venimos á parar en la idea de función, dentro de la cual se expresa esta fecunda hipótesis de lo orgánico y dinámico, en cuya virtud afirmarse los principios y los métodos de la ciencia moderna.



A poco que se considere el significado de lo que nombramos determinación de fenómenos y límite del método experimental, adviértese que no se alcanza esto con sólo haber obtenido valores numéricos ó de cantidad y formas de movimiento; pues siendo necesario formular y establecer relaciones y analogías, sólo la comparación puede indicar la ley de los hechos, que á su vez significan también relaciones del fenómeno con aquella constante de que se habló antes, á la cual se toma por punto inicial ó de partida, y con la unidad elegida para término de comparación. Tiene origen todo ello en los mismos caracteres del hecho, especialmente en la continuidad del fenómeno y en su carácter permanente é individual, que jamás pierde entre las infinitas modificaciones. Cuando se observa la variabilidad é inconstancia de toda forma homogénea, apenas podemos darnos cuenta de tales propiedades; mas examinando de cerca é interpretando, con recto juicio, la función general y puramente orgánica en que, se muestra y desenvuelve la Naturaleza, adviértese al punto que ningún fenómeno empieza ni concluye, pues las modificaciones de la energía son siempre; ya que ella persiste una é invariable en cantidad y sólo afecta diversos modos de trasformarse de uno en otro estado, produciendo, con esta trasformación, la multiplicidad de formas que tanto admira. Hay, pues, dentro de cuanto aparece vario diferente y á primera vista enteramente distinto, un principio de continuidad, base y origen de la conversión de las formas; así lo demuestran aquellos fenómenos donde parece anularse y concluirse toda energía, mas luego aparece íntegra, aun cuando afectando distinta forma, ya espontáneamente, ya excitada por leve fuerza de desprendimiento. Prueba de ello es la cantidad de energía que duerme y se halla como almacenada en las materias explosivas, esperando que ligerísimo esfuerzo la convierta en fuerza viva; el calor de estado de los cuerpos, insensible al termómetro; las aptitudes sonoras, térmicas, luminosas y químicas de las radiaciones, y sobre todo, este interesante cambio del calor en trabajo y viceversa, que sirve de fundamento á la Termodinámica. Nótase en tales fenómenos y otros muchos que pudieran citarse,

que la energía que aparentemente termina y concluye de funcionar, persiste, ya sosteniendo la combinación en la materia explosiva, el estado del cuerpo y sus propiedades, los enlaces de los variados caracteres de las radiaciones y la continuidad de la acción cuando convertimos trabajo en calor ó calor en trabajo; por donde llegamos á señalar el primer carácter y el más esencial de la cantidad en cuya virtud conocemos los hechos, el carácter general de persistencia y continuidad, de lo cual se deduce que en el cambio de formas toma origen la diferencia de fenómenos, considerando varios á los cuales corresponda igual valor numérico, con lo que se indica una primera propiedad á que referimos el carácter de posición. Supongamos que el mismo valor numérico corresponde á determinado conjunto de hechos; sus diferencias tendrán origen en la variedad de formas, y á su vez han de reconocer por causa trasformaciones relacionadas entre sí. En tal caso podríamos considerar el conjunto de fenómenos cual formas distintas de una cantidad; pero no formas independientes, sino perfectamente enlazadas y trasformables unas en otras, por lo cual podrían establecerse categorías y dependencias que indicaran como los términos de toda su evolución, de donde deduciríamos que para determinar uno de los fenómenos, conocida ya la cantidad que lo representa y su forma, debiéramos conocer su posición respecto de los demás ó saber á qué momento ó período de la evolución correspondía. De tal suerte llegaríamos á constituir una gran serie, y cada término de ella podría ser base ó eje de otra más secundaria.

Hay otros hechos en los cuales no cambia la forma y varía solo la cantidad ó valor numérico, y entonces de ese carácter provienen las diferencias. Así tenemos la forma ondulatoria, característica de los fenómenos sonoros y luminosos y forma propia de toda radiación, cuyas propiedades se distinguen por meras cantidades de movimiento, diferencia de espesores dados y de velocidad de propagación. En tal caso, con los números correspondientes fórmanse series, y por la posición de cada uno dentro de ellas, puede determinarse el fenómeno, ya que tal posición está dada en un conjunto

de relaciones de número y forma, determinables por experimento y medida. Últimamente, en otros casos, los mismos valores y las mismas formas corresponden á fenómenos distintos, según puede verse en ciertos esómeros, y sólo el dato de posición en la serie puede ser base para determinar los hechos.

Ahora bien: sin ese carácter de continuidad, en medio del incesante cambio, ¿sería posible establecer series, formular categorías y venir en conocimiento del valor de posición, gracias al cual tantos adelantos realizaron la Química y la Historia natural en especial? Sabemos que todo el mecanismo de los cambios de fuerza redúcese, en último análisis, á la conversión de energía actual en potencial y viceversa, teniendo como intermedio y forma más general de la fuerza viva el movimiento ondulatorio. Tal funcionalismo es unas veces rápido y otras lento, y presenta puntos singulares que en ciertos casos, según acontece en los cambios de estado, señalamos por propiedades determinadas; de todas suertes, siempre se cumple un ciclo de evoluciones ó metamorfosis, cierta serie de estados intermedios, correspondientes á relaciones variables entre las cantidades de energía potencial y actual, causa de las diversas apariencias y formas. De tal manera podemos llegar á conocer que las mayores diferencias y menor número de aptitudes corresponden á grandes cantidades de energía actual, y así lo demuestra la comparación de los sólidos, por ejemplo; en cambio la mayor cantidad de potencial corresponde á forma más indefinida y suerte de integración de aptitudes, como se demuestra en los gases. De aquí la facilidad de constituir una especie de serie, en la cual cada término dependa del siguiente é integre y comprenda los anteriores, como formas á él precedentes y términos de evolución preliminar. Por tal manera representaríamos una de estas series con relaciones numéricas entre las cantidades de energía potencial y energía actual, y una curva continua, constituída por las formas diversas de las relaciones, cuya posición respectiva habíamos de determinar por medios analíticos.

Esta gran idea ha sido llevada á la Química orgánica, con

altísimo sentido, por Carlos Federico Gerhardt, y es base de la clasificación de los elementos debida á Mendeleeff, el cual atendió á las leyes numéricas, y pudo predecir la existencia de varios términos según la posición que debieran ocupar, y algunos de ellos, como el *galio* y el *escandio*, han sido ya descubiertos, y determinadas sus propiedades, vióse que eran las mismas asignadas por Mendeleeff á los términos que tenían su posición en la serie; pero que nunca habían podido aislarse. Por lo tanto, este carácter de *posición*, derivado en un sentido de la continuidad característica de todo fenómeno, no es sino un elemento de la curva correspondiente á determinada evolución, algo como el lugar de cada uno de los términos de la serie, determinable, al igual de las curvas de cualquier especie ó como cantidad de movimiento; pues á cantidad y sólo á cantidad corresponde.

Aun dentro de la permanencia, y en medio de la transformación, ha indicado la existencia del principio individual como característico de toda suerte de evoluciones. Este principio individual, que se conserva cual si quisiera indicar algo semejante á sentido del movimiento, es lo que sirve de base á la función, en la cual ha fundado el alto espíritu de Berthelot su sistema de Química.

Así como existen determinadas direcciones para el crecimiento de los seres y su desarrollo procede de continuo de la combinación de ciertos movimientos, que podemos suponer elementales ó primitivos, también la evolución general de las cosas y los movimientos que la determinan, revisten direcciones que llamaré primitivas y se desenvuelven según ciertas leyes dentro de las cuales es posible clasificar muchas series de cambios; pues á cada término corresponden otros propios de evoluciones más secundarias. De esta manera, al igual que los distintos seres correspondientes á cierto ciclo de metamorfosis llevan el signo característico que á todos une, y esta propiedad individual, que les da determinado valor, independiente de los otros con ellos relacionados, así todos los movimientos en general, aun formando parte del movimiento total de la energía, tienen caracteres propios, producto de la forma, de la dirección, de la cantidad

y de la posición. Por eso distínguese un movimiento de cierta forma según se produzca; tal ondulación corresponde con su propiedad, y la función en que se desenvuelve el fenómeno química tiene cierto sentido especial; advirtiéndose que ese carácter se manifiesta de continuo en las propiedades de los cuerpos y en su modo especial de trasformarse. De todas suertes, corresponde el carácter individual á la posición y á la forma, ya que indica algo semejante á sentido de movimiento, lo cual se prueba en la clasificación por funciones establecida para la Química por el insigne Berthelot, y más singularmente estudiando, según el método de este autor, los hidrocarbonos.

No quiero terminar este punto sin advertir que la idea de función, especialmente en la Química, y el carácter de posición referido á las cantidades obtenidas por los procedimientos de medida, no constituyen á modo de ingenioso artificio para facilitar el conocimiento; provienen del estudio de las relaciones y analogías de los hechos, son consecuencia del fecundo método experimental y de la comparación de formas y cantidades ó valores. Así representan como las acciones y el dinamismo de la Naturaleza, esta vida suya, representada por un organismo todo actividad, presentándose bajo formas y aspectos que sin cesar varían y se renuevan por cambios de energía, de los cuales se originan las infinitas formas de la fecunda madre, en cuyo seno todas se hallan en pura potencialidad, á la manera que un rayo de sol contiene sonidos, calor, colores y acción química, sin que dentro de él nada se diferencie y prepondere.

Consecuencia final y trascendente de cuanto llevo dicho acerca del carácter de posición y del desarrollo funcional de la energía, es establecer los principios de aquella clasificación, la cual, en sola una serie, comprende todo nuestro saber actual y comienza en el leve movimiento y termina en el acto sublime de la ideación; pero bien entendido que esta gran serie abraza los diversos funcionalismos que se relacionan con el carácter especial de las direcciones, por cuya virtud llegamos á las propiedades individuales de los fenómenos. Conforme á ello, consideramos la función dinámica,

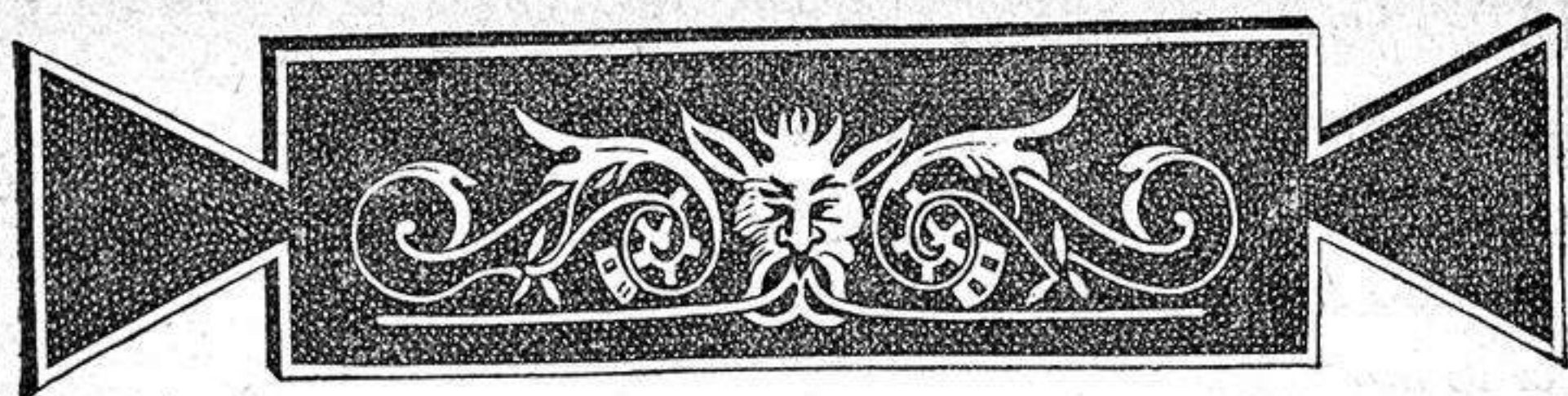
la función orgánica ó biológica y la función psíquica, cada una con sus caracteres propios, pero relacionadas y dependientes todas; pues son al cabo términos de esta evolución infinita é indefinida de la Naturaleza, por cuyas fuerzas y en cuyo seno todas se producen.

Admitiendo esto venimos á parar en que los fenómenos psíquicos constituyen por sí solos una función aparte, con caracteres y formas especiales, necesariamente enlazados con las demás funciones en que se desenvuelve la energía, y pues esto viene á ser cosa indudable, á poco que se considere la sensación, resulta que el problema propuesto, en sus términos más generales, queda reducido á estudiar los caracteres de la función psíquica dentro de este criterio organicista y ver si á ella pueden aplicarse aquellos medios y procedimientos propios para determinar y conocer los actos mecánicos y los biológicos. En lo expuesto hasta aquí tenemos los datos del problema, y debemos ahora discutir y estudiar su valor, importancia y relaciones, á fin de plantear la ecuación, y si es posible resolverla, haciéndome cargo, al propio tiempo, de otros datos no menos importantes que los hasta el presente conocidos.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO.

*(Continuará.)*





CURIOSIDADES NATURALES  
Y  
CARÁCTER SOCIAL  
DE LOS ESTADOS UNIDOS (1)

---

IV.

LA CAVERNA DEL MAMMOUTH.

1. El *Rock Bridge*.—2. Camino de Wáshington á la Caverna. Cuenca del Ohío. Cincinnati. Los *Barrens*.—3. Aspecto exterior de la gruta. Mis compañeros de excursión.—4. Exploración. Sala de *Audobon*, la *Iglesia*, la cámara de los *Aparecidos*, el camino de la *Humildad*, el *Púlpito del Diablo* y el *Abismo insondable*. Llegada á la *Bóveda del Mammouth* ó *Cámara estrellada*. Descanso. Percances sufridos hasta aquel lugar.—5. Continúa la excursión. El *Mar Muerto* y la *Laguna Estigia*; el salón de la *Nieve* y las *Montañas Pedregosas*. Llegada á la *Gruta de las Hadas*. Efecto sorprendente de esta cámara. Regreso al punto de partida. Comparación de la Caverna del *Mammouth* con algunas cuevas españolas.

1. Dejando para mejores tiempos la visita de las cavernas de Nicojak, en Georgia, y la de la Fuente, en las cercanías de Saint Paul (Minnesota) á causa de la gran distancia que las separa de Wáshington, quedaba reducida mi elección á las de Madisón y Weyer del Estado de Virginia, situadas á

---

(1) Véase la pág. 401 del tomo LI.

corta distancia de la capital del distrito de Colombia, y la renombrada del *Mammoth*, que está bastante más lejos. Pero decidido á emplear el corto tiempo de que podía disponer en ver lo *más grande* en cada clase de curiosidades naturales, me decidí por esta última, que es la más extensa y dilatada de todas las que acabo de citar. Renuncié por lo tanto á los hermosos panoramas que los Alleghanies y las Montañas Azules de Virginia, divisoria natural entre las cuencas de los ríos que desembocan en el Atlántico y la vastísima del Mississippi que vierte sus aguas en el golfo de Méjico, desarrollan á la vista del excursionista, con sus pintorescas cumbres cubiertas de bosques de roble blanco, sus faldas vestidas de hermosas magnolias y varios arbustos de singulares flores, y sus poblados rodales de pino amarillo ó de *Georgia*, centro productor de mucha importancia, que forman una gran faja á la larga de la costa entre la parte media de las vertientes de las montañas y el mar. Dadas mis aficiones forestales, debo confesar que me causó gran pena tener que desistir de este delicioso viajecillo que me brindaba, con tentador encanto, las delicias más apetecibles que ofrecer pueden los reinos de Flora y Silvano en aquel paraíso forestal de las montañas norte-americanas. Pero la cueva del *Mammoth* ejercía su imperio y no era posible sustraerse á su influjo.

Por igual motivo dejé de visitar en el mismo Estado de Virginia el curiosísimo puente de roca natural (*Rock-Bridge*), que hallo descrito en un libro que tengo á la vista del modo siguiente:

«Un riachuelo pequeño, el *Cedar Creek*, afluente del río *James*, corre por el fondo de un valle que tiene de 70 á 90 metros de profundidad, 14 de diámetro abajo y 30 arriba: una masa sólida de roca caliza de 13 metros de espesor, recubierta de despojos vegetales y de peñascos desprendidos, pasa de un lado á otro del valle formando una inmensa arcada ú ojo de puente que vista desde abajo, inspira un sentimiento mezclado de terror y admiración. Este fenómeno, de suyo muy natural, no difiere de las excavaciones que son tan frecuentes en los terrenos calizos, sino únicamente en la magnitud de las masas y en su disposición más ó menos pintoresca.



»Cerca de Estleville dicen que se encuentra otro puente natural, cuyas proporciones aventajan á las del *Rock Bridge*, y que está considerado como el más notable de su clase en los Estados Unidos.»

Es decir, que el *Rock-Bridge* viene á formar un macizo enorme sobre un precipicio angosto y tenebroso de una anchura y profundidad casi igual á la que tiene nuestro célebre *Tajo de Ronda* en el punto en que le cruza el sólido puente que une los dos distritos en que está dividida aquella antigua ciudad andaluza. ¡Ciertamente que el espectáculo no es para despreciado! Renuncié á él, sin embargo, como á tantos proyectos é ilusiones tiene que renunciar el hombre en la vida para que se cumpla su ineludible destino de afanes é infelicidad en su peregrinación por la tierra, y.... muellemente arre-llenado en un sillón giratorio de un *Palace-Car*, emprendí mi viaje al Sudoeste, hacia el Estado de Kentucky, donde radica la famosa cueva. Y al llamarlo viaje no se vaya á creer que se trata de una expedición de muchos días, nada de eso; la excursión no excede de unos 1.000 kilómetros de camino—poco más ó menos la distancia que hay de Zaragoza á Cádiz, pasando por Madrid y Sevilla,—sólo que los trenes más rápidos emplean en España para recorrer este trayecto treinta y cinco horas, y los *yankees* hacen el camino en veinte, lo cual acusa mayor vigor *locomóvil* por parte de los antiguos *pionners*

2. Poco más allá de Cumberland, se cruza el Potomac, y á corta distancia de este punto entra ya la vía en las cabece-  
ras de la cuenca del Ohío, imponente arteria fluvial que con las no menos extensas y abundantes del Arkansas y del Mis-  
souri (aquél por la orilla izquierda y éstos por la derecha), hacen del Mississippí un verdadero brazo de mar de corriente constante y apacible curso. Siempre que he pasado la vista por el mapa hidrográfico de los Estados Unidos, ha venido á mi memoria, al estudiar el curso de los ríos citados, aquel popular dístico que nuestros antiguos maestros repetían á cada paso á sus infantiles discípulos, en sus lecciones de geografía española.

«Ega, Arga y Aragón,  
hacen al Ebro *Varón*;»

sólo que aquí, esto es, en la América del Norte, el Mississippi, y sus tributarios llevan diez veces más agua que sus *similares* ibéricos, simples *aprendices de río*, cuando se los compara con aquellas anchas y caudalosas corrientes.

Por esta parte del camino atraviesa el ferrocarril una bella sucesión de campos de trigo y prados, salpicados de pintorescas granjas y casas de madera, á las cuales dan sombra soberbios macizos de añosos robles, y otras especies arbóreas de abundante follaje.

Los caminos rurales están á su vez adornados con líneas de álamos, olmos y nogales de matices y formas varias; y las praderas están resguardadas por cercas de madera de barras horizontales, á través de las cuales se ven pacer mansa y tranquilamente corpulentas y numerosas reses vacuñas, de rojizo pelaje y cortas astas. Allá á lo lejos se descubren ya las masas confusas de las arboledas y sotos que adornan entrambas orillas del Ohío, y al Sur se destacan sobre el límpido azul del cielo las cumbres algo redondeadas de los Alleghanies con la inimitable sucesión de tonos y matices con que las embellecen los bosques heterogéneos que ascienden por sus faldas. Es en verdad un espectáculo risueño y poético digno del mágico pincel de Cole y Durand.

Unas nueve horas se tardan desde Wáshington hasta el Ohío, cuyo majestuoso río se cruza rápidamente por un esbelto puente. La campiña se ensancha de cada vez más; vense aumentar á cada paso los tabacales, y se multiplican también las plantaciones de melocotoneros semi-asilvestrados, único frutal de aquella comarca, donde crece con tal vigor, que fructifica á los tres años. En los boques aparecen mezclados los nogales ó *pacanos*, el tulipero, la magnolia, los plátanos, los arces y otras muchas especies arbóreas que convierten aquellas selvas en un pintoresco y encantador *arboreto*. Después de cinco horas de viaje, llega el tren á Cincinnati (la ciudad más grande del Estado de Ohío), asentada sobre una meseta y desplegada majestuosamente en forma de anfiteatro á la derecha del Ohío, y de la desembocadura del Linking, cuyo apacible curso ocupa en aquel lugar cerca de un kilómetro de anchura. Formado el núcleo de esta población por

individuos procedentes de los Estados del Nordeste de los Estados Unidos (Nueva Inglaterra), distínguese desde luego por su espíritu de orden y de economía y por sus infatigables alicios industriales, á los que debe Cincinnati su rápido progreso y gran prosperidad. Surte esta población á casi todos los habitantes de las regiones occidentales de los Estados Unidos, de utensilios de casa, instrumentos agrícolas, relojería, carretería, quincallería, jabón, velas de sebo, papel, caracteres de imprenta y otros artículos de primera necesidad para la vida material é intelectual de las poblaciones agrícolas del Oeste, empleando en la fabricación millares de brazos. Ejércese también allí en gran escala la salazón de cerdos, la fabricación de maquinaria, la construcción de buques y otras importantes industrias, entre otras la de estampación de libros de misa ó devocionarios y obritas elementales para las escuelas, importando sólo la exportación de estos últimos productos, cuyos mercados de venta radican todos en la parte occidental del territorio, más de diez millones de dollars. Cincinnati es modelo de pueblos laboriosos. Odiase allí el lujo y la disipación. Los que no se ocupan en algo útil, viviendo además bajo la base de una prudente economía (¡dichoso é inverosímil país!), no logran más que el desprecio de sus conciudadanos. El virus de la disipación, la holganza, el lujo y las vanidades no ha inficionado todavía la sangre de aquellos robustos hijos de los antiguos puritanos.

En Louisville, importante ciudad del Estado de Kentucky, á donde se llega después de tres horas de marcha á partir de Cincinnati, se cruza el río que da nombre á aquel Estado, y que en este punto viene á engrosar el caudal del Ohío, llegando hasta aquí los barcos de vapor que desde la desembocadura del Mississippi utilizan la corriente de estos dos ríos. Con este motivo el puerto de Louisville está siempre muy concurrido, recibiendo anualmente más de 1.200 vapores.

Desde esta notable estación, la vía férrea abandona ya las inmediaciones del Ohío, y se dirige al Sur, en dirección de Nashville, para enlazar más adelante con la línea de Mobile y Nueva Orleans. A medida que el camino se aleja de las riberas del Ohío, van desapareciendo las tierras cultivadas para

dar lugar á grandes praderas, donde se crían muchos rebaños, y á los notables eriales desarbolados—*barrens*—de dudosa fertilidad, que dan carácter á la zona del Sudoeste del Kentucky. En estos yermos de suelo calizo se abren numerosas grietas y cavidades subterráneas, por donde desaparecen durante el verano las aguas corrientes, formándose luego, con la acumulación de los detritus de las aristas y paredes de dichas hendiduras, verdaderas hoyas cónicas de forma de embudo, que dan al terreno un aspecto particular, muy semejante al que presentan en España las tierras marismeñas de la derecha del Guadalquivir, en la zona de su desembocadura, donde las repetidas cavidades ó sumideros toman el nombre de *ojos*.

3. Siempre marchando á la vista de los indicados terrenos, y pasadas otras tres horas, las últimas del viaje de que vengo tratando, se llega por fin á Bowlinggreen, donde se deja el camino de hierro, y se recorre en un momento la pequeña distancia que separa la famosa caverna de esta estación. El grandioso *antro*, de cuya posesión están orgullosos los norteamericanos, se encuentra poco más abajo de la confluencia de los ríos Barren y Drakes, afluentes los dos del *Green*, que lo es á su vez del Ohío, al cual se reúne por su orilla izquierda hacia las inmediaciones de Henderson. Una espesa y variada vegetación oculta en parte la entrada de este *mundo* subterráneo, que recuerda las fantásticas descripciones del popular Julio Verne, en su *Viaje al centro de la tierra*. Según los mejor informados, y yo pienso que las exploraciones no han llegado aún á todas las ramificaciones de aquellas vastas, irregulares y caprichosas galerías, los tránsitos accesibles alcanzan en junto una extensión de CINCUENTA *kilómetros*, esto es, unas *nueve leguas*, lo cual constituye una jornada subterránea verdaderamente respetable. Con razón, pues, se asegura que la caverna del *Mammoth* es la más grande de las conocidas hasta el día.

En cuanto á su naturaleza petrográfica y á sus condiciones geológicas, la cueva en cuestión, dejando á un lado sus colosales dimensiones, no es más que una de tantas caprichosas oquedades, como se encuentran generalmente en todos los terrenos cretáceos del mundo, correspondiente á formaciones

calizas, revestidas en su interior por caprichosas y variadas estaláctitas, estalagmitas é incrustaciones del mismo origen, encontrándose además en ella grandes corrientes y remansos de agua natural, procedentes de filtraciones más ó menos abundantes, carácter propio también de todas las cuevas de este género. Pero las vastas proporciones del subterráneo, la imponente sucesión de sus estancias, los caprichos de las filtraciones calizas, la grandiosidad de las corrientes de agua, todo esto es ciertamente maravilloso, y no tiene semejante en toda la redondez de la tierra.

No era yo el único de los visitantes. La fama de la caverna atrae durante el verano á muchos viajeros, entre cuyo número figuran siempre diferentes grupos de amigos—*trip's party*, como dicen los *yankées*,—en los que predomina el bello sexo, siempre curioso y arrojado. Una de estas *partidas*, compuesta de cuatro lindas y animosas jóvenes de Filadelfia y cinco caballeros, se acercó, con otros curiosos que hacían rancho aparte, á la entrada de la cueva. Provistas las *ladies* de su correspondiente libro de memorias, y arrojando lejos de sí los últimos restos de las bananas y naranjas de la Florida y de las uvas españolas que, con profusión, se venden en los trenes de los ferrocarriles, y que las señoritas comen con marcada predilección en sus viajes, entendiéronse en seguida con uno de los numerosos guías que se hallan á la entrada de la cueva, y penetraron resueltamente en ella sonrientes, locuaces y alegres, como si se tratase de una insignificante excursión, exenta de toda incomodidad y peligro. Entre todas, descollaban por su gracia, gentileza, donosura y resolución, dos bellísimas jóvenes de blondos cabellos y grandes ojos azules. Su voz fresca y argentina hería el oído, en aquella agreste soledad, como el canto del ruiseñor en la enramada. *Miss Fanny* y *Miss Nelly*—Paquita y Elena diríamos en español,—que así se llamaban por lo que pude colegir de sus conversaciones durante el viaje, conocían palmo á palmo, como se suele decir, todos los rincones de la caverna, gracias á la excelente *Guía* de que venían provistas y que, como hacen también los ingleses, estudian los norte-americanos de antemano de cabo á rabo ó de la cruz á la fecha, antes de em-

prender sus excursiones, en cambio del abandono en que dejan todos los demás libros ú obras de carácter científico ó literario que tratan de los países que piensan recorrer. Los norteamericanos, como los ingleses, no necesitan más que dos libros para recorrer la tierra—hablo del común de las gentes,—la *biblia* y la *Guía*. Con esto les basta y les sobra para saber todo lo que creen necesario de las cosas de este mundo y de las del otro. Es, á no dudar, una instrucción reducida á los términos más sencillos, y por lo tanto muy cómoda y expedita. Cierto es que las *Guías* que por allí se usan son obras de verdadero mérito, hechas con un detenimiento y exactitud admirables; pero entregándose á ellas en absoluto, el viajero achica el horizonte de sus pensamientos é impresiones, y acaba por no *poder pensar* más que lo que el autor del libro quiere que piense. De aquí que las relaciones de viajes por países y comarcas civilizadas ó de fácil y frecuente recorrimiento, sean tan escasas entre los escritores de aquellas dos naciones, donde en esta clase de trabajos no suelen darse á la estampa comúnmente, más que descripciones de verdadera exploración por localidades desconocidas, en lo cual—hagámosles esta justicia—son, á no dudar, los primeros del mundo, por la intrepidez y arrojo con que hacen las excursiones, por la energía y actividad que en ellas despliegan y por la concisa y severa exactitud científica de sus descripciones.

Formaba parte también del cortejo de los visitantes un caballero alto, fornido y colorado, que no abría la boca más que de tarde en tarde, y esto sólo para preguntar cuánto distaba un punto de otro, cuáles eran los productos más comunes en el país, qué salario ganaban los braceros, qué precio tenían los alimentos y otras cosas que podían reducirse á cifras con mucha facilidad y que él apuntaba y comparaba cuidadosamente con las que de antemano tenía escritas en una abultada cartera que no abandonaba un solo instante. Cubría su enorme cabeza un sombrero de fieltro negro de anchas alas, algo deteriorado por el uso; vestía un holgado saco gris de luciente alpaca, y calzaba enormes borceguíes de piel de caimán con doble suela de cuero de búfalo, en la cual no hacían mella alguna las puntiagudas rocas del suelo ni las cor-

tantes aristas de las vetas salientes de los bancos calizos que se encuentran por aquellos accesos. Acariciando de vez en cuando su erizada y abundante *sotabarba* (moda *yankee* pura, bastante parecida al género que está en uso entre nuestros patrones de barco del litoral mediterráneo) y puesta la siniestra mano en un gran saco de viaje pendiente de una correa de sus robustos hombros, *mister* John Steward—así rezaba el rotulillo de su sencillo equipaje—parecía personificar en su abstracción de cuanto le rodeaba y en su concentración por las noticias y datos que iba reuniendo, la esencia moral de aquel adagio español que dice: «barba pone mesa, que no pierna tiesa.» Vamos, dije yo, este atleta de las montañas de New-Hampshire—porque tenía algo de la rústica corpulencia de los hijos de la *Suiza* americana—será algún agente oficial del *Bureau* de Estadística de Wáshington, y estará recogiendo para aquella insaciable oficina de los números, algunos millares de cifras para perfeccionar el *censo decenial* de los Estados Unidos, que cuenta ya con un caudal de datos numéricos capaz de consumir con su lectura la vida completa de un hombre, si es que hay hombre capaz de emprender semejante hazaña.

4. Y siguiendo decidido á mis improvisados compañeros de *aventuras*, penetré el último de todos en la antecámara de la gigante caverna. A los pocos pasos—de acuerdo en un todo con el itinerario seguido hacía años por el discreto viajero Mr. Deville—bajamos como unos sesenta escalones, penetrando en la *Sala* de *Audobon*, el famoso ornitólogo á quien debe América tan excelentes trabajos de historia natural. Al dar á esta estancia el nombre de tan sabio naturalista, los norte-americanos se han acreditado una vez más de cultos é ilustrados. Justo y conveniente es que la primera impresión que recibe el visitante al penetrar en aquel disforme seno natural, le traiga á la memoria á uno de los hombres que más se han afanado para desplegar á la vista de sus semejantes todas las maravillas de la naturaleza.

La *sala de Audobon*, que tiene veinte metros de ancho y un kilómetro de longitud—es decir, que forma una vía cubierta, donde, á consentirlo la entrada y el estado del pavimento,

podrían pasear muy bien un centenar de cañruajes,—desembo-  
ca en otro departamento, también muy grande, de donde par-  
ten numerosos callejones ó corredores. Uno de éstos conduce  
á una encrucijada, *la Iglesia*, cuya bóveda forma una nave in-  
mensa, decorada con largas estaláctitas y en cuya área se le-  
vantán á trechos series completas de estalágmias, que van á  
unirse con las estaláctitas del techo, constituyendo grupos de  
columnas de caprichosos y bellos contornos. A un lado apa-  
rece una agrupación más densa de estas rocas, la cual, afec-  
tando una forma un tanto circular en su base, se eleva á bastante  
altura, formando una especie de púlpito. Hacía pocos días que  
un ministro protestante había predicado allí, ante un numeroso  
concurso de viajeros y enfermos, tomando por tema uno de  
los pasajes más sublimes del Nuevo Testamento, el dulcísimo  
é incomparable *Sermón de la Montaña*, compendio grandioso  
de toda la doctrina de Cristo. No podía haberse escogido me-  
jor lugar para tan piadoso acto. Al pasar la vista por aquellos  
oscuros ámbitos, débilmente alumbrados por las pálidas luces  
de los guías, y al restablecer con la imaginación el cuadro  
conmovedor del fervoroso ministro, dejando vagar por aque-  
llas soledades los dulces ecos de su inspirado acento, ante un  
concurso lleno de emoción evangélica y postrado humildemen-  
te á sus pies, no pude menos de recordar aquellas reuniones  
de los primitivos cristianos, congregados en las santas cata-  
tumbas de la Roma antigua por los apóstoles y por los pri-  
meros sacerdotes de la cristiandad, para escuchar la sublime  
voz de la naciente Iglesia y para celebrar, amenazados siem-  
pre por las hordas salvajes de sus paganos perseguidores, sus  
conmovedoras ceremonias de catequismo, sus místicas *agapas*  
y sus fervorosos concilios.

De *la Iglesia*, pasando por una serie de corredores, se llega  
á la *Cámara de los Aparecidos*, donde en las primeras explo-  
raciones se encontraron una infinidad de momias de indios, de  
las cuales unas han sido destrozadas y otras han ido á enri-  
quecer los museos antropológicos. El *yankee*, que no ha dado  
punto de reposo á los *pieles rojas* vivos en la inmensidad de  
sus selvas, ha venido también á alterar el *eternal descanso* de  
sus muertos, despoblando este vasto cementerio de sus ante-



pasados. ¡La civilización es implacable, en su afán de dominio y riqueza! ¡Cuán triste es pensar que ni el sagrado de la tumba pueda contener sus insaciables deseos de engrandecimiento!

La *Cámara de los Aparecidos*, el antiguo cementerio indio del Kentucky, está convertido hoy en un verdadero café y salón de lectura, puesto que las mujeres de los guías venden allí toda clase de refrescos y hasta tienen diversos periódicos para solaz de sus parroquianos. Hay más; reúnen en este lugar por lo común, en grata sociedad, muchos enfermos, que habitan temporalmente en aquellos subterráneos, á causa de las cualidades salutíferas de la atmósfera, según ellos dicen y según parecen creer á puño cerrado los habitantes de la comarca, por más que la cuestión sea muy dudosa, que donde no hay frecuente renovación del aire, vientos y luz directa del sol, y sí sólo una atmósfera pesada, tinieblas y abundante humedad, no puede hallar el hombre buenas condiciones de vida. Pero la humanidad tiene en todas partes sus preocupaciones, y los norte-americanos no han de estar exentos de ellas. Los árabes *curan* muchas enfermedades con oraciones y amuletos, los cristianos con exorcismos y agua bendita, y los indios con sacrificios é invocaciones á la divinidad. Tan cierto es que la fe salva, y que la imaginación sobreexcitada hace á veces milagros.

En este lugar—primera etapa de nuestro tenebroso viaje,—las señoritas norte-americanas y sus acompañantes tomaron un ligero *lunch*, sin cesar en su alegre charla, y Mr. Steward, más enfrascado que nunca en sus apuntes numéricos, se bebió, sin soltar el lápiz de la mano, un cortadillo de estimulante *whiskey* y cinco ó seis vasos de cerveza, para confortar el estómago y no perder las buenas costumbres, como suele decirse en tierra de Castilla. Yo, por no ser menos, probé una copa de *Cherry-wive* (vino de Jerez), que no pensaba encontrar allí ni encontré del todo malo.

Así dispuestos, y sin saber yo á ciencia cierta los trabajos que me esperaban, continué mi camino, siguiendo á mis intrépidos compañeros, que, á juzgar por su serenidad y buen humor, parecía que se encaminaban en busca del más deleitoso de los paseos. Comenzamos á andar, y comenzaron para

mí una serie de resbalones, porrazos, tambaleos y desvanecimientos, que—¡pecador de mí!—hubo momentos en que pensé que era llegada mi última hora. Todo esto, unido á la casi completa oscuridad en que marchaba, á causa de la estrechez de las sendas unas veces, y otras por los abismos que á mis pies se abrían, apocó mi ánimo de tal manera y debilitó de tal modo mis fuerzas, que—lo confieso ingenuamente—maldije la hora en que pensé visitar aquella espantosa caverna. Me es imposible decir el tiempo que tardamos en llegar desde la *Cámara de los Aparecidos* hasta la *Bóveda del Mammoth*, donde hicimos el segundo descanso; sólo recuerdo que bajamos varias escaleras muy peligrosas; que franqueamos un puente de madera que se caía de viejo; que pasamos luego por un estrecho callejón, tan bajo de techo, que fué preciso andar á gatas para salvarlo—llámanlo los guías, muy propiamente, *Camino de la Humildad*;—que dimos en seguida en el *Púlpito del Diablo*—á todos los diablos estaba dando yo ya mi temeraria empresa,—especie de balcón que hay debajo de una abertura de la roca, desde donde se ve, digo mal, no se ve, porque está muy oscuro, pero se presiente, el *Abismo insondable* (1), horrible precipicio, á cuyo fondo no se ha podido alcanzar con una cuerda de 300 metros, y que—pensando yo desde aquel momento que iríamos á dar de cabeza en la mismísima morada de Plutón como remate de aquella angustiosa carrera—llegamos;—loado sea Dios—exclamé al ver disiparse en parte las tinieblas y ágrandarse la capacidad de aquellas estancias,—llegamos, digo, al término de la segunda etapa, á la *Bóveda del Mammoth*. Al pisar sus umbrales respiré con libertad y sentí un placer inexplicable al poder estirar mis doloridos miembros. La oscuridad, sin embargo, no me permitía descubrir los términos de aquel vasto aposento. De pronto, vislumbróse cierta claridad por la parte alta de la cámara, y á semejanza de lo que sucede en los repentinos cambios escenográficos de algunas comedias de magia, ó en los bailes

---

(1) Suelen los guías en este punto arrojar por la boca de este pozo varios cucuruchos de papel empapados de aceite y encendidos, los cuales se consumen completamente antes de llegar al fondo de aquel abismo.

fantásticos, disipáronse las tinieblas y presentóse á mis ojos un espectáculo verdaderamente fascinador y mágico, digno de las maravillas de las *Mil y una noches*. Halléme de repente, hacia el centro de una espaciosa estancia cubierta por una vasta cúpula natural que tiene ¡ciento treinta metros de elevación! y cuya superficie, incrustada de magníficas estaláctitas y níveos cristales, brilla á la luz de la lámpara de los guías como las estrellas del cielo en una noche de verano. El efecto no puede ser más grandioso, bello y deslumbrador, ni nada hay, en las muchas cuevas estalactíticas de Europa, que pueda compararse á esta estancia, por la grandiosidad, belleza y aspecto fantástico. Parece, en realidad, la *Cámara estrellada*—que este nombre recibe—el salón de gala de la Reina de las Hadas. De pronto, la luz más intensa palidece, tórnase de blanca en arrebolada, y se ilumina el ámbito con una serie de ráfagas rojizas que semejan con gran propiedad la aparición de la naciente aurora. Por un efecto contrario, y con no menor belleza y propiedad, el visitante asiste allí al espectáculo del crepúsculo vespertino y llegada de la noche, siendo tal la verdad aparente de los efectos luminosos, que se cree presenciar el ocaso verdadero del luminar del día desde una alta montaña ó desde la cubierta de un barco en alta mar. ¡Ah! ¡Bien valía todas las molestias y peligros sufridos hasta entonces la contemplación de las mágicas bellezas de la *Cámara estrellada*!

¿Cómo se producen estos variados fenómenos ópticos? De un modo muy sencillo. Hay en las paredes de la estancia un sendero, que se eleva dando vueltas y que conduce casi á la cima de la cúpula. Por ella trepan los guías, provistos de las correspondientes linternas, y según sea el punto que con ellas iluminan, así se producen los diferentes cambiantes de luz, que originan los efectos expresados. Algunas luces de bengala, diestramente colocadas, sirven para hacer cambiar los tonos de la reverberación, produciendo las imitaciones de los crepúsculos matutino y vespertino, que tanta impresión causan al espectador y que tanto hieren su imaginación, extraordinariamente exaltada por el curso sucesivo de las maravillas que hasta aquel punto la caverna ha desarrollado á su vista.

Sentéme un instante en el saliente de una roca, para descansar un poco de la fatiga corporal y para calmar un tanto la exaltación de que estaba poseído, pero sin quitar la vista de aquella fascinadora bóveda, que me deslumbraba con el reflejo diamantino de sus millares de estrellas. En esto, pasaron delante de mí las graciosas figuras de Miss Fanny y Miss Nelly, á la par que la gigantesca silueta del *cabalístico* Mr. Steward. Examinélos detenidamente y me pareció que sus trajes habían sufrido alguna transformación. Así era, en efecto; puesto que venían cubiertos con una especie de sacos, ajustados, de tela fuerte é impermeable, provistos de una amplia capucha, á la vez que calzaban altas botas de cuero engrasado, que les llegaban hasta la rodilla. Volví entonces los ojos á mis vestidos y... ¡horror! puedo decir, sin exageración, que, rotos y destrozados, estaban además materialmente cubiertos de una capa de tierra y barro, que los desfiguraba por completo, dándome el aspecto de un desgraciado recién salido de una charca de cieno. Comprendí desde luego mi imprevisión y renegué de mi ligereza al despreciar las ofertas que á la entrada de la gruta me hicieron los guías, para que aceptase, como mis compañeros de excursión, aquella vestimenta, de que tan sabiamente se habían provisto ellos para evitar las *inconveniencias* del lodo del suelo y de las aguas manantes de las paredes y techos. No olviden este incidente los que, ignorando lo que allí pasa, traten de visitar la célebre *Caverna del Mammoth*.

Las lindas filadelfianas sonrieron á mi vista, entre burlona y compasivamente; el hijo de New-Hampshire no hizo maldito el caso de mi deplorable estado, y yo, arreglando del mejor modo posible los deterioros de mi traje, me dispuse á continuar animoso, siguiendo los pasos de los demás viajeros, la excursión comenzada.

5. Hasta entonces habíamos discurrido por la *tierra firme*. Ahora nos tocaba explorar los reinos del Neptuno subterráneo. Aquello era, en verdad, un viaje por un mundo inverosímil. Comenzamos por atravesar, á poca distancia de la *Cámara Estrellada*, un estanque de unos ocho ó diez metros de diámetro, al que se ha puesto el nombre de *Dead Sea* (Mar Muer-

to) por la tranquilidad de las aguas, y dimos luego en una gran corriente llamada *Estigia*, que se atraviesa en una canoa. Mr. Deville describe brillantemente este paso del modo que sigue:

«Salto á la tosca barca de Caronte, lanza éste algunos gritos, y el eco parece rodar por las bóvedas; diríase que son los gemidos de las almas en pena, condenadas á no salir de aquellas eternas tinieblas; nuestras luces proyectaban un tinte rojizo en las rocas, cuyos perfiles se destacaban de una manera extraña, y en las ondas de la *Estigia*, esmaltadas de brillantes reflejos, dibujábase vigorosamente la negra silueta de mi barquero. Aquel extraño espectáculo me inspiraba melancólicas reflexiones, cuando de pronto me alarmó un espantoso ruido que se dejó oír en la caverna, ruido semejante al que pudiera ocasionar un desplome. Aquello no era, sin embargo, sino una broma de mi guía, que me dejaba ver sus blancos dientes riéndose á carcajadas. Al verme absorto en mi contemplación, y sin que yo lo notase, había saltado á tierra, y golpeando sobre una piedra, promovió aquel estrépito, que fué á interrumpir mis meditaciones.»

Media hora duró esta tenebrosa é imponente navegación, y cuando empezaba yo á creer que por remate de nuestro viaje íbamos á descubrir la espantable triple cabeza del *cancerbero* y los antros pavorosos de Plutón, varó nuestra canoa en una playa de arena muy fina, cerca de la cual se descubre una pequeña corriente sulfurosa. De la playa pasamos á la *Avenida de Cleveland* que conduce al *Salón de la Nieve*, de una blancura deslumbradora á causa de la nitidez de las concreciones catalagtififormes que revisten esta hermosa cámara. Siempre avanzando, tomamos luego por algunos senderos muy accidentados y escalamos las *Montañas Pedregosas*, grande y disforme montón de voluminosos cantos desprendidos de la bóveda, pasando ya desde este sitio á la gruta de las *Hadas*, término obligado de la exploración ordinaria de la renombrada caverna. Esta estancia pone digno remate á la serie de brillantes espectáculos de que goza sin interrupción el visitante, desde que sienta la planta en aquellos lugares. La más exaltada fantasía no es capaz de soñar un aposento

tan encantador, ni tan poético. Es la realización de los primeros del palacio de las ondinas y las náyades. Soberbias columnatas de robustas estaláctitas multiplican indefinidamente los puntos de vista, con agradables y lindísimos escorzos; crúzanse en todas direcciones multitud de arcos festonados por blanquísimas estalágmicas de colgantes y delicados remates; vense distribuídos con cierta aparente regularidad masas concrecionadas que se asemejan á árboles de formas mágicas, y óyese como dulce eco de adormecedores sonidos, el débil ruido de las gotas de agua, que por todas partes se desprenden. De pronto, la luz de los guías ilumina la parte más oscura de aquel salón encantado, y, como aparición mágica surgida al impulso de la sobrenatural virtud de un talismán, descúbrese en el fondo de la estancia un gracioso é imponente grupo que imita una gran palmera de alabastro, de cuya cima brota una verdadera corriente de agua produciendo extraños y melancólicos rumores en aquel fascinador laberinto. En este punto el espectáculo, la imaginación se exalta, la vista se enturbia y deslumbrado el observador por tanta maravilla, cierra los ojos y entrégase á fantásticos delirios jamás soñados por mente alguna.

Cuando, respuesto en parte de la emoción y del anonadamiento en que había caído, pude hacerme cargo del estado natural de las cosas, la encantadora visión había desaparecido por completo. No ví más que la estrecha ráfaga de luz de los faroles de los guías, que iba indicando la traza del senderillo por donde desfilaban ya todos los visitantes en busca de la salida de la caverna. Hice como los demás, y seguí pacífica y silenciosamente el camino que todos recorrían.

No fueron menores las penalidades del regreso que las de la ida; pero llegamos todos sin accidente alguno al fin de nuestro *viaje*, dando por muy bien empleado el cansancio físico y la fatiga espiritual de que todos nos sentíamos poseídos, en gracia de las bellezas que habíamos contemplado y sentido. Saludamos todos la luz del día, después de tantas tinieblas, con gran satisfacción y gusto. La privación de la claridad directa del sol había durado ¡diez horas! Diez horas perdidos en aquellos subterráneos laberintos, de las cuales habíamos

empleado *seis* en llegar á la gruta de las *Hadas*. Era, en verdad, una asombrosa jornada.

Reparé aprisa y corriendo las averías de mis vestidos, sustituyéndolos por otros que tenía á mano en mi equipaje, y rompiendo el trato ceremonioso que hasta entonces había mantenido con mis compañeros de excursión, para lo cual me daba ya derecho la *hazaña* que juntos acabábamos de realizar, les invité á todos á gustar una botella de un vinillo añejo andaluz que, á prevención, llevaba en el fondo de mi *cabás*. No se hicieron rogar los *yankees*, y muy pronto dióse fin al licor jerezano, en medio de alegres *toasts*.

Las jóvenes filadelfianas y Mr. Steward se proponían visitar otros lugares célebres, entre ellos, las cataratas del Niágara, el Parque Nacional del Yellowstone y los árboles gigantes de California. Como yo tenía igual propósito, convinimos en hacer juntos la excursión, con lo cual iba yo ganando mucho, puesto que, aparte de la agradable sociedad que su compañía me proporcionaba, podía hacer á la vez algunos estudios sobre el carácter y costumbres del país.

—¿Qué les ha parecido á VV. la caverna?—pregunté á mis flamantes amigos así que hubimos ocupado nuestros cómodos asientos en el *Palace-Car* del tren que nos había de conducir al empalme con la gran línea férrea del Pacífico.

—*Very productive*—exclamó Mr. John, echando una alegre ojeada sobre su libro lleno de números y cantidades.

—*Very interesting*—dijeron á coro Misses Fanny y Nelly sonriendo graciosamente.—¿Y á V.?—me preguntaron á la vez todos.

—¿A mí?—contesté sorprendido de sus tibios elogios.—A mí me ha parecido *Wonderful beyond conception*, esto es, *lo más maravilloso que se puede concebir*,—y aun me pareció que me quedaba corto en mis alabanzas.

Tal era verdaderamente mi opinión, y como remate de cuento, añadiré que los que han visitado en España la *gruta de la Cola del Caballo* en el Monasterio de Piedra, descrita por la elegante pluma de Valera y cantada por la armoniosa musa de García Gutiérrez; los que han descendido á la *Boca del Infierno* y admirado las salas de los *Fantasmas* y la *Catedral gó-*

*tica* en las cuevas de Monserrat, á las que dió renombre la poética descripción de Balaguer, y los que han contemplado embebeçidos el lindo cuadro que forman, en la cueva de Artá del cabo Roig, en la isla de Mallorca, los grupos de estaláctitas que se destacan sobre el fondo del plateado mar, cuyas agitadas olas se vislumbran más lejos, pueden vanagloriarse, sin duda, de haber gozado de un hermoso espectáculo; pero si no han visto la caverna del *Mammouth* de Kentucky—créanme los entusiastas por las bellezas de la naturaleza,—no pueden formarse una idea cabal de las maravillas que encierra, y en las cuales están contenidas, como accidentes humildes y secundarios, todas las que por sorprendentes y fantásticas dan celebridad á aquellas cuevas españolas.

JOSÉ JORDANA Y MORERA.

(*Se continuará.*)







# DIARIO PRIVADO

POLÍTICO-MILITAR

DEL ALMIRANTE C. DE PERSANO

EN LA CAMPAÑA NAVAL DE LOS AÑOS DE 1860 Y 1861.

*Continuación (1).*

TERCERA PARTE.

SETIEMBRE DE 1860.

12. A las cinco de la tarde llego, y doy fondo en la rada de Messina muy cerca de la embocadura del puerto. No encuentro allí á la *Dora*, que según la carta de 7 de setiembre de Su Excelencia el Conde de Cavour, podría estar aquí esperándome con los cañones de sitio para el General Cialdini. Me alcanzará en Ancona, según la orden que dejaré en la Capitania de este puerto.

Encuentro aún en poder de los borbónicos la ciudadela, cuya guarnición es abastecida diariamente por la ciudad, conforme á la capitulación concluída entre el comandante de aquella guarnición y el General Medici.

Doy disposiciones para la partida.

---

(1) Véase la pág. 416 del tomo LI.

Le escribo á S. E. el Ministro de la Marina, informándole de mi llegada, del retraso de la *Dora* y de mi resolución de volver á partir aquella noche misma, para llegar á tiempo de unirme al General Cialdini, que es lo que importa. Le informo también de mi orden á la *Sirena* para volverse á Nápoles, porque entre las varias dificultades, que expone su comandante para poderme seguir, hay una especial, la de que no lleva carbón más que para cuarenta horas, por lo cual me vería obligado á hacerle tocar en Corfú, arriesgando el que antes de tiempo se concibieran sospechas de nuestro rumbo.

13. A las nueve de la mañana dejo la rada de Messina con rumbo á mi destino.

La división, que llevo conmigo para la empresa de Ancona, se compone de la *María Adelaida*, que conserva la bandera de mando, del *Víctor Manuel*, del *Carlos Alberto*, del *Governolo*, de la *Constitución* y del *Monzambano*.

14. Para toda eventualidad de guerra, al salir del Faro de Messina le doy por escrito instrucciones á la división, compiladas según mi pensamiento por el jefe de Estado Mayor el caballero Alejandro de Clavesana: haciendo alto un momento, son trasmitidas á los buques, llamándoles á la orden; después de lo cual se vuelve á emprender el rumbo.

16. Estando cerca ya las aguas de Ancona le hago señal á la *Constitución*, para que marche avanzando á toda velocidad con bandera exterior enarbolada, para explorar aquellos alrededores, con orden de que cumplido el encargo volviera á incorporarse á la división y me enterase de lo explorado, advirtiéndole que nosotros seguimos nuestra derrota con dirección á Rímini.

Cumple la orden recibida.

Se parlamenta con varios buques mercantes ligeros, y refieren que no hay naves de guerra en aquellas aguas.

Por la noche pone la *Constitución* la señal de reconocimiento; se le contesta y se le envía una lancha: á su regreso confirma estar aquellas aguas enteramente libres de buques de guerra.

Se marcha hacia Rímini.

17. Al despuntar el día se avista á Rímini.

Una balandra pontificia nos da noticias de que las tropas nuestras se encuentran en Sinigaglia, lo cual se nos confirma por otros y otros, sucesiva y prolijamente interrogados. Retrocedo, pues, á toda fuerza de máquinas hacia aquella rada, en la cual echo anclas con la división á las diez y media de la mañana; y habiéndole dejado el mando al *Victor Manuel*, á cuyo buque le corresponde por antigüedad de grado de su comandante, me traslado incontinenti á tierra, haciendo que me siga mi ayudante de bandera, en busca del General Cialdini, con el cual debo tener una entrevista. Vengo á saber que había dejado á Sinigaglia el día 15, sin que le detuviera el sumo cansancio de sus tropas, quebrantadas por precipitadas marchas: importábale ante todo el llegar á Castelfidardo, á tiempo de cerrar el camino á Lamoricière, que desde Macerata se dirigía con velocidad hacia Ancona. Castelfidardo es la llave de todos los caminos que de aquellas partes conducen á esta plaza fuerte; y Cialdini no era hombre á quien esto se le escapara.

Logrado un vehículo cualquiera por diligencia de cierto señor Conde Gherardi, que era padre ó tío de un oficial nuestro de marina, me lanzo en él de un salto con mi ayudante de bandera, y escapo desesperadamente en pos del General Cialdini, á quien sin embargo no puedo alcanzar sino al fin de su carrera, esto es, en Castelfidardo, á donde había llegado pocos momentos antes.

Avistándome con él al punto, explícame en breves palabras su posición de guerra, que me llena de admiración, pues apesar de haberla tomado con furiosa rapidez, había provisto á todo, sin olvidar siquiera las estratagemas de guerra (1), é invítame en seguida á retroceder sin demora, para no retardar el hacer una demostración contra la plaza de Ancona con los buques de mi mando, á fin de impedir las salidas de

---

(1) Invito al lector á que tenga á bien enterarse de los movimientos hechos por el General Cialdini en aquella marcha acelerada, que encontrará descrita en la relación oficial de aquella campaña de guerra por la Umbría y las Marcas, y verá con cuánto arte militar, con cuál audacia, con qué firme voluntad y con qué previsión aquel capitán verdaderamente insigne supo llevarla á efecto y asegurar con ello la victoria.

aquella guarnición, ú obligarle á replegarse si alguna había verificado; y entretanto que se ocupan de buscarme caballos de fresco para mi regreso, me detiene para que le acompañe en la cena ya preparada para él y su comitiva; con lo cual tengo la suerte de conocer al teniente coronel caballero Piola, su jefe de Estado Mayor, oficial distinguido á quien mucho aprecia, y á sus tres ayudantes de campo, el Marqués Mosti, ferrarés, el Conde Serristori, toscano, y el Conde Borromeo, lombardo; todos tres ricos señores, que, devotos á la causa italiana, en vez de sentir la privación de las comodidades á que están acostumbrados, hállanse contentos de las fatigas que encuentran y más aún de ofrecer la vida por la patria.

A Mosti conocíale ya, por haberle encontrado en casa de Máximo de Azeglio, al cual le cuadraba mucho, porque, ajeno á toda afeminación, era soldado hasta los tuétanos.

Serristori está habituado desde hace mucho á no ser avaro de los ocios en que de ordinario vive; pues ya hizo la campaña de Crimea y la de 1859.

Borromeo es hermano de un digno amigo mío, lo que acrecienta en mí el placer de haberle conocido.

Habiéndome anunciado que el carruaje está pronto, despídome de Cialdini con un buen apretón de manos (pues hace tiempo que tengo contraída con él intimidad, principalmente por obra de Máximo de Azeglio); y si había hecho aquel camino á la desesperada, deshágole como al vuelo, fustigando á aquellos pobres caballos, que corrían á todo correr. No había medio; era menester llegar á Ancona con la división lo más pronto posible, y las circunstancias no dejaban pensar siquiera en que podíamos quedarnos á mitad del camino con el birlocho en pedazos y la cabeza rota.

18. Gracias á Dios, á las siete y media de la mañana estamos de regreso á bordo. Hágole al punto señal á la división para zarpar y ponerse en movimiento en pos de mí con rumbo á Ancona. Se obedece.

En mi ausencia habían alcanzado á la división la fragata *San Miguel*, comandante el caballero Provana, remolcada por el vapor fletado *Conde de Cavour*, mandado por el capitán de marina mercante Sr. Costa, los vapores *Tanaro* y *Dora*, el

primero al mando del Marqués Del-Carretto, el segundo al del caballero Enrique De-Viry. El *Tanaro* había remolcado consigo al bergantín de transporte el *Azzardoso*, mandado por el Sr. Lorenzo Canessa, piloto de primera clase. Los tres vapores y el *Azzardoso* llevaban el parque de sitio con las municiones para las tropas que atacaban á Ancona.

Durante aquella ausencia mía se había también constituido á bordo de la *María Adelaida*, llegando á Sinigaglia por tierra, el Marqués Julio Doria para asumir las funciones de comisario en jefe de la división, según determinación ministerial comunicada á mí por carta del encargado del mando general de la real marina, que él me entregó. El destino de este oficial de administración me es muy grato, pues conozco á prueba su capacidad y zelo en el desempeño de sus deberes, sin penderías ni estúpidas pretensiones, por haberse visto otra vez destinado á buques de mi mando.

Le ordeno al jefe de Estado Mayor que disponga lo necesario para que el nuevo empleo sea reconocido cuanto antes por toda la división.

Doria me pregunta si puede congratularse conmigo por mi promoción á vicealmirante; le agradezco la congratulación, porque proviene de un corazón que no ignoro me profesa afecto; pero no habiendo tenido yo aviso oficial de ello ni directa ni indirectamente, sigo considerándome contralmirante y nada más; y estando mi alma convertida por completo al bien de la patria y á la reivindicación de su nacionalidad, no me doy prisa á comprobar la noticia, máxime cuando su confirmación no cambiaría en nada el mandato y los deberes que se me han encomendado, ni podría acrecentar mi fidelidad al Rey ni mi devoción al Ministro.

Poco después del Mediodía, las baterías y los fuertes de plaza, que miran al mar, abren el fuego contra nosotros, estando la *María Adelaida* á la cabeza de la línea.—Aguardo á estar á tiro seguro para responder; y llegado á la distancia conveniente, cada cual esfuerza el ataque, al mismo tiempo que procuro lograr el objeto que me he propuesto.

Hacia las tres, no pudiendo ya dudarse que el intento de nuestra operación se ha conseguido, me voy poniendo poco

á poco fuera de tiro, á fin de no mantener las naves intempestivamente expuestas á recibir averías; pero le permito al *San Miguel*, que por venir remolcado había llegado al fuego más tarde, que tenga él también su parte en el honor de combatir al enemigo, y hácelo á conciencia.—Hágole señal después á la *Constitución* de sacarle á remolque á lo largo, pues no es cosa de dejarle en posición peligrosa; maniobra que se ejecuta por ambos buques, como si se hubiera tratado de una evolución de ejercicio, y no bajo el cañón del enemigo, que no cesaba de tirarles á todo tirar.

Esta primera prueba de los comandantes y de las tripulaciones de los buques de mi mando es prenda para mí de lo mucho que puedo prometerme de cada uno de ellos, cuando llegue el momento de la acción decisiva que anhelan; habiendo alcanzado en todos la instrucción, la disciplina y la confianza en su jefe aquel punto, que hace casi seguras las operaciones de guerra.

Considero deber mío el señalar con premura á la atención de S. E. el Ministro de la Marina este primer hecho de guerra, encomiando á los unos y á los otros, según su mérito.

Ya tarde, un enviado de tierra me da la fausta noticia de que el General La Moricière había sido derrotado en Castelfidardo; y cesando por lo mismo la necesidad de permanecer con la división bogando en aquellas aguas, me dirijo á Sinigaglia, en cuya rada echo el ancla á las ocho y tres cuartos de la tarde.

La ronda detiene un barco que se dirige á la *María Adalaida*. Asegurada de que traía un mensajero, enviado á mí de Ancona, le conduce á bordo. Introducido á mi presencia, entregame una carta encabezada: *Comité central interno de Ancona*, de fecha 17 del corriente, á las cinco de la tarde, y contenía otra segunda de la mañana de aquel día á las diez.

Trascribo aquí la una y la otra:

«17 á las cinco de la tarde.

Excelencia:

Esta mañana le enviamos á V. E. una lancha con carta nuestra y otra del General Cialdini, que debía presentarle un capitán de la marina mercante anconitana. Debimos en su

lugar entregarla á tres fieles pilotos que están á disposición de V. E.

Ahora le enviamos una balandra conducida por el patrón José Ricetti á su servicio; y hemos dispuesto que las barquillas del puerto Recanati estén á vuestra disposición, para todo lo que ocurra.

Las barquillas pescadoras anconitanas tampoco faltarán á su deber, cuando V. E. tenga á bien hacerlas llamar para el momento en que menester sea.

Del campo no tenemos noticias.

La columna de esta guarnición, partida esta mañana, ha vuelto á entrar, por haber encontrado las posiciones ocupadas por las tropas reales sardas, y acaso también por la aparición de la flota; así es que tenemos aquí una guarnición de cerca de seis mil hombres.

Debemos referirle á V. E. que tenemos en el puerto un vapor francés mercante al servicio del Papa, que enarbola bandera de su nación, y debe partir en breve para el puerto de Monte-Santo ú otro del litoral; dicen algunos que para tomar á bordo á La Moricière, y otros aseveran que para hacer acopio de harina.

El vapor austriaco que vió V. E., vino y comunicó con el coronel De Gady, comandante de la segunda división militar y de la plaza. Las tropas están mandadas por el General suizo De-Curten: las más son austriacas, parte suizas, y un escaso regimiento indígena.

Hay también muchos gendarmes y veteranos, por otra parte envilecidos, así como en general está abatido el espíritu de la tropa.—Cometen vejaciones; y hoy las ha habido bastante graves contra mujeres, niños, etc., en un caserón en donde juzgaban que había estallado un pistoletazo, que después se averiguó no haber sido sino un juego de muchachos.

A voluntad de V. E., esperamos hacer cortar la cadena del puerto, y confiamos en hacer clavar los cañones de la batería del Monte Murán, que es el pequeño fuerte sobrepuesto al arsenal. Podría ser que mañana se verificara tal operación, y si sucede, le haremos señal, es decir, si nos lo consiente la gran vigilancia á que estamos sujetos.

Somos de V. E. con todo afecto.

P. R. A.

: X :»

*«17 de setiembre á las diez de la mañana.»*

Excelencia:

El dador, capitán de la marina mercante, viene con algunos

compañeros á ofrecerse al servicio de V. E., y os entregará una carta del General Cialdini.

El estado de las tropas sardas, es el siguiente:

El cuartel general está en Osimo, y el cuerpo de ejército ha avanzado sobre Loreto, para cortarle el camino al General La Moricière, cuyo cuerpo de ejército está á la espalda de los nuestros; pero creemos que Castelfidardo será ocupado por las fuerzas italianas, y que podrá contener al enemigo.

V. E. podría procurarse en el puerto de Umana ó en Sirolo noticias más exactas sobre si el cuerpo de tropas salido de Ancona, en vez de dirigirse á Camerano, intenta verificar su unión con La Moricière por el camino debajo del monte.

Nos ofrecemos en todo y por todo al servicio de V. E.

Firmamos con la siguiente cifra de convención, de la cual usaremos en las relaciones con V. E.

P. R. A.

:X:»

He insertado esta segunda carta como documento del comité de Ancona, no por los informes que contiene, dado que llegó á mí después de mi entrevista con el General Cialdini, el cual, como tuve ocasión de advertirlo, me había puesto al tanto de sus movimientos, de sus proyectos y de su posición militar.

La carta de este General, que según el anuncio que me hace el comité debía entregárseme, no me fué entregada, ni los enviados saben decirme nada acerca de esto.

Les hago dar una buena propina á estos enviados, y les digo que les encomendaré el llevar mi respuesta, si es que pueden comprometerse á hacerla llegar á su destino bajo su responsabilidad.

No retengo á bordo á los pilotos, porque profeso la máxima de no servirme de tal ayuda, siempre que puedo resolver por mí.

19. Envío la *Constitución* á cruzar en las aguas del puerto de Umana y de los de Recanati y Civitanova, con orden de apresar toda barca que se apartara de aquellas playas, y no dejarla sino después de haber averiguado que su movimiento nada tiene que ver con el enemigo; en caso contrario, y permitiéndolo el tiempo, debía ser enviada con escolta á la *Maria Adelaida*. También lleva orden de abstenerse de todo



acto hostil contra bandera neutral, tanto porque no se había declarado aún por parte nuestra ningún bloqueo, cuanto porque teníamos obligación de no ofrecerles pretextos de combatirnos á los enemigos de nuestro renacimiento nacional.

Bajo á tierra, para saber si hay algo de nuevo, y encuentro á dos señores venidos de Ancona, miembros de aquel comité. Por ellos averiguo que nuestras granadas habían ocasionado daños gravísimos á Monte Gardetto, y que nuestros tiros habían desmontado tres piezas de la batería de Monte Murano y embocado una de la de los Capuchinos; pero me contrista el saber, al mismo tiempo, que la ciudad había recibido daños de nuestro fuego; que una mujer y dos niños habían sido muertos y un ciudadano gravemente herido. Estos dolorosos accidentes hácenme formar el propósito de poner el mayor esmero en los ataques subsiguientes, para coger posiciones, desde las cuales nuestros disparos produzcan el menor daño posible al vecindario; y así lo digo á aquellos señores, los cuales me responden con esta frase generosa: *Háganos independientes, Almirante, y paciencia por lo demás.*—Voy en seguida á ver al General Cialdini. Me cuenta que le había sido propicia la fortuna, dado que, no habiendo descubierto movimientos en las filas enemigas, estaba él á punto de acompañar á Osimo al regio Comisario general, el diputado Lorenzo Valerio, cuando un interior presentimiento le sugirió el no alejarse de Castelfidardo ni aun por pocos momentos; lo cual le salió muy bien, porque pudo, sin el menor retraso, ponerse al frente de los movimientos de los suyos contra el ataque de las tropas pontificias, capitaneadas por el General La Moricière en persona, que ocurrió hacia las diez y media de la mañana; ataque en el cual—añadía—una bala aventurada por él había puesto fuera de combate al General Pimodan, que, intrépido y osado, conducía una columna al asalto de una posición elevada. Tal hecho, cuando fué sabido por los contrarios, los puso en completo desacierto; así que no le quedó más que hacer—me decía—que asegurar las ventajas de la victoria, enviando las fuerzas necesarias á ocupar á Recanati, á San Agustín y al valle del río Ponteza hasta el mar, cortando así toda retirada por aquel lado al enemigo fugitivo y

en desorden, así como los caminos que conducen á Ancona habían sido ya cerrados. En efecto, hacia las cuatro de la tarde de aquel día se le presentaron parlamentarios para obtener una capitulación, la cual fué concluída después de las acostumbradas contestaciones propias de tales casos, habiéndole él concedido los honores militares á la tropa enemiga antes que depusiera las armas, á condición de que permaneciese en Becanati, bajo la custodia de nuestras fuerzas, hasta que nuestro Gobierno tuviera medios de enviarla de nuevo á su patria, comprometiéndose ella á no volver á tomar las armas contra nosotros por seis meses á lo menos, y á dejar en nuestro poder todo el material de guerra.—Todo esto me lo contaba con aquel decir vivaz, sencillo y claro, peculiar suyo, que siempre se escucha con creciente interés; y no se verificó una sola vez que le saliera de la boca la palabra *yo*, lo cual aumentó mi admiración, confirmándome en el propósito de imitarle.—Me dijo que había recibido aviso de que el comandante en jefe, General Fanti, estaba para llegar con su división; pero que él había dispuesto, para todo evento y mayor seguridad, que la plaza, fuese estrechada de todos lados por sus tropas.

Tarde ya me separo de él para restituirme á la *María Adelaide*, á cuyo bordo llego avanzada la noche.

Respondo á la carta del comité en los términos siguientes:

«RADA DE SINIGAGLIA, á 19 de setiembre de 1860.

Honorables señores:

Gracias por los informes recibidos.

La carta del General Cialdini citada en ellos no ha llegado á mis manos.

La cadena que cierra la entrada del puerto no impide por ahora nuestras operaciones del lado del mar. Cuando ocurra la necesidad absoluta de cortarla, y esto no podamos hacerlo nosotros, me valdré de su generosa oferta; de otro modo, no pondré en peligro la vida de generosos hermanos, prefiriendo conservarlos para cuando sea menester combatir al lado nuestro.

Siento muchísimo que nuestros tiros desde el mar hayan causado daño á la ciudad, y tengo el corazón afligido en verdad por los inocentes que fueron víctima de ellos. Tendré buen

cuidado de escoger de hoy en adelante posiciones, desde las cuales causemos daño solamente al enemigo, sin poner mientes en que obrando así nos encontremos por ventura más expuestos, con tal que no tengan que sufrir por nuestra causa los italianos, que anhelan tendernos su mano amiga.

¡Viva Víctor Manuel y la independencia italiana!—El Contralmirante, C. DE PERSANO.»

20. A prima tarde el comisario regio extraordinario para las provincias de las Marcas, Sr. Lorenzo Valerio, me comunica un telegrama de S. E. el Presidente del Consejo Conde de Cavour, que había recibido en aquel momento. Hélo aquí:

«Al Almirante Persano:

Notifique del modo acostumbrado á los cónsules extranjeros residentes en Ancona, y á las autoridades, á quienes corresponde, que ha puesto bloqueo efectivo á aquella plaza.—C. CAVOUR.»

Está bien. Acuso recibo de este telegrama al regio comisario, y salgo al punto con la división para anclar en la gran rada de Ancona y hacer efectivo el bloqueo de aquella plaza, según la orden que acabo de recibir.

A las tres de la tarde echo anclas con la división en la gran rada de Ancona.

Le indico á mi jefe de Estado Mayor la punta Piedra de la Cruz y la embocadura del Esino como límites del bloqueo de la plaza de Ancona, y le digo que extienda desde luego la notificación de tal medida para el debido curso, advirtiéndole que se deja libre la pesca á lo largo del litoral bloqueado; pero no debiendo extenderse más allá de la línea de anclaje de los buques bloqueadores.

21. Habiéndoseme informado que el comandante en jefe, Ministro de la Guerra, General Fanti, había llegado y puesto su cuartel general en la *Favorita*, me embarco en el *Monzambano*, llevando conmigo al oficial de Estado Mayor teniente de navío Giribaldi; y desembarco en Recanati, desde donde marché directamente á la *Favorita*, para prestar homenaje al comandante en jefe, y ponerme á sus órdenes. Conociéndole particularmente, soy recibido por él, no sólo con los miramientos debidos á mi condición militar, sino con singular

afecto. Le informo de la orden recibida para poner bloqueo á la plaza, y que no habiendo obstáculo de su parte, le circunscribo desde la punta Piedra de la Cruz á la embocadura del Esino.—Lo aprueba.—Desea el desembarque inmediato del parque de sitio; por lo cual llama al General Menabrea, comandante superior de ingenieros, al lugarteniente coronel Thaon de Revel, comandante superior de la artillería, y al mayor Mattei, comandante del parque de sitio, los cuales habían examinado ya aquellas localidades; y se escogió el puerto Umana como punto el más conveniente para tal operación. Pero Umana lo es todo menos puerto, y apenas, apenas podría llamarse un seno á propósito, para dar abrigo á unas cuantas barcas pescadoras: además, el mar allí bate de lleno. Pero no siendo mejores los de Recanati y Civitanova, y ofreciendo Umana la ventaja de encontrarse más próximo á los puntos en que han de establecerse las baterías de sitio, es el más adecuado á las circunstancias. Por lo demás, los marinos conocerán lo difícil de esta operación, y más para nosotros, privados como nos hallamos de pontones, de armadias y de árganas ó grúas portátiles, y á mayor abundamiento, habiéndose de hacer todo á beneplácito del tiempo, dado que es pie forzado el que obremos en mar abierta. Grandísima responsabilidad es esta para mí; pero, no siendo ocasión de poner dificultad alguna, respondo con un—*se hará*.—Conozco por otra parte la actitud y firme voluntad del comandante del *Tanaro*, Marqués del Carretto, al cual le corresponde por antigüedad de grado la dirección de las operaciones marineras de aquel desembarco; por lo cual estaba seguro del éxito, y no me preocupaban los accidentes de mar, terribles en estos parajes tanto con el boreas cuanto con el siroco (1). Por último, el comandante en jefe me invita á cooperar con la división á los ataques de tierra apenas se comiencen.

---

(1) Y aquí permítaseme una digresión.

Por su configuración geográfica, la Italia absolutamente no puede menos de mantener una marina militar; no hay medio, es menester que la tenga de grado ó por fuerza, si es que le importa su independendencia nacional. Siendo así, re-

Va bien. Haremos lo mejor que podamos para corresponder á conciencia.

A las seis de la tarde me embarco en el *Monzambano*, y estoy pronto de regreso en mi nave.

Doy disposiciones para que se proceda sin tardanza al desembarco del parque de sitio según lo convenido.

Solicito que se terminen las varias copias de la notificación del bloqueo para expedirlas á las autoridades correspondientes.

22. Hacia las tres de la mañana, el *Tanaro* y la *Dora* marchan á ejecutar la ardua operación del desembarco del parque de sitio. Al alba anclan en la rada del puerto Umana junto á la playa todo lo posible y ponen al punto manos á la obra.—Grandísima ansiedad experimento con el temor de que un huracán imprevisto lo envíe todo á los diablos; y ante la urgencia del desembarco, paso uno de aquellos momentos terribles ignorados de la gente de tierra, á la cual le parece que el mar está siempre como una balsa de aceite, sin saber hacerse cargo de las continuas agitaciones que debe sufrir quien está obligado á obrar siempre sobre éste con razón llamado infiel elemento.

Envío el *Governolo* á cruzar en las aguas de Recanati, relevando á la *Constitución*.

Le escribo á S. E. el Conde de Cavour que en cumplimiento

sulta error *imperdonable* aquel ardor con que se acoge todo siniestro que le suceda, para vilipendiarla á voz en cuello.

Empeñémonos más bien en elevarla que en deprimirla; ya que el envilecimiento enfría y el aliento estimula á grandes cosas.

Púrguese la real marina de los malignos y de los holgazanes, eso sí; pero déjesele respirar al que cometa cualquiera error marineresco en tiempo de paz: que las faltas advertidas, enseñan á evitarlas en adelante. ¿Y se juzga acaso que estén libres de ellas los marinos ingleses, americanos, franceses y demás? Persuadámonos bien de que unos y otros las cometen á su vez y no pocas ni insignificantes. Pero ellos saben que el errar es propio de hombres y de cuantos hacen cualquiera cosa en este mundo, y saben compadecer, y sobre todo *lavan en casa su ropa sucia*.

Aprendamos esto por amor de nuestra Italia. Los más crueles en las críticas, son de ordinario los ignorantes ó ambiciosos. Aprovechémonos de la escuela de tan larga y dolorosa experiencia. ¡Ya será tiempo!

de las órdenes que me había enviado, declararé en forma debida mañana el bloqueo de la plaza de Ancona, y que entre tanto sometía á su aprobación copia de la notificación de tal medida, extendida según encargo del jefe de Estado Mayor por el teniente de navío Maldini, oficial inteligente, capaz é incansable para el trabajo. Añado que ayer me había trasladado al cuartel general de nuestras tropas, para ofrecer mis respetos y sumisión al comandante en jefe y Ministro de la Guerra, y que allí se había resuelto verificar el desembarco del parque de sitio en el puerto Umana; operación ardua para nosotros, como podía imaginárselo, conociendo que escaseábamos, ó más bien carecíamos de cuanto es menester para facilitar trabajos de esta especie, y sabiendo que en Umana no hay ni sombra de puerto: mas, sin embargo, que estuviera seguro de que saldríamos adelante, puesto que las dificultades, lejos de detenernos, nos empeñaban en superarlas. A lo cual añado que llamo también mucho su atención sobre la aptitud no común de Del-Carretto, ayudado por la buena voluntad proverbial de De-Viry; los cuales han eomenzado desde esta mañana á desempeñar su difícil encargo, y trabajarán día y noche para acelerar su cumplimiento.—Con tal ocasión le informo de que según invitación de S. E. el comandante en jefe, tomaremos parte con la división en los ataques de tierra á la plaza, batiéndola de nuestro lado por el mar; y le aviso que el carbón va faltándonos, permitiéndome instar para que se nos envíe cuanto antes á remolque, si no es que estaba ya en camino con rumbo á nosotros, de lo cual tenía esperanzas.—Termino mi carta repitiéndole que cuente seguramente con la marina, de la cual respondo.

A las dos de la tarde se une el *Governolo* á la división, haciendo señal de que tiene á bordo á S. E. el General Fanti. Le saludo con 17 cañonazos y voy á aquel buque á ofrecerle mis respetos. Me invita á acompañarle á Sinigaglia, á donde desea arribar. Mando, pues, marchar en aquella dirección, haciendo señal al *Monzambano* de que nos siga. Llegados delante de Sinigaglia, baja el comandante en jefe á tierra para conferenciar con aquella autoridad, y voy con él.

Hacia las cinco de la tarde S. E. el General Fanti se em-

barca en el *Monzambano*, por deber ir el *Governolo* esta noche á obrar contra Ancona; y despidiéndome de él, regreso en el *Governolo*, que me conduce á la *María Adelaida*, mientras que el *Monzambano* lleva á Recanati al comandante en jefe, permaneciendo allí á su disposición.

La *Constitución*, de regreso de sus cruces, vuelve á tomar fondo en su sitio, y me refiere que el *Tanaro* y la *Dora* habían dado comienzo á la operación del desembarco del parque de sitio.

Envío al *Governolo* á molestar la plaza de Ancona con tiros á gran distancia, y á las once de la mañana empieza á hacer blanco en los fuertes enemigos.

23. El *Governolo* continúa por la noche inquietando al enemigo con sus tiros, y hácelo de modo que alegra el oírlo; ¡tan continuados y regulares son!

A las seis de la mañana, según mis disposiciones, recibe el relevo del *Carlos Alberto*.

Al salir el sol, las baterías de la plaza de Ancona, que miran al mar, responden vivamente al fuego del *Carlos Alberto*, que no se da por entendido.

A las siete de esta mañana comienza el ataque por tierra.

Hacia las siete envió la *Constitución* á Ancona, con bandera de parlamento, á llevar las notificaciones del bloqueo, bajo pliego dirigido al cónsul inglés, al que se le había confiado la protección de los súbditos de S. M. Sarda.—Llegada cerca del puerto, destaca una lancha con un oficial portador del pliego de las notificaciones antedichas, con una carta mía á S. E. el General La Moricière, comandante en jefe, en la que le ruego se sirva remitir dicho pliego á su destino, indicándole su contenido.

Verificada la entrega del pliego, la *Constitución* regresa á su puesto; y apremiando el tiempo, empiezo, en unión de mi jefe de Estado Mayor, á determinar sobre los planos que me ha proporcionado el Ministerio de la Guerra, los puntos de situación para los buques que mejor correspondan al objeto de expugnar la batería acasamatada del muelle y las fortalezas restantes, ofendiendo lo menos posible al caserío del vecindario.—Fijados á conciencia, el oficial de Estado Ma-

yor Maldini recibe encargo de señalarlos gráficamente en dichos planos, y de hacer varias copias para uso de la división y una para mandársela á S. E. el Ministro de la Marina; y pone mano en ello inmediatamente.

Haciéndose cada día más sensible la falta de carbón en nuestros buques, y no teniendo aviso alguno de que esté en camino hacia nosotros, me resuelvo á enviar la *Constitución* á Manfredonia para que cargue allí y mandar el *Governolo* á Trieste, so color de participar á aquel Gobernador el bloqueo de Ancona, con encargo de tomar allí la mayor cantidad que pueda.

He aquí copia de la carta que le doy al comandante del *Governolo* para el Gobernador de Trieste:

«Real fragata de vapor *María Adelaida*.

AGUAS DE ANCONA, á 23 de setiembre de 1860.

Ilustre Sr. Gobernador general:

Como autoridad de un Estado amigo, me permito informar á V. E. de que, según órdenes recibidas de mi Gobierno, he declarado el bloqueo de la plaza de Ancona, circunscribiéndole desde la punta Piedra de la Cruz hasta la embocadura del Esino, habiéndolo notificado á los diferentes cónsules extranjeros residentes en aquella plaza con la declaración que tengo el honor de acompañarle.

Con el mayor respeto, Excelencia, *El Contralmirante, jefe de las fuerzas de S. M. Sarda en el Adriático, C. DE PERSANO.*»

Vuelvo á enviar el *Azzardoso* á Génova.

El *Carlos Alberto* no deja un momento de respiro á las baterías anconitanas, atacándolas sin intermisión y á más no poder. A las dos y media hago que le releve el *Víctor Manuel*.

El *Carlos Alberto* vuelve á fondear en su puesto, haciendo señal de que ha tenido dos heridos á su bordo y algunas averías en el casco y en la arboladura reparables en el mar.

Hago partir al *Governolo* para Trieste, y la *Constitución* para Manfredonia para el objeto antedicho.

Recibo carta de S. E. el Conde de Cavour de 21 del corriente: me da cuenta de haber recibido la mía del 18, y se manifiesta enteramente satisfecho con las noticias de nuestras



primeras pruebas contra la plaza de Ancona. Me dice cuánto se alegraría de que al recibo de ésta tuviera parte principal en el ataque la marina de que es Ministro; pero que de otro lado no puede ocultarme que le preocupa el reflexionar sobre las averías, y más aún sobre las pérdidas que podemos sufrir si nos aventuramos demasiado; dado que no tiene seguridad acerca de las disposiciones del Austria, que podría muy bien declararnos la guerra de un momento á otro, y que saldría muy gananciosa si por los daños inferidos á la división viniese á lograr la supremacía en el Adriático; por tanto, que aun deseando que la marina alcance el honor principal en la rendición de Ancona, se abstiene de hacerme sobre ello urgente presión por temor de impulsarnos á exponernos más de lo debido; al mismo tiempo que está obligado á decirme que reputando él la plaza menos fuerte por mar que por tierra, cuenta con la marina para que la rendición se verifique antes de acababarse el mes en que estamos, puesto que mayor retraso podría ser fatal á la causa italiana. Concluye añadiendo (y se lo agradeceré eternamente) que teniendo plena confianza en mí, está seguro de que todo irá bien. Son palabras de mucho peso y de mucha responsabilidad para aquellos á quienes van dirigidas. Pero haré todo cuanto pueda para servir al país según la idea del preclaro hombre de Estado; y si no lo consigo no será por falta de buena voluntad: adelante, pues, y que Dios nos ayude.

CARLOS M.<sup>a</sup> PERIER.

*(Se continuará.)*





## EL TIMO

PRECEDENTES EN LA NOVELA Y EN LA HISTORIA.

### I.

**A** principios de este siglo era difícil y expuesto, dice el Sr. Mesonero Romanos, el tránsito por las calles de Madrid, de noche, sin guía ni litera, sin puñal ó espadín, porque abundaban los encuentros con gente maleante, que desocupaba los bolsillos del pobre transeunte. El peligro era mayor si la víctima resistía, pues los robos revestían siempre un carácter violento en la capital de España, y con mayor razón en las ciudades de provincia y en los pueblos rurales, donde el alumbrado era más escaso y la vigilancia aún más descuidada.

El gas y el petróleo, entrado el siglo, cambiaron el aspecto de muchas ciudades; la policía creció en número y en pericia, y los medios de defensa de toda clase evitaron aquella muchedumbre de robos á *mano armada*, recordados por *El Curioso parlante*.

El ratero, combatido y desarmado, digámoslo así, con las nuevas costumbres, no desapareció, sin embargo, y por desgracia. El oficio se hizo más exigente en medios y en recursos de ingenio, y la vida moderna, parapetada tras un nú-

mero considerable de instituciones de seguridad, dió al robo un carácter más dulce; borró de él todo arrojamiento temerario y toda petición con fuerza; suavizó los contornos del criminal, prestándole fingida amabilidad y hasta finura y distinción, y le trasformó, en una palabra, en *timador*, frase que recuerda esa multitud de peregrinas invenciones, de argucias, de disfraces, de sobornos y de arbitrios y solicitudes de toda clase, resquicios por donde entra el peligro de no sospechar mal en el ánimo de los sencillos, venciendo así con facilidad el intento de apoderarse de lo ajeno en los astutos y perversos.

Escondiendo en la reverencia la codicia; vistiendo con ofertas mentirosas el mal deseo; disimulando el atrevimiento con la afectada timidez; mostrando aversión á lo mismo que apetecen, y buscando ó remedando despego hacia lo propio que anhelan; aparentando, en fin, tan bien nacidos valimientos que velan y oscurecen plenamente la vileza de los propósitos, logran muchos hurtar y vivir sin fatiga ni tarea, siendo ya tantos los *tomajones*, como Quevedo llamaba á los *timadores* de su época, que de puro sobrados en la nuestra demandan una institución que les ande á los alcances. Sus numerosos lances y travesuras motivan relatos singulares y novelescos.

Los *timadores* han sustituido á los antiguos *caballeros de la tenaza*, y el *timo* es una maniobra moderna, una suerte de escamoteo que deja á muchos sin dinero, en medio de la policía, del tumulto y de la claridad de nuestros modernos pueblos.

Realmente *el timo* tiene precedentes en lo antiguo, como los tienen todos los vicios y flaquezas humanas; pero se ostenta como un mal de la época por el desarrollo que en nuestros días ha adquirido. En todas épocas el ratero astuto, para burlar la justicia y la persecución, gateó por la lisonja, como dice el ingenioso Quevedo en su *Política de Dios y Gobierno de Cristo*, trepó por la mentira, se empinó sobre la maña y se encarnó en los cohechos. Parecía que venía dando y á que lo robasen, y á quitar y á robar venía, dicho ciertamente agudísimo, que ponerse puede con propiedad en boca de mu-

chas víctimas del *timo*, cuando miran desvanecidas sus imaginaciones y ambiciosos deseos ante la realidad del engaño y el dolor de la pérdida.

Lo que hoy llamamos *timo*, inspiró á un distinguido escritor, á Alonso del Castillo y Solorzano, su novela *La Garduña de Sevilla ó El anzuelo de las bolsas*, en donde se relatan las travesuras de una mujer que, poniendo á contribución su gallardía y hermosura, se apodera de los caudales ajenos, librándose con artificios ingeniosos de la persecución de sus burlados amantes.

Y que los timos de la *Garduña de Sevilla* no eran invenciones del novelista en un todo, ni ficciones desprovistas en aquel tiempo de toda verdad, lo demuestran estas palabras del referido Castillo Solorzano en el primer capítulo de la novela, al intentar el retrato de la protagonista de su obra: «Corrió su juventud, dice, con desenfrenada osadía, dada á tan proterva inclinación, que no había bolsa reclusa, ni caudal guardado contra las ganzúas de sus cautelas y llaves maestras de sus astucias. Sirva, pues, de advertimiento á los lectores esta pintura al vivo de lo que con algunas de este jaez sucede, que de todas hago un compuesto para que los fáciles se obstengan, los arrojados escarmienten y los descuidados estén advertidos, pues cosas como las que escribo *no son fingidas de la idea, sino muy contingentes en estos tiempos.*»

El robo del avaro Marquina en su huerta hecho por la *Garduña de Sevilla*, secundada por algunos amigos del oficio, es verdaderamente diestro.

Entra en la casa de la víctima la *timadora*, como ahora decimos, á favor de bien combinadas patrañas y de diestras razones, consiguiendo con estudiado recato y fingida ternura, despertár hacia sí el interés de la víctima, hecho lo cual los tunantes y camaradas de la *timadora* colocan á media noche frente á la ventana del cuarto de Marquina un hombre de paja envuelto en una capa y fijo con un palo en el suelo. Puesta así aquella figura en aquel sitio, llaman á la puerta de la quinta con grandes golpes y se esconden, volviendo á esta faena tantas veces como el avaro, después de retirarse de la ventana, al ver que nadie respondía, intentaba recon-

ciliar el interrumpido sueño. Por fin, Marquina monta en cólera, sale á la ventana, descubre al hombre de paja, y equivocándolo con uno de carne y hueso, causante de su desvelo y motivo de la burla, lo requiere á que se vaya, y al ver que eran vanas y sin suceso sus amonestaciones, le descerraja un tiro, que da con el palo en tierra.

Esto aguardaban los amigos de la *Garduña*, pues viendo caer al hombre de paja, gritó en el acto uno de ellos con lastimosa voz: «¡Ay, que me han muerto!» Y luego tras de esto, hicieron los tunantes como que se admiraban del fracaso.

Confúndese Marquina ante las consecuencias del suceso, pide consejo á la *Garduña*, y esta le dice, tras otros consejos meditados y dispuestos, para terminar con el que tenía maquinado, se ponga á buen recaudo y esconda su dinero en la huerta, pues de lo contrario es lógico sufra desvelos y trabajos por la suerte que acababa de hacer. Así lo ejecuta, perdiendo con la fuga parte de su fortuna, que la astuta moza desentierra y roba al siguiente día.

Lo menos curioso de referirse es *el timo* dado al ermitaño Crispín por la traviesa *Garduña de Sevilla*, pues lo narcotiza, aprovechando el sueño de la víctima para despojarla del dinero, escapando á Málaga con su compañero de aventuras Garay. Esta manera de robar, que aparece á primera vista novelesca, se ha realizado en nuestros días, y la *Garduña de Sevilla* tuvo un digno imitador, no há mucho, en un *caballero de industria*, que también narcotizó para robarla á una actriz muy conocida en España, con quien viajaba, ofreciéndola galante, en una parada del tren, un sorbete preparado al efecto.

El robo hecho con ingenio y sin violencia tiene, principalmente cuando no causa graves quebrantos, cierto atractivo, y su relato solaza y recrea el ánimo aunque la razón lo condene. Por esto, sin duda, diéronle cabida en la novela algunos esclarecidos escritores, entre ellos el célebre Hurtado de Mendoza. ¿Quién no ríe y se deleita en el *Lazarillo de Tormes* ante los diestros hurtos hechos al ciego por el discreto y malicioso muchacho de Tejares? ¿Quién no ve en la sustitución del trozo de longaniza que le manda asar el ciego por el pedazo de nabo un *timo* análogo al de nuestros pícaros de hoy

que sustituyen un paquete de plata por otro de calderilla ó de perdigones de igual volumen? ¿Y quién no festeja la maldad y atrevimiento de lazarillo cuando el novelista presenta y pinta al desconfiado ciego apretando entre las rebanadas de pan el nabo asado por el muchacho, creyendo que iba á saborear un trozo de gustoso embutido? El protagonista de la novela de Hurtado era un diestro *timador*, un ratero habilidoso y lleno de perspicacia.

Quevedo en la *Historia y vida del gran tacaño* describe también ingeniosos *timos* y hace de D. Pablos un tipo acabado en picardías, sutilezas y engaños, nacidos, según dice el poeta, del ocio por *vivir á la droga*. Quevedo estimaba el relato de estas cosas como entretenido y ameno, pues se insinúa de esta suerte en el prólogo de aquella graciosa novela: «Tiene más deleite saber vidas de pícaros, descritas con gallardía, que otras cosas de mayor ponderación.»

El robo de los pollos en la ya nombrada *Historia del gran tacaño*, el del cofín de pasas y el de las espadas á la ronda, que Pablos realiza y prepara, son *timos* dignos de figurar al lado de los más ingeniosos de los truhanes de la época moderna.

Timadores son asimismo los extraños amigos de aquel D. Toribio, que introduce á Pablos en la profesión de la vida barata, entre los cuales hay uno vestido la delantera de la ropilla de paño pardo y la trasera de lienzo blanco, pícaro ocupado en escribir y entregar nuevas, que inventaba, á las personas más honradas y en cobrar los portes en aquel singular traje, del cual ocultaba mañosamente con la capa la porción hecha de lienzo. Y *timador* es aquel fingido cojo con una pierna liada en trapos y pellejos, y aquel otro tipo que levantaba el cuello constantemente para que no se le viese el angeo, que estaba roto, y *timadores* y *caballeros* de variadas industrias son, en fin, todos aquellos embusteros y tramposos en cuya sociedad ingresa el *Gran tacaño* á su entrada en la corte y que el ingenioso Quevedo hace dormir aquella noche, tras risibles peripecias y chistosos relatos, tan juntos y apretados, que parecían, según su gráfico decir, herramientas en estuche.

El robo del cofín de pasas realizado por D. Pablos y que hemos mencionado ya, es un verdadero *timo* hecho con singular desenvoltura, que Quevedo inventó ó copió, sin duda, de alguna truhanada de su época. Así lo refiere el ingenioso escritor y agudísimo ingenio colocándolo entre las travesuras del *Gran tacaño*:

«Yendo una noche á las nueve por la calle Mayor, ví una confitería, y en ella un cofín de pasas sobre el tablero; y tomando vuelo, vine, agarréle, dí á correr y el confitero dió tras mí y otros criados y vecinos. Y, como iba cargado, y ví que aunque les llevaba ventaja me habían de alcanzar, al volver una esquina sentéme sobre el cofín y envolví la capa á la pierna, de presto, empezando á decir con la pierna en la mano: ¡ay! ¡Dios se lo perdone que me ha pisado! Oyéronme esto, y en llegando empecé á decir todo lo que vocean y ensartan los que imploran la caridad pública. Ellos se venían desganiando y dijéronme: ¿va por ahí un hombre, hermano? Ahí adelante, que aquí me pisó. ¡Loado sea el Señor!

Arrancaron con esto y fuéronse: quedé solo, llevéme el cofín á casa y conté la burla.»

## II.

Algunos hombres de sobresaliente ingenio, en épocas azarosas de su vida, atropellando con la necesidad todo respeto, se sirvieron del *timo* para vivir, y entre ellos merece nombrarse el Dr. D. Diego de Torres, catedrático, más tarde, de matemáticas en la célebre Universidad de Salamanca. El mismo cuenta en su *Vida, ascendencia y crianza*, al tomo IV de sus obras, los hurtos que llevó á cabo en sus mocedades de las copiosas cenas de la Capilla de Santa Bárbara, y en su escapatoria á Portugal relata, con su espontáneo y encantador gracejo, cómo se fingió médico y profesor de baile, trazas y artificios que le valieron copiosa cosecha de dinero.

Dice así de su estancia en Coimbra y de sus fingidas profesiones:

«Presenté á mi persona en los sitios más acompañados del pueblo, y ensartándome en las conversaciones, persuadí en ellas de que yo era químico. Contaba mil felicidades, mentía á borbollones, y la distancia de los sucesos, mi disimulo y las tragaderas de los que oían hicieron creíbles y recomendables mis embustes. Yo sembraba unturas, plantaba jarabes, ingería cerotes y rociaba con toda el agua y los aceites de mi recetario á los crónicos. Recogía propinas, crédito, estimación y aplauso y todos los bienes é inciensos que da la inocencia y la esperanza de la sanidad.»

Rousseau, cuya azarosa vida es bien conocida, pues el ilustre escritor quiso dejarla trazada á la posteridad en sus curiosas *Confesiones*, no omite en ellas sus desvíos, declarando, al bosquejar los miserables días de su primera juventud, los hurtos que por entonces llevó á cabo en la casa de su maestro el grabador, y lo mañosamente que abría y volvía á cerrar la puerta de la trastienda, para utilizar los utensilios, herramientas y láminas, que su dueño apartaba de la vista de sus aprendices y oficiales. También describe Rousseau las artes é invenciones que puso en juego para extraer por la claraboya de la despensa de su duro maestro una gruesa manzana, que aquél celosamente guardaba, y el susto que se apoderó de su ánimo, cuando, muy próximo al logro de sus deseos, fué sorprendido por el grabador, que increpaba su codicia con desentonadas voces.

El desgraciado filósofo llega á Turín sin vestidos y sin dinero y se somete en el *Hospicio de los catecúmenos* á una serie de pruebas de disquisiciones y de ceremonias que terminan por la aparatosa de la abjuración de sus creencias, para recoger *veinte libras*, verdadero engaño para alimentarse y vivir unos días con aquella libertad é independencia y en aquel perenne sueño de que gustaba tanto el singular carácter del autor del *Contrato social*.

Multitud de ardides, asechanzas é invenciones pusieron en todos tiempos en práctica los amigos de la fortuna ajena, y fuera largo el citar cuántos hechos de esta índole comprueba la historia. Citemos algunos, sin embargo, como prueba de nuestro aserto.



Yendo un Arzobispo de Cantorbery á su casa de campo, se detuvo, como tenía por costumbre, en una posada apartada del camino y situada en el centro de un monte, á fin de dar descanso á los caballos. Desde la ventana vió á un hombre decentemente vestido que paseaba gesticulando, como si fuera un actor que se ensayase en recitar su papel. La curiosidad movió al Arzobispo á acercarse á aquel sér singular y á entablar conversación con él.

—¿En qué se ocupa V.?—le dijo el prelado.

—En jugar—respondió el otro.

—¿Y con quién?

—Con Dios.

El Arzobispo creyó fundadamente que hablaba con un loco y se propuso divertirse un rato.

—¿Á qué juega V.?—le preguntó.

—Al ajedrez.

—¿Y jugáis intereses?

—Seguramente.

—Y cuando ganáis y perdéis, ¿cómo ajustáis vuestra cuenta?

—Muy fácilmente. Cuando pierdo, Dios me envía al instante un pobre á quien entrego mi pérdida; y en este mismo instante acabo de perder y debo cincuenta *guineas*.

Al decir esto, sacó dicha cantidad del bolsillo y se la dió al Arzobispo, alejándose precipitadamente.

El prelado no sabía qué pensar de tan extraña acción. Continuó su camino, al poco rato, y repartió entre los pobres las cincuenta guineas.

Á la vuelta de su posesión halló al mismo sujeto y en igual paraje, y se llegó á él como si fuesen antiguos conocidos, y con la mayor confianza y seguridad.

—Amigo, ¿jugáis aún? ¿cómo va la suerte desde la última vez que nos vimos?

—Unas veces bien y otras mal—respondió el supuesto loco.—Hoy he dado terribles golpes. En el mismo instante en que habéis llegado he ganado una quinta parte más.

—¿Y quién os pagará?—preguntó el Arzobispo.

—Usted—dijo fieramente el supuesto loco, sacando un par de pistolas,—porque así como Dios me envía un pobre siempre

que pierdo, también cuida de enviarme un rico cuando gano.

El Arzobispo llevaba en su poder quinientas guineas, y fué preciso dárselas al ingenioso ratero.

Enrique I, Príncipe soberano de Sedán, fué también estafado por los años de 1620.

Un alquimista, que había vendido con anticipación á todas las boticas de Sedán litargirio mezclado con granos de oro, hizo creer al Príncipe que le había revelado con una fórmula el medio de enriquecerse, hecho lo cual le pidió para el viaje 2.000 escudos. Enrique I, admirado de la cortedad de su maestro en alquimia, le dió 4.000, y después de agotar el Príncipe en sucesivos ensayos todo el litargirio de Sedán, ya no pudo recabar ni un grano del precioso metal, concluyendo por persuadirse de la verdad y del hábil chasco de que había sido víctima.

En tiempo de Luis XVI, un *timo* dió motivo á la formación de un proceso ruidosísimo, que puso largo tiempo en tela de juicio las virtudes y la reputación de María Antonieta. Un hábil joyero alemán, Bomer, formó sociedad con otro célebre artífice, M. Bassauges, para construir un rico y notable collar formado de valiosísimas piedras y valorado por Mrs. Dogny y Maillard en 600.000 libras.

Á la sazón vivía en la corte de Francia el Cardenal de Rohán, que Luis XV había llevado á la Embajada de Viena, hombre de escasa fe y recogimiento, dado con exageración á los placeres y que tuvo el atrevimiento hasta de presentarse en una procesión en traje de caza, hecho que motivó las críticas más acerbas y justas hasta por parte de la Reina de Austria, la devota María Teresa, madre de la infortunada esposa de Luis XVI.

Resentido el Embajador de la Reina, se permitió consignar en un documento oficial á su soberano que María Teresa, apesar de su aparente devoción, cometía la felonía de favorecer los intereses de Prusia y Rusia en el reparto de Polonia, y tal afirmación, que llegó á conocimiento de María Antonieta, indispuso á ésta con el Embajador, hasta el extremo que pretendió y obtuvo de Luis XVI lo relevase de dicho cargo.

Mal contento con haber perdido su posición diplomática

el Cardenal, intentó captarse las simpatías de su enemiga; pero María Antonieta, digna y enérgica, jamás quiso dar audiencia al denigrador de su madre, contestando siempre con negativas á las reiteradas súplicas del prelado.

Por este tiempo había en la corte de Francia una mujer astuta y llena de gracia, la Condesa de la Motte, la cual penetrando en la situación moral del Cardenal, se propuso explotarla en provecho propio, empezando en este punto la obra del robo que nos proponemos dar á conocer.

La Condesa escribía cartas á Rohán imitando en ellas la letra de la Reina; mas como ésta persistiera en no concederle audiencia, la Condesa de la Motte dijo al Cardenal que María Antonieta, por complacerle, bajaría al anochecer al parque de Versalles, al cual efectivamente bajó una dama muy parecida á la Reina y análogamente vestida, que ofreció una flor al prelado, alejándose precipitadamente (1).

Esta estratagema sirvió de pie á la Condesa para incitar y proponer al exembajador Rohán, que regalase á la soberana para congratularse del todo con ella el collar del joyero Bomer, que compró al fin, á pagar en cinco plazos.

Comisionada la Condesa para hacer llegar á manos de María Antonieta la presea, que era el objeto de su codicia, la desarmó vendiendo los diamantes y ricas piedras engarzadas en ella en Holanda é Inglaterra, y realizando de esta suerte una considerable suma.

Imposibilitado á poco el Cardenal de pagar la cantidad que el artífice Bomer le exigía, éste, sabedor del destino para que se compró el collar, dió cuenta en 15 de agosto de 1785 á Luis XVI y á su esposa, los cuales, desconociendo completamente la fraguada tramoya, quedaron sorprendidos. María Antonieta, herida profundamente y repuesta de la sorpresa, cuentan que dijo al Rey: «como esposa y como Reina, pido justicia de la injuria que me ha hecho el Cardenal de Rohán.»

¿Quién era la Motte?—preguntará quizá el lector.

---

(1) La mujer de que se sirvió la Motte para esta *superchería*, y que compró al efecto por unos cuantos *luis*, era una prostituta llamada Sofía Dessigny.

La Condesa de la Motte, que había nacido en la indigencia y que había pasado su infancia mendigando en las calles, fué recogida por la Marquesa de Boulainvillier, la cual inventó para su prohijada una genealogía, que la hacía descender en línea directa de un hijo natural de Enrique II. Á favor de esta genealogía obtuvo la joven una pensión, que se elevó progresivamente á 1.500 libras. Casó, más tarde, con un individuo del cuerpo de la gendarmería llamado la Motte, que se dió al casarse el título de Conde.

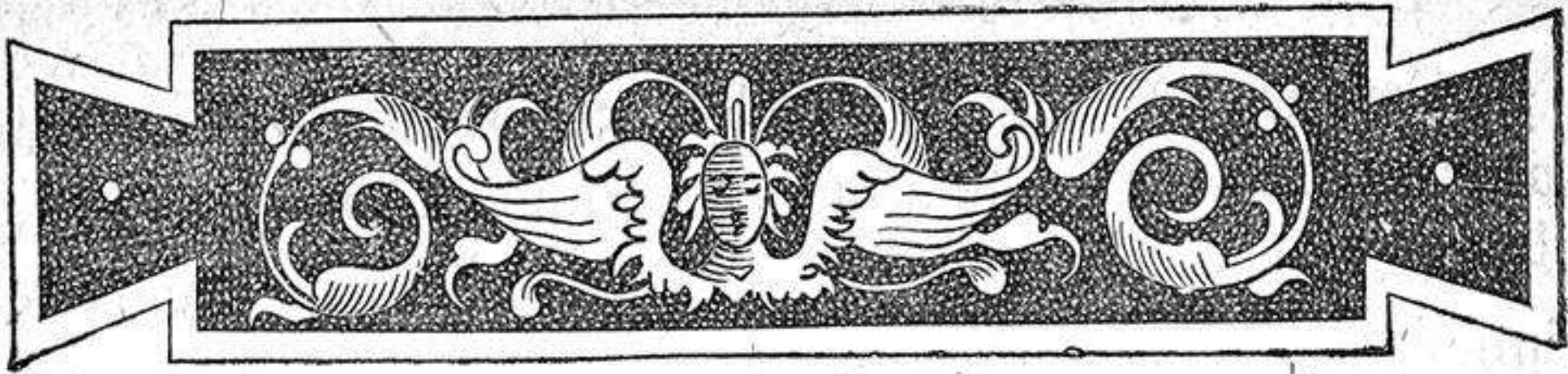
Tal es, en dos palabras, la historia de la célebre *timadora*, que inculpada por el Cardenal Rohán en el proceso, delató ella á su vez á un hijo de un barbero de Nápoles, cuyo verdadero nombre era *Tichio*, y que en París se hacía llamar el Conde Cagliostro, dándose aires de un gran señor.

Este *timador*, digno competidor de la Condesa de la Motte, había seducido y engañado á las gentes de la corte y á graves magistrados y filósofos de su tiempo; en una palabra, que el robo del collar descubrió y alzó el velo que encubría una compañía extensa de *caballeros y señoras de industria*, que pasaban por distinguidos personajes.

ALFREDO DE LUIS.

*Salamanca, mayo de 1884.*





# SATANELLA

POR

G.-I. WHYTE MELVILLE

CONTINUACIÓN (I)



ALTERS miró á uno después de otro, con expresión de inocente sorpresa. Cualquiera hubiera dicho que no había oído hablar de un steeple chase en su vida.

—Yo no sé á lo que llamáis un un buen negocio, querido compañero—replicó.—Cuando encuentre un buen negocio, podéis estar seguros de que á todos os daré parte. No es eso. Si he de estar en Punchestown, es sencillamente porque tengo que correr.

—Lo siento por el jamelgo—observó el jugador de billar, que había acabado ya y perdido la partida.—¿De qué animal se trata?

—De una yegua de que ninguno de vosotros ha oído hablar nunca—repuso Bellowita.—Se llama *Satanella*, y sospecho que sabe galopar un poco.

---

(I) Véase la pág. 472 del tomo LI.

—¿Correrá el nuevo handicap?—preguntó una voz chillona salida de enmedio de una nube de humo de tabaco.

—Si alguna vez se presenta en la pista, será su mejor triunfo—replicó Bellorita.—Los pesos aplastan y la distancia es de más de cuatro millas.

—¡Apostad por ella, querido, y yo apostaré también!—exclamó un Par irlandés, arrogante apesar de sus años, jovial apesar de la gota, buen corazón apesar de la moda, y siempre de buen humor apesar de todo.—¿Es pura sangre irlandesa? ¿Habéis dicho que es Roscommon? Apostad por ella, y yo entro en la mitad. Les enseñaremos cómo se hace esto en Kildare.

Bellorita se hubiera alegrado, pero no se apuesta sobre las steeple chases á la una de la mañana. Sin embargo, la curiosidad de los socios se había excitado respecto de *Satanella*, y las preguntas siguieron con buen humor.

—¿Es pura sangre?—preguntó un abanderado de la Guardia que en materia de hombres y bestias, ó más bien de mujeres y caballos, no se fijaba más que en las dos circunstancias de raza y belleza.

—¿Pura sangre?—repitió Bellorita con aire pensativo.—Su padre lo era, estoy seguro de ello, y descende de una yegua de Connemara, como se dice en Irlanda, aunque no sepa yo precisamente lo que esto significa.

—Yo lo sé—observó el Par, guiñando un ojo.

—¿Queréis apostar por ella?—preguntó un hombre alto y delgado, que hasta entonces había estado silencioso, sacando una cartera de su bolsillo.

—Deberíais apostar una buena cantidad—repondió Bellorita.—La carrera será muy cumplida, estoy seguro. Habrá un montón de caídas sin fin. ¡Lléveme el diablo! Sospecho que tendré que poner algo. Mirad. La tomaré á doce contra uno en centenas..., esto es.

—Tomo diez—dijo otro.

—¡Corriente!—replicó Daisy.—Mil contra ciento.

Inscribió metódicamente esta puesta en su cartera y miró alrededor suyo, con el lápiz en la boca y como preguntando si alguien quería más.

—Apuesto ocho contra uno en *ponies* (1).

Bellorita hizo una señal de asentimiento é inscribió el nombre del jugador de billar.

—¡Y yo en decenas!—exclamó otro.

—Y no creo yo que os libréis con siete—añadió otra voz— si queréis tomarlas en quintas.

Bellorita hizo una nueva señal afirmativa con la cabeza; pero cerró luego su cartera, diciendo con su acostumbrada frescura:

—Tengo bastante, y quiero dejar algo aparte á fin de que me quede para beber.

—¿Y de quién es la yegua?—preguntó un caballero que acababa de entrar.—Es un juego singular el *steeple chase*, hasta cuando los que corren son verdaderos *gentlemen*. Me gusta siempre conocer al propietario de mi favorito antes de apostar en pro ó en contra.

—Pues... es antes mía que de nadie—respondió Bellorita poniéndose el *pardessus* y disponiéndose á salir.—Todo lo que puedo deciros de cierto es que partirá si vive y ganará si puede...

Y esto diciendo, salió á la desierta calle y tomó el camino de su casa sin apresurarse y con el porte satisfecho de un hombre que trata de entregarse al descanso después de un buen día de trabajo.

En Picadilly tropezó con una mujer ébria; en Curzon Street con un policeman solitario; cerca de Audley Square con un extravagante libertino que pasó delante de él como escondiéndose y callandito. Y continuando su camino con paso firme, dirigiéndose al Norte, vió á un transeunte que se adelantaba en sentido contrario por la acera opuesta. Pudo conocer á aquel transeunte á la luz de un farol, apesar de que el sombrero le cubría la cara hasta los ojos y el cuello del abrigo le tapaba las orejas. Era el mismo Saint-Josephs, que, entregado á una cavilación profunda, andaba tan pausadamente como si hubiese sido aquella una de las más calurosas noches de junio.

---

(1) Pony, veinticinco libras esterlinas.

—¿Qué diablos hará por aquí el General?—pensó Bellorita, no creyendo á propósito atravesar la calle á una hora tan intempestiva para ir á saludar al veterano.—Debería ya tener la nariz metida entre sábanas hace tiempo. Algo extraordinario pasará para que salga así ese viejo pelma á las dos de la mañana y con el viento de Levante que sopla. Me parece que ya tiene edad para dejar á un lado extravagancias y locuras. Pero, después de todo, esto no es cuenta mía. Confío en que irá bien abrigado con franela y no cogerá ningún muermo, aunque casi me parece que no sería para él desgracia que tal percance le sucediese.

Bellorita hundió aún más las manos en sus bolsillos, meneando la cabeza en señal de virtuosa desaprobación por la conducta de su jefe. No podía convencerse de que un hombre de tanta edad tuviese la locura de pasear una calle barrida por el helado viento de la noche debajo de las ventanas de una mujer que se había acostado hacía más de una hora.

## CAPÍTULO VIII.

### INSACIABLE.

«Mi querido General: Como sé que es imposible teneros en el *lunch*, os suplico que vengáis á verme á las tres, antes de que salga vuestra afectísima—CLARA LUSHINGTON.»

No había fecha en esta esquela; pero no fué obstáculo para que el General mandase tener dispuesto su coche á las dos y media con el intento de ir á ver á su graciosa amiga.

Fué introducido en el gabinete más lindo de Londres, un verdadero nido de muselina, filigrana, barros exóticos, con pajarera en miniatura en una de las ventanas, *aquarium* minúsculo en la otra, portier de seda y un surtidor enfrente de la chimenea. Pudo placerse en admirar el buen gusto de la dueña de la casa y examinar uno tras otro los objetos que llenaban la chimenea y el velador, entre los cuales figuraba



una fotografía en un magnífico marco, retrato de su marido, que ella había hecho colocar en el sitio más visible, por cierto alarde de ostentación muy perdonable.

Saint-Josephs reflexionaba en el extravagante móvil que había podido decidir á aquella dama á casarse con aquel ente original, cuando se abrió la puerta para dar paso á su amiga. Se presentaba fresca, risueña y tan bien vestida, que muy mal hubiera hecho el visitador en echar de menos el tiempo transcurrido en esperarla.

—Veo que habéis recibido mi billete—dijo sentándose al lado del General,—y tal vez no sospecháis por qué deseaba veros.

Saint-Josephs se inclinó, respondiendo que se había apresurado á ponerse á sus órdenes por si podía servirle de alguna utilidad.

—¡Utilidad!—replicó la señora.—¿Queréis que crea que os consideráis más bien como una utilidad que como un adorno, General? Sois el hombre menos vanidoso del mundo.

—Tal vez tenga yo alguna vanidad por haber sido admitido en el número de vuestros servidores—replicó riendo;—pero os aseguro que por nada más del mundo la tengo.

Ella le echó una mirada de soslayo, añadiendo con un imperceptible suspiro:

—Yo creo, sin embargo, que tenéis mucho derecho á envaneceros.

Aquel recibimiento de ninguna manera desagradaba al General.

—¿Sabéis—prosiguió ella, mirándole con franqueza,—sabéis que conseguís interesarme? Algo... por vuestros propios méritos; mucho... por el afecto que profeso á otra persona. ¿No habéis oído hablar de ciertas flores que exhalan su perfume para que éste se pierda en el aire del desierto?

—Y que se ponen encarnadas, sin ser de nadie vistas—dijo Saint-Josephs.

—Hablemos seriamente—repuso la señora poniendo sus afilados dedos sobre el hombro del General.—Os repito que tengo empeño en que seáis feliz, y por esto os encontráis aquí en este momento. Ya que no pueda yo ser dichosa, me

gusta trabajar para los demás. ¿No sois del parecer que todo hombre debe casarse con la que ama? Y puesto que habéis encontrado á la mujer que os conviene, ¿por qué no le dais vuestra mano?

Apesar de todo el imperio que sobre sus sentimientos ejercía, Saint Josephs no pudo reprimir un ligero estremecimiento, que no pasó desapercibido á la penetrante mirada de la Sra. Lushington, y bastó para convencerla de que el flechazo había ido en derechura al corazón. Tenía el General una naturaleza demasiado noble para negar sus deseos.

—¿Creéis que si la solicito me aceptará?—preguntó con sencillez y franqueza.

Nunca á la Sra. Lushington le había él parecido más interesante que entonces. Aquella intrigante frívola y ligera veía algo que la alegraba en grado superlativo en el desprecio con que á sí mismo se juzgaba el General. Creía que era una locura de su amiga el no apresurarse á aprisionar á Saint-Josephs, y prosiguió en voz alta:

—El que busca encuentra. Si no presentáis vuestra petición, ¿cómo queréis que se os conteste? ¿Tan mimado sois, mi querido General, que queréis que las mujeres se ofrezcan ellas mismas y del mismo modo que los frutos maduros se os vienen á la mano? Lo que queremos nosotras es que se nos inste y atormente sin descanso hasta que digamos el sí por cansancio á por vernos libres del importuno. ¿Cómo pretendéis que se os admita ó se os rechace si nada decís?

—¿Sabéis lo que es amar mucho?—preguntó el General cepillando su sombrero con el codo, de la misma manera que en el teatro una campesina se hubiera entretenido en doblar la punta de su delantal. El paso que me aconsejáis es muy atrevido sin duda alguna, puesto que en él jugaría de una vez mi suerte. Y como supongo que los dados no han de serme favorables, tengo miedo de echarlos...

—No puedo creer que tengáis nunca miedo á nada—respondió la joven con una mirada seductora;—ni siquiera á la mala suerte, pues esta sería probablemente para vos una sensación del todo nueva. Ya sabéis lo que dice el Sr. Walters: cuando hay que batirse debe elegirse por padrino á un

hombre diestro en las armas. Es lo que también digo yo: cuando un hombre titubea respecto de la conducta que ha de seguir con una mujer, debe buscar á otra para que le saque del apuro. Confiad en mí, y hoy á la hora de comer seréis un General feliz y orgulloso.

El rostro de Saint-Josephs, que se había oscurecido al oír el nombre de Walters, acabó por animarse.

—Sería feliz—dijo,—lo confieso de todo corazón, si la Srta. Douglas consintiese en ser mi mujer. ¿Me aconsejáis que haga mi petición inmediatamente?

—Hoy mismo, sin perder un minuto—replicó la señora Lushington.—Haced de manera que yo pueda felicitarla cuando vaya á buscarla con mi coche á las cinco y media.

El General miró su reloj y volvió á cepillar su sombrero con más ahinco que nunca.

—Ya casi son las cuatro—dijo con voz temblorosa.—Quedo muy agradecido, Sra. Lushington, por haber tenido la amabilidad de interesaros tanto en mis asuntos. Pero, ¿podrías decirme... Las mujeres entienden mejor esas cosas que nosotros... Si os encontraseis en mi lugar, ¿no os parecería preferible, quiero decir, no sería mejor método... En una palabra, ¿me aconsejaríais ir á su casa y hacerle una declaración en forma, ó más bien escribirle dos líneas, ya comprendéis... muy explícitas, muy respetuosas, naturalmente, encargando al criado que esperase la respuesta?

La Sra. Lushington estuvo á punto de soltar una carcajada; pero se contuvo, y después de un momento de reflexión le respondió sentenciosamente:

—Tal vez, en vuestro caso, optaría por escribirle algunas palabras. Podéis hacerlo aquí, si queréis, ó en el club. Lo más breve será lo mejor—añadió dándole con efusión la mano y levantándose para despedirse,—y cualquiera que sea el resultado, no dejéis de comunicármelo.

Así que la puerta de la casa se hubo cerrado detrás del General, la joven abrió su escritorio y borroneó la siguiente esquela:

«Queridísima Blanca:

¡Alerta! ¡Hay una escaramuza! Escribo para ponerlos en

guardia. El General, *vuestro* General, acaba de pasar una hora conmigo. Parece que está decidido, y así, debéis estar dispuesta al ataque. Creo que os convendría aceptar. Será un marido tranquilo, amable y de respetabilidad. Vuestra situación mejoraría con este casamiento y podría llamarse consolidado. No os obstinéis, os lo ruego, querida. Escribe apresuradamente vuestra afectísima—CLARA L.

»P. D. No se os olvide que coméis hoy conmigo. No habrá nadie más que el tío John, las Srtas. Gordon... ¡Dios! ¡qué linda se ha puesto Bessie!... Y el Sr. Walters, que sale mañana para Irlanda... Venid tan pronto como podáis después de las ocho.»

Llamó, dando orden de llevar al momento aquella carta. Si la Srta. Douglas no estaba en su casa, el criado tenía orden de informarse dónde podría encontrarla y de ir allá. No tenía que esperar respuesta; pero era preciso asegurarse de que el billete iría á parar inmediatamente á su destino. Luego la hermosa Sra. Lushington se dejó caer de nuevo en su sofá, haciendo la agradable reflexión de que acababa de dar un soberbio golpe diplomático, vigoroso, decisivo y que á nadie comprometía.

Las consecuencias de su combinación le parecían bastante claras. Contaba con tanta certidumbre en la negativa de Satanella á las pretensiones de enamorado veterano, como con el apresuramiento á aceptar el convite en el que la misma Satanella había de encontrar á Bellorita atraído á su vez por las incomparables seducciones y la agradable presencia de una joven tan peligrosa como Bessie Gordon. Consideraba sobre todo este último golpe como el más digno de su habilidad. Pero, juzgando á su amiga por sus propios sentimientos, era de opinión que la Srta. Douglas mitigaría hasta cierto punto su negativa, para mantener al General encadenado á sus hechizos y alentarle con la esperanza cuya realización, aplazada de día en día, no llegaría nunca. Los hombres en situación tan humillante deben tomarse por asalto y sin pérdida de tiempo; tal era siempre el parecer de la Sra. Lushington. El General, fácil víctima de las más amables coqueterías, se alistaría sumiso entre sus adoradores. Conseguido tan mag-

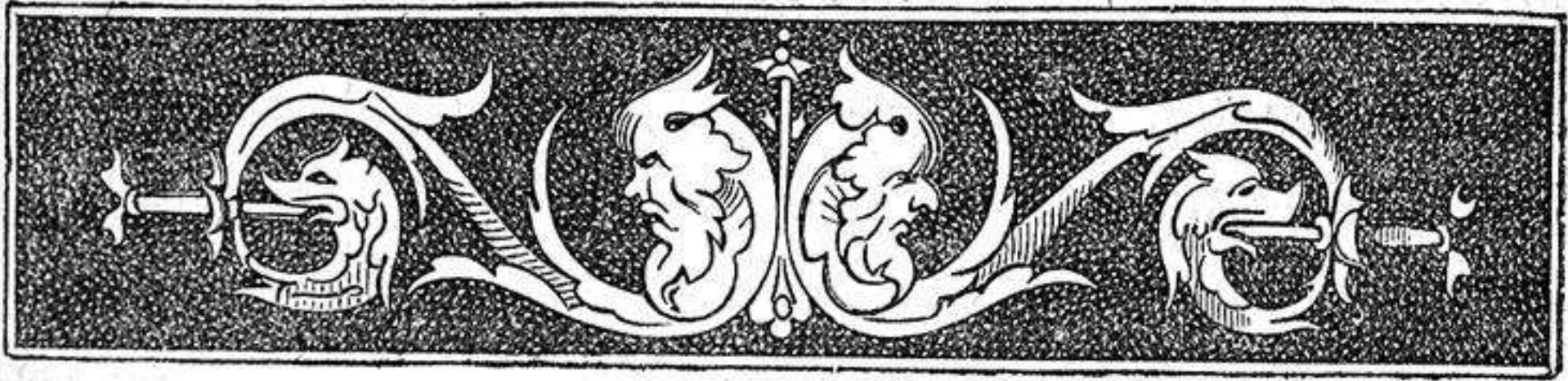
nífico resultado, podría entonces fijar su atención y dedicarse á conquistar también á Bellorita. No se creía ella nunca tan dichosa como cuando llegaba á apartar á un *gentleman* de la dama de sus pensamientos, y nada le importaba que esta última se sintiese luego atormentada por el orgullo humillado ó el dolor de un corazón herido.

Por esto contaba la Sra. Lushington con tantas enemigas, siempre en acecho para cogerla en falta. Si algún día llegaba á caer, no tenía que extrañarse de no obtener cuartel de sus dulces adversarias.

Una mujer generosa y con espíritu viril, que se hace superior á todas las pequeñas vanidades y emulaciones, goza importantes prerrogativas en la sociedad cuyas leyes dictan sus hermanas de armas; pero éstas no perdonan jamás á la ávida é insaciable despojadora que codicia y acapara la propiedad ajena, quitándoles, según su propia expresión, sus amantes, cuando es lo cierto que ella tiene muy bastantes y aun de sobra.

(Continuará.)





## REVISTA DE TEATROS

---

**B**ODEADOS de saltimbanquis, titiriteros, nadadores impermeables, perros y monos que no les falta más que hablar, hombres forzudos, mujeres maquiavélicas, Sansones con tupida cabellera, Dalilas sin tijeras, cantantes sin voz, músicos que no saben música, cómicos de verano, bufos con descuentos y otras menudencias cómico-dramático-mímico-pantomímico-bailables, los aficionados al teatro de verdad y á la literatura dramática sin colorete extranjero, nos vemos entre la espada y la pared, entre Scila y Caribdis, sin saber hacia qué parte dirigir nuestros pasos, ni qué rumbo tomar, dispuestos á no perder la ocasión que se presente, por rara y calva que sea, siempre y cuando que calme nuestra sed dramática teatral, y como lo primero y quizá lo único que saltó en la última quincena fueron los concursos de declamación en la Escuela Nacional de Música y de ídem *vigente*, á ellos nos agarramos como clavo ardiendo, y de ellos vamos á ocuparnos, si bien no podremos decir ni mucho ni bueno.

\*  
\* \*

Pasamos por alto, que es mucho pasar, por no ser de nuestra incumbencia, los certámenes de solfeo, piano, canto, volín, armónium, arpa y composición, en los que, tanto dis-

cípulos como proferores, han obtenido justos y legítimos triunfos; pero como todo en este mundo perdurable tiene su rato de mal camino, el de la Escuela Nacional de Música y Declamación tiene el de la última, que por cierto no deja nada que desear respecto á los pocos y no buenos resultados que produce.

\* \* \*

¡Qué tiempos aquellos!—diría un pesimista de ultratumba recordando aquellos felices para el arte de la música, sobre todo, del *bell canto*, en los que la afición á tan bello arte produjo la protección dispensada á Farinelli por Fernando VI y su augusta esposa.

¡Qué épocas tan felices aquellas en las que la música tenía intérpretes tan admirados como la Villó, la Pieri, la Plañol, Reguer, Calvet, Salas, y la declamación á los Romeas, Latorre, Luna, la Díez, Lamadrid, Valero, Mariano Fernández y tantos otros hijos legítimos del Conservatorio de Música y Declamación, fundado por María Cristina, dirigido por Piermarini é inaugurado en 1830!

Entonces había cantantes; hoy no se encuentra un tenor por un ojo de la cara; entonces había cómicos, es verdad, que, siguiendo las huellas de sus antecesores que no tenían ni siquiera *don*, se reunían en el *Mentidero de los representantes*, que así se denominaba la plazoleta formada por la confluencia que en la calle del León formaban las del Prado, Francos y Cantarranas, y de la que se trasladaron con sus asendereados huesos á la Plazuela de Santa Ana, verjel entonces, no de plantas y arbustos, sino de galanes, barbas, graciosos y partes por medio que trabajaban á cuarterón mucho mejor y con más arte que los que hoy *acosan* al público con sus carruajes, hoteles, pomposos títulos, que no les obligan á dejar creaciones imposibles de reproducir, como nos dejaron Máiquez, Latorre, Luna, Norén, Mate, Guzmán, la Rita Luna, la Matilde, la Lamadrid, la Llorente y otros que, ocupando el puesto de profesores de aquel inmemorable Conservatorio, lanzaron á la escena actores genios que conquista-

ron inmarcesibles laureles, y otros cuyos destellos se apagan, pasando su vida á la categoría de recuerdos.

Hoy es otra cosa; el actor es un caballero, y así es justo que lo sea, dando al olvido rancias preocupaciones de clase y alcurnia que obligaron al decano de nuestros actores á retirarse corrido y mal trecho, según cuenta Mesonero Romanos, de uno de los bailes que en la época del Carnaval de 1832 se celebraban en el café de Solís, situado donde hoy el Teatro de Apolo; pero apesar de su caballerosidad, no reúnen las condiciones de aquellos que no lo eran en la acepción figurada de la palabra, y la Escuela Nacional de Música tiene todo un caballero, en la más lata acepción de la palabra, al frente de la clase de Declamación, el que, como necesita trabajar para sostener su categoría y su dilatada familia, se ve en la precisión de salir de Madrid con frecuencia y abandonar un cargo, para cuyo nombramiento no tuvo presente el Sr. Gamazo, Ministro de Fomento, tan atendible circunstancia, ni el Sr. Vico para aceptarlo, defraudando el uno y el otro las legítimas esperanzas de lo que ganaría el arte con semejante adquisición, y la de los discípulos que pierden su tiempo y su dinero; las del arte, que no recolecta actores, y la del público en general, que va comprendiendo que para ser profesor de declamación, hoy por hoy no se necesita ser actor; antes bien, dado el caso de que la mayor parte lo son por instinto y no por estudio, y que hacen lo que hacen, sin saber por qué lo hacen, daría mejores resultados un profesor que no reuniera aquel carácter y sí los requisitos de estudios, conocimiento del teatro de nuestros clásicos, del mundo, sus pasiones, y sobre todo el corazón humano, condiciones que atesoran muchos que no han pisado las tablas, y otros que han figurado en ellas con más acierto como directores que como actores, Isidoro Valero, Manuel Catalina y Oltra.

Porque es necesario convencerse que para ser actor se requiere algo más que el instinto.

¿Cómo interpretar á un personaje histórico si no sabe Historia? ¿Cómo recitará un parlamento en verso y le influsionará si no sabe Retórica y Poética, Gramática y Ortografía en to-



da su extensión? ¿Cómo ha de empaparse en la descripción de un país, de un fenómeno físico ó meteorológico si no conoce la Geografía y sus ciencias derivadas? ¿Cómo ha de vestir con propiedad una obra si no está impregnado de los caracteres peculiares, usos, costumbres y trajes de la época en que sucede la acción, y sólo sabe por casualidad que existe una cosa que se llama indumentaria?

Se nos dirá que con tanta profusión de asignaturas y tanta suma de conocimientos se pretende ó pretendemos convertir el arte de la declamación en una carrera científica ó literaria.

Y si fuera en efecto, ¿tendría por ventura algo de particular ni de sorprendente?

¿No ha salido el actor dramático, merced á los adelantos del siglo, de la esfera reducida del cómico, farsante y farandulero, dejando en olvido la *farsa*, la *farándula* y el *bululá* para representar en la sociedad un papel muy distinto del que en aquellos tiempos del oscurantismo, tan anatematizados por ellos, que casi todos son republicanos de corazón y se disfrazan de monárquicos cuando les trae cuenta?

¿No es, por fortuna, su profesión, arte, facultad ó carrera mucho más lucrativa sin disputa que muchas otras que representan grandes desembolsos, largas horas de estudio y muchas noches de insomnio?

¿Puede negarse que, reuniendo el actor dramático la condición de director de escena, es el encargado de juzgar las obras que los autores les presentan y cómo ha de juzgarlas imparcialmente si no atesora los conocimientos imprescindibles y necesarios para pronunciar su fallo con justicia y verdad, ó es, acaso, justo y equitativo y ni siquiera lógico que el escritor, al que se le exigen conocimientos de todo, se vea sometido, después de prolijo é incesante estudio, al tribunal de algunos que con dificultad escriben sus nombres y honrados y laboriosos artesanos é industriales, muy peritos y competentes en su oficio ó industria, pero legos, completamente legos en literatura, en ciencias y artes, las que ni siquiera, salvo honrosas excepciones, han procurado saludar ni sacrificar las horas de café, juegos inocentes y otros entretenimientos en aras de un amor propio bien entendido, un espí-

ritu de emulación, siempre laudable, y un deseo hijo de la dignidad, de no hacer un papel despreciable y ridículo?

Son los actores de hoy tan inocentes y cándidos ó tan ilusos ó presuntuosos, que creen de buena fe que con decir al autor que les lee una obra si es corta ó larga, ligera ó pesada, con mucho ó poco movimiento, con profusión ó escasez de situaciones, y si reúne ó no las condiciones que el uso, la costumbre, la moda, el público y la práctica requieren, lo que es de necesidad, pero no lo absoluto y único para juzgar una producción dramática.

¿Qué sucedería ahora si, como en 1841, una empresa, siguiendo el ejemplo de la que tenía á su cargo el teatro de la Cruz, nombrase á un actor de la compañía *Director de Historia*, como aquélla nombró á Pedro González Mata, actor erudito é ilustrado y digno émulo en conocimientos históricos y arqueológicos de D. Agustín Azcona y D. Basilio Sebastián Castellanos?

Si tal cosa ocurriera, y dado el caso factible de que algún actor reuniera las condiciones necesarias para ocupar tan digno puesto, si era el director de escena y primer actor—lo que no ocurre sino rara vez, y proporcionando no pequeños disgustos que lo uno vaya sin lo otro,—podría pasar, á la fuerza y dado el carácter adulador que preside la época; pero si era uno de tantos primeros actores como hoy abundan en las compañías y que se distinguen sólo por el calificativo, pues de rencillas, chismes, cuentos, odios, venganzas, pullas, sátiras, murmuraciones, y otras *menudencias* que se desarrollan de telón adentro, se vería entre los demás compañeros que sacando á relucir la acerada espada de la envidia, dando tajos y mandobles á diestro y siniestro, sin que contuviese su valeroso empuje ni el amor propio, la emulación, *el decoro* ni la dignidad, y mucho menos la caridad, ó sea el amor al prógimo, que sólo llega á aquellas casas, si llega, envuelto en el mundano manto de la filantropía. Dado este orden de cosas, ¿qué de particular tiene, sino mucho de lógico y razonable, que los escritores escriban lo que escriben, los autores hagan lo que hacen, y el Conservatorio no arroje de su seno un actor ni una actriz que valga la pena?

Harto hace el Sr. Arrieta, al que aplaudimos sinceramente, como al dignísimo secretario Sr. Mata, en procurar que la Escuela Nacional de Música y Declamación sea lo que debe ser; ¿pero consiste en ellos que en esta última acepción se realicen sus laudables esperanzas? No.

Harto hace Mariano Fernández en presentar Marianos en miniatura.

Demasiado hace la Teodora, única actriz que nos queda, en dar á la escena actrices á su imagen y semejanza; no pueden hacer más y no lo hacen; el que puede hacer mucho es el Ministro de Fomento, que si juzga al teatro como se le debe juzgar, y no quiere, como sus creencias católicas se lo aconsejan, que sea un centro de inmoralidad, un verjel de ignorantes y un espectáculo poco culto, le mire con predilección y le encauce por buen camino, y no decimos más, porque el Sr. Pidal no necesita de grandes argumentos para comprender lo que de buena fe y mejor deseo se le indica.

\*  
\* \* \*

Un cargo justo se nos podría dirigir, si contando con abundante material de obras nuevas, de que dar cuenta, las hubiéramos pospuesto á las frases que acabamos de escribir; pero no siendo así, tenemos la disculpa de nuestros actos en la breve y sucinta reseña de las *novedades* que hemos presenciado en la última quincena.

Alhambra: *Tierra, Un cuento de Bocaccio*, la primera conocida, la segunda nueva y mala, los artistas como la obra, la Roselli sin voz, Bianchi con la misma de siempre, *La Marsellesa* con careta.

Recoletos: *Perico el Aragonés*, de Blanc y otro, más vale no conocerle y mejor hubiera sido no conocer la obra. *Toros en París*, si no de la misma fábrica, la marca es igual, en 10 perros chicos está bien pagada.

Jardín del Buen Retiro: *La bella Elena, Sensitiva, El lucero del Alba*; género bufo histórico, se canta convencionalmente, se baila á placer, se estropea el concertante de la Lu-

*chía*; se ven fantoches de cartón y de carne y hueso; se toma el fresco cuando le hace y se come barato y caro, bien y mal, á gusto del consumidor.

Príncipe Alfonso: *El pañuelo de Manila* es de contrabando y resulta caro; *Scintilla*, baile; baila la Limido, salta Cechetti, trinea el cuerpo coreográfico, mucho talco, mucha luz eléctrica, mucha música y poco público.

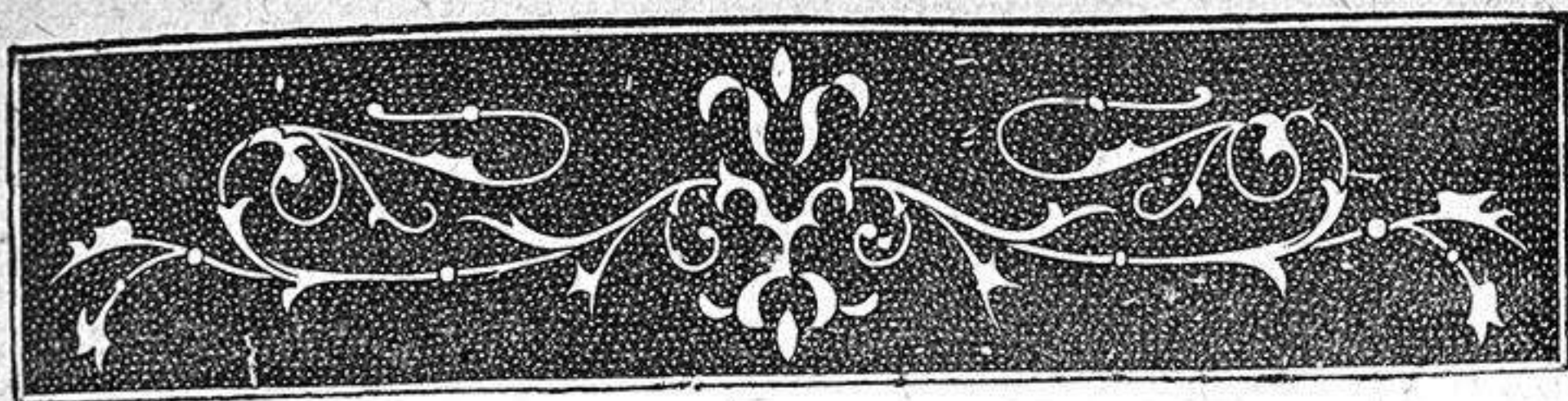
Circo Hipodromo: La familia Jhonson, baño de placer por temporada; circo á oscuras, música abundante, fresco por entregas, lleno el local, cola en la taquilla.

Circo de Price: Lo mismo del año pasado y de hace dos años. Los viernes hasta allí, los demás días cero.

He aquí, pacienzudo lector, lo ocurrido, teatralmente hablando, en la quincena, y se despide hasta la próxima

RAMIRO.





## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR.



A izquierda ha muerto. Tal es la creencia general. Disuelto el núcleo que con elementos de distintas procedencias habíase formado en frente de las huestes capitaneadas por el Sr. Sagasta, cada uno de los prohombres separados del jefe de la fusión acepta ahora la actitud que mejor cuadra á sus designios respectivos, tomando por norte de estos, más bien que una idea, un propósito puramente personal. No de otra suerte se explica el hecho de que aquellos esforzados paladines de una soberanía nacional que todos interpretaban de igual modo, disientan á estas fechas en la apreciación de los principios más fundamentales de donde debiera emanar el credo á que pretendían ajustar sus soluciones de gobierno.

¿Cómo se explica que estadistas pertenecientes á un mismo partido y que, á mayor abundamiento, han formado en las filas de altos funcionarios de la propia situación se exhiban al presente en lamentable discordia, no con relación á un asunto del momento, cuyo juicio puede variar al compás de las circunstancias, sino cabalmente en cuanto á doctrinas madres, raíz y molde del programa y las aspiraciones de esa situación y ese partido?

Lo que esto revela es que los izquierdistas no llegaron nunca á precisar de común y unánime acuerdo los ideales políticos, á que habían de servir desde las esferas oficiales, una vez conquistadas éstas por la influencia que la opinión

concediera á los apóstoles de la buena nueva. Lo que se ve es que escalaron el poder prematuramente, á expensas de una transacción, que los hechos han hecho insostenible; como que tenía por fin y objetivo la amalgama de factores heterogéneos en absoluto.

Los amigos y deudos del Duque de la Torre por un lado, prestando al bando embrionario el concurso del número y del antiguo prestigio del ex-regente; los secuaces y discípulos del Sr. Martos, dándole bandera ó importancia de escuela; los constitucionales disidentes, desertando de un campo que creían espigado, y buscando el oriente del astro en perspectiva: todos subordinaron por el pronto las doctrinas en aras de los apetitos, el pasado en honor del porvenir. Pero las cosas no se arreglan á gusto de todos; sobrevino una crisis prevista por los más miopes, atendida la composición de una mayoría exclusivamente adicta á la personalidad del Sr. Sagasta, y desde entonces, depurados los móviles del proceder de cada cuál en el crisol de una experiencia desgraciada, las olvidadas rencillas han renacido, los opuestos principios han ahondado las distancias, y lo que en un día crítico pudo considerarse como partido vigoroso, se disgrega y descompone como sal en agua.

Á la derecha tiran las individualidades egoístas; á la izquierda se va á marchas forzadas la idea democrática.

Por aquí Linares Rivás, López Domínguez, Becerra... Por allá Martos con sus filisteos, Canalejas, Reus y Olivares... Perplejos sin ir ni venir Moret y Montero Ríos...

En estas disputas llegan los fusionistas, sumamente aptos para desempeñar el papel de aprovechados sabuesos, y se llevan la caza por unos y otros tan insistentemente disputada. Caza que, hoy por hoy, no es sino una esperanza. Pero ¿tan sobrados están de ellas que no hayan de acoger como sabrosa pieza la que así se les entra por el morral de sus inagotables desengaños?

¿Son, no obstante, compatibles las declaraciones aventuradas por D. Práxedes enfrente de toda tendencia izquierdista, y más aún, sus actos como primer Ministro en contra de todo avance hacia ciertas soluciones democráticas, con la

aspiración que en este sentido cabalmente proclaman como base de conducta del soñado gran partido liberal los mismos que se afanan por conciliar lo inconciliable y suavizar asperezas de tal género, que no nacen en la superficie, sino que arrancan del tronco y esencia de las doctrinas por unos y otros desde los más opuestos puntos de vista sustentadas?

Mucho tiene que votar la pelota desde la calle al tejado y viceversa, para que puedan decorosamente acampar bajo las propias tiendas los que no há muchos meses se trataban como encarnizados enemigos, entre los cuales mediaban abismos de disentimientos y rencores.

Por otro lado, la actitud de los martistas, resueltos á jugar el todo por el todo antes que renunciar á su significación dentro de un partido cuyas inspiraciones les corresponden, según creen, no deja de contener un tanto la desbandada de la gente de fila, que, al cabo, no ignora cuanto pesó en favor de la política izquierdista la adhesión, más ó menos franca, pero valiosa y principalísima, de estadista de tan respectable talla como D. Cristino Martos.

¿Que será la izquierda sin el concurso de lo que este importante hombre público significa y representa? La izquierda ha muerto. La fusión, en cambio, á quien aquélla infirió mortal herida, al desplegar una bandera manifiestamente liberal y reformista, tendrá derecho para darse aires de vencedora y por consecuencia para acoger con desdén, si es que los acoge, á esos dispersos elementos que solicitan de nuevo el calor de su apoyo y de su amparo y que recibiría, más que como aliados dignos de gratitud por sus servicios, como botín ganado en la victoria, del que es dueño absoluto el triunfador.

De cualquier modo, el descontento es grande y mayor todavía la inquietud de las disueltas huestes del General Serrano. No se entienden, y como no hay quien les imponga una inteligencia que orille todas las dificultades de principios y personas, la desconfianza se va apoderando de los ánimos, y la incertidumbre y la vacilación de las voluntades. Tal es el cuadro.

Cuadro que demuestra una vez más la diferencia que me-

dia entre la organización de las minorías, sin jefe ni credo unánimemente reconocidos y acatados, y la del partido conservador, fuerte, vigoroso, disciplinado, con un cetro, una iglesia y una bandera. ¿Quién puede negarlo, cualesquiera que sean sus simpatías políticas, imparcialmente discutiendo?

\*  
\* \*

Lícito es y hasta tolerable, dadas nuestras costumbres, que se permita cierta expansión á la querrela incesante de las oposiciones, siempre ávidas de crear conflictos al Gobierno, de oponer reparos á sus actos y de residenciarle airada y vigorosamente como si del criminal más empedernido se tratara. Así se entiende en España la política, y no hemos de verla nosotros, ni acaso nuestros hijos, restaurada en otros moldes que la dignifiquen y la enaltezcan á la altura de verdadera ciencia de gobernar, en frente de la mercenaria significación del eterno pugilato entre pandillas á que hoy está, por desgracia, relegada.

Pero mientras tanto, bueno es que los gobernantes, aun teniendo que luchar con tales embarazos, se dediquen á hacer algo más que contestar preguntas y expedir credenciales, velando por los generales intereses de la patria, desde la región serena donde se atiende al provecho directo de la nación, aparte de esas bajas algaradas, tan estériles como artificiosas, en que malgastan su elocuencia y sus bríos nuestros hombres de partido.

Terminó por fin el debate político en el que tan gallardamente ha exhibido una vez más sus tradicionales timbres de ilustre ejecutoria la tribuna parlamentaria española, una de las más respetadas del mundo.

Castelar, Sagasta, Moret, Canalejas, López Domínguez, Portuondo, el Ministro de Fomento, el Presidente del Consejo... Todos han dado brillante testimonio de sus aptitudes oratorias. Se ha discutido lo humano y lo divino, la ley penal y la balística... ¿Y qué? Todo ello ha puesto en relieve las excepcionales condiciones del Sr. Conde de Toreno para el alto cargo que desempeña. Lo mismo las oposiciones que la mayoría aplauden la conducta prudente al par que enérgi-



ca del Presidente del Congreso, quien tiene la habilidad de calmar con una frase oportuna los ánimos apasionados precisamente en aquellos momentos en que las cosas han llegado á situación que no tiene solución visible.

Nada más. Unos cuantos incidentes de esos que convierten las Cámaras en club: he ahí todo.

Corresponde al Ministro de Fomento el honor de haberlos promovido. Es el Sr. Pidal un fogosísimo tribuno; su bíblica figura, su palabra, que tiene algo del trueno de Sinaí, el calor y el claro oscuro que imprime á sus oraciones, previene al auditorio en su favor; pero estas mismas cualidades y el aplauso con que la Cámara las recibe constituyen un verdadero peligro para el Sr. Pidal, puesto que animado por el aplauso y enardecido por el calor de la lucha, si no falta nunca á las conveniencias parlamentarias, no siempre se ciñe á los moldes de fría retórica que la práctica viene exigiendo de cuantos ocupan el banco azul.

El Ministro de Gracia y Justicia, reverso de la medalla, ha terciado de otra suerte en el debate. Hablando de la situación del país, dijo reposadamente que el actual Ministerio no se hace ilusiones, sabe que no hay motivo para que sus delegados dejen de velar incesantemente por la seguridad de los intereses más altos del país, y excita su celo y redobla su vigilancia, á fin de que si los enemigos declarados de las instituciones se deciden á hacer un alarde de fuerza, sea este instantánea y ejemplarmente reprimido. En eso se diferencia la situación dominante de la anterior; en que no cree que la máquina gubernamental anda sola, como creía ó aparentaba creer el Sr. Sagasta, sino que, arma al brazo, promueve y dirige sus movimientos de la manera que estima más eficaz y más conveniente.

¡Con cuánta elocuencia lo dijo, resumiendo, el Sr. Cánovas del Castillo! Su discurso, que abarca todas las cuestiones puestas sobre el tapete, y que resuelve todos los conflictos de que se ha hecho arma en contra de la situación actual, así constituye la respuesta más vigorosa á los idealismos del jefe de los posibilistas, como la réplica más incontrastable á las sutilezas del director de la fusión. La política conserva-

dora ha triunfado en toda la línea. Los demás partidos están deshechos: el porvenir es canovista. ¿Quién dijo miedo?

\* \* \*

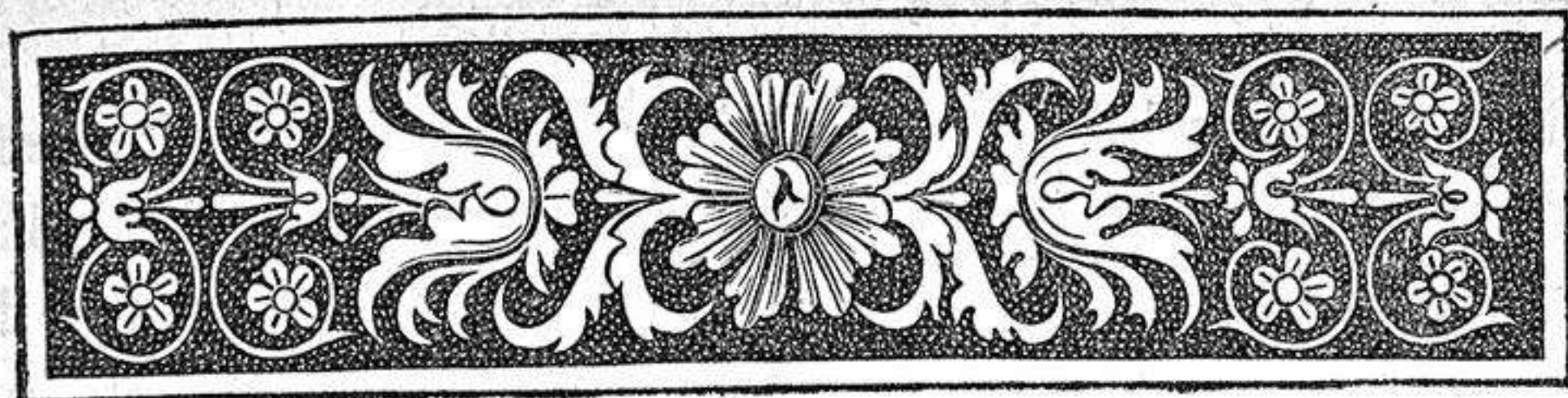
*La conjuración del clavel* ha sido objeto de todas las conversaciones. Se cuenta que cierto número de diputados de la mayoría, reunidos frecuentemente alrededor de opípara mesa, habían dado en mostrar más ó menos plausibles aptitudes de intencionados Aristarcos. El oloroso clavel que asomaba al ojal del chaquet ó la levita convertíase en áspero cardo tan luego como los rayos del Jerez comunicaban á los comensales el calor del sol de Andalucía... Digámoslo de una vez: en Fornos ó en el Retiro, donde quiera que los aludidos padres de la Patria se reunían, poblaban los aires quejas amargas y zumbonas malicias acerca de alguno ó algunos de los Ministros... La cosa no extrañaría á nadie, si se tratara de diputados de oposición; pero se trata ¡oh! se trata de diputados ministeriales. Coman ó no coman en mesa redonda, y ostenten ó no claveles ó violetas en el ojal, lo que no sirve jamás de distintivo á los conservadores es la *lila*, tan característica de otros políticos y de otras situaciones.

\* \* \*

Las noticias del cólera van agravándose, por desgracia. El Gobierno se ocupa activa y celosamente en la previsión de los males que originaría la entrada del terrible huésped en España, donde aún, afortunadamente, la salud es inmejorable. Los Ministros se hallan animados de los más enérgicos propósitos, á fin de que el aislamiento, recomendado por la experiencia como el único preservativo realmente eficaz, sea un hecho decisivo en absoluto.

El Sr. Romero Robledo no oculta á sus amigos que *tiene miedo* al cólera.

—Demos gracias á Dios—argüía, al oírlo, una aristocrática é ingeniosa dama.—Un Ministro de la Gobernación que se preocupa de los peligros con que se ve amenazada la salud pública, es una garantía nacional en estos críticos momentos.—U.



## REVISTA EXTRANJERA

---



DESDE el momento en que por la prensa internacional circuló la noticia del Congreso diplomático en estos días reunido en la Gran Bretaña, pudo sospecharse que estaba de nuevo sobre el tapete la cuestión de Oriente bajo sus múltiples aspectos y con soluciones incompatibles siempre con las susceptibilidades y opuestos intereses de las grandes potencias.

Desgraciadamente es cierto que la actual situación de Egipto es insostenible. Aquel país se desgaja bajo la fatal y disolvente ocupación inglesa. El mismo Nubar-Pachá, apesar de sus simpatías británicas como armenio, se siente incapaz de sostenerse en el poder, y si su dimisión fué recientemente desmentida, será una necesidad el día de mañana.

Es indudable que Egipto se encuentra en verdadera anarquía; su hacienda está desordenada y su presupuesto acusa un déficit relativamente ruinoso; ven los egipcios mutilado su territorio, y el Sudán perdido, como resultado de la dominación inglesa. Lo natural es que Inglaterra tratase de remediar á costa suya los males que ha causado, y buscase en su propio crédito el dinero que necesita. Si la Gran Bretaña ha agotado con sus desacertados manejos el tesoro del Khedive, debiera reconstituirlo á expensas suyas. Es bastante rica para pagar sus errores sin necesidad de acudir á los ya

mermados derechos de los esquilados tenedores de las deudas egipcias. Si los ingleses quieren seguir dominando en las orillas del Nilo, obligación es suya de sufragar los gastos de una ocupación prolongada, garantizando directamente un nuevo empréstito egipcio que no atacase los privilegios de los anteriores empréstitos. Esto es lo natural, y á lo que parece, lo que por lo mismo no consiente la interesada Inglaterra, en cuestiones de interés, jamás muy escrupulosa.

Según los periódicos de Londres, que nos dieron á conocer las proposiciones que el Gabinete de San James hubo de someter á la conferencia para modificar la ley de liquidación de las deudas, el Gobierno inglés desea proporcionar ó garantizar un anticipo de ocho millones de libras esterlinas para pago de indemnizaciones y otros gastos; pero con la condición de que este empréstito tenga prioridad sobre todos los precedentes. Si tales son las exigencias de Inglaterra y tales las pretensiones que somete á Europa, no son de extrañar los clamores de la prensa francesa. No se trata ya de la defensa de intereses privados; se trata de una cuestión política y moral de innegable alcance que arranca enérgicas protestas; se trata de introducir en el derecho público europeo principios y procedimientos que serían la negación de toda justicia, haciendo que nadie pudiese fiarse de compromisos solemnes y contratos autorizados con la firma de las grandes potencias y puestos bajo su salvaguardia. Aprobar tales propósitos sería, en efecto, la más arbitraria y deplorable de las políticas.

La ley de liquidación que todos los Estados impusieron al Khedive, había dado á las varias deudas de Egipto garantías especiales que las aseguraban por completo. Los ingresos bastaban no sólo para el interés y la amortización de los créditos, sino también para el rescate parcial de la deuda y aun para las necesidades del Tesoro. Reducir ahora el interés de todas esas deudas y suprimir la amortización, sería un verdadero é inconcebible despojo, en exclusivo beneficio de Inglaterra por medio de la prioridad que se ha dicho reclama.

Apesar de los periódicos de Londres, no puede creerse que semejantes proyectos se sometieran siquiera á la Conferen-

cia. Habrá tal vez atenuaciones desconocidas. Lo natural es que, si los ingleses intentan reducir á toda costa el interés de las deudas, den en cambio compensaciones efectivas ó garantías morales.

Las últimas noticias que se tienen del Congreso internacional reunido en el Foreign-Office nos presentan á la subcomisión dividida en tres grupos. Los consejeros ingleses que defienden sus cálculos, los franceses que objetan y rechazan y los de las demás potencias que hasta ahora se han abstenido de toda discusión, reservando sus esfuerzos para impedir que la conferencia aborte.

Son de prever grandes dificultades é importantes obstáculos para llegar á un acuerdo unánime, y sin embargo, se opina que una solución es posible. Neutrales se han mantenido Austria, Alemania, Rusia, Italia y Turquía; pero es probable que, al discutirse las reducciones de la amortización ó de los intereses de la Deuda, traten de intervenir de una manera activa y enérgica. Al encontrarse ante el proyecto inglés y un contraproyecto de los franceses, quizás formulen, como ha anunciado la Agencia Havas, bases para una solución intermedia que concilie los intereses divergentes por medio de recíprocas concesiones.

¿Qué sucedería si fracasase la Conferencia? ¿Qué haría el Gabinete inglés? No encontrando en el concierto europeo medios de impedir la total ruina de Egipto, ¿á qué recursos apelaría ya para evitar la inminencia del desastre? Sería el castigo para ella más sensible, porque nada puede afectarla tanto como lo que redunde en menoscabo de las arcas donde guarda y almacena su dinero.

\*  
\* \*

Además de las preocupaciones que naturalmente produce en Inglaterra la reunión del Congreso de las grandes potencias de Europa, acaba de llamar la atención pública un suceso parlamentario muy grave.

Lord Gladstone, movido por un sentimiento de manifiesta

hostilidad contra la Cámara de los Lores, opuesta á su aventurera política, hizo que la Cámara de los Comunes votase un proyecto de bill, que tiende á aniquilar la influencia moral y política de la alta Cámara y hasta á suprimirla del todo, andando el tiempo, en beneficio de lo que se ha convenido en llamar democracia.

Atrevido es el plan y la evolución arriesgada. La alta Cámara, viendo el peligro y llevada por el espíritu de propia conservación á defender sus fueros, ha rechazado naturalmente el proyecto por una considerable mayoría. Es un hecho el conflicto. Lord Gladstone se ve en el caso de seguir adelante en su campaña, declarando la guerra á aquella histórica y poderosa aristocracia, que tanto brilló y tanta fuerza ha dado á las islas británicas.

Los más caracterizados órganos de la República francesa baten palmas ante la perspectiva de la Cámara de los Lores vencida y anulada, sin averiguar si esta trascendental lucha es siquiera política y prudente. ¿Qué sucedería cuando triunfasen las tendencias de Lord Gladstone y fueran desconocidos los inmensos servicios que á la Nación inglesa ha prestado la Cámara de los Lores con su conservador espíritu de siempre?

Basta por hoy consignar esta pregunta para comprender toda la gravedad que entraña.

\*  
\* \*

Francia tropieza también, como Inglaterra, con serias dificultades en sus grandes proyectos de conquistas coloniales.

El Imperio chino se niega á ejecutar el famoso y reciente tratado de Tien-Tsin; los franceses han sido rechazados á tiros en Lang Son, y lo que es más, China acepta la responsabilidad del hecho, alegando que es vicioso y sin fuerza el tratado suscrito por un oficial de la República, el comandante Fournier y el jefe Li-Hung-Chang; tratado que tan en serio tomó el Gabinete presidido por el Sr. Ferry, haciendo que la

mayoría cobrase fe en la política de las costosas expediciones y batiese palmas.

Comprometida es hoy la situación de Francia. Al tener noticia del descalabro sufrido en el extremo Oriente, el Gobierno dió el mando de las flotas al Almirante Courbet, reclamando á China una indemnización de quinientos millones de francos.

Por otra parte, se anuncia en Pekín el triunfo del partido que quiere la guerra. ¿Se negarán ahora los chinos á satisfacer la indemnización pedida y á entregar los reclamados plazos de Lang-Son y Lao-Kai?

«Podemos seguir dos líneas de conducta muy diferentes—dice asustado *Le Télégraphe*.—Hay una determinación que nos parece llena de inmensas complicaciones y grandes peligros, exigiendo sacrificios enormes de sangre, de dinero y de tiempo. Hay otra determinación que no exigiría ni un soldado más, y nos ofrecería, sin embargo, medios eficaces para obligar á China é indemnizarnos debidamente. El primer medio es la guerra. ¡Hay quien habla de ella y la predica! ¡Hasta algunos que se creen buenos franceses la aceptan!... ¿Se han olvidado ya las declaraciones que en el seno de la comisión parlamentaria del Tong King pronunció hace tres meses el Ministro de la Guerra? ¿No dijo que no podía dar un hombre más sin comprometer la movilización, añadiendo con verdadero patriotismo que, si había Ministro capaz de arrancar al ejército otro regimiento, no sería el General Campenon quien tendría entonces la cartera? Para sostener una guerra contra China, teniendo en cuenta el número de combatientes, las guarniciones precisas y el movimiento de ida y vuelta, necesitaríamos cuando menos 60.000 hombres, y 60.000 hombres significan la movilización absoluta é irremediablemente comprometida. ¡Acepte quien quiera semejante responsabilidad, que es para nosotros sinónimo de traición á la patria!

»El otro medio que nos queda es apoderarnos de las islas chinas; es lo que se llama política de las prendas... Es la más segura y debiera haberse ejecutado hace tiempo. La ocupación provisional hasta que China nos dé las satisfacciones debidas... Pero hay que volver sobre el tratado de Tien-

Tsin para enmendar con cierta habilidad las faltas cuyas consecuencias patentiza el incidente de Lang-Son. Hay que limitarse al primer proyecto del Sr. Ferry, el único que expuso el Ministro ante la comisión y la Cámara: la ocupación solamente del Delta, más abajo de Sontay, Hanoi y Bac-Ninh hasta el mar... ¡Ah! por favor, puesto que hay precisión de rehacer los bosquejos de convenciones, volvamos á aquella *zona neutral* del proyecto Bourée que, al menos, daba á China participación en las tareas de vigilancia...»

Por otra parte, el envío de nuevas tropas francesas tropieza hoy con dificultades insuperables. El servicio regular de los trasportes de guerra está por las circunstancias paralizado, encontrándose en Tolón casi todo el material disponible. No es probable que la administración de marina pueda enviar buques á Brest ó á Lorient, pues ha bastado que corriese esta noticia para que todas las poblaciones de los puertos militares del Atlántico protestasen, temerosas de la epidemia.

Esperemos, pues, que la expedición francesa del Tong-King, que bien pudiera diezmar á Europa con la importación del cólera asiático, tenga al fin un desenlace tal vez menos satisfactorio para las desmedidas ambiciones, pero más en armonía con las grandes ideas de humanidad y de justicia que tanto se preconizan sin ánimo de practicarse.

\*  
\* \*

Poco tranquilizadoras siguen siendo las noticias de Marruecos.

Es un hecho que existen fermentos de rebelión contra el Emperador en ciertas comarcas, y el Gobierno francés ha declarado que no intervendrá, «á no ser que los disturbios continuasen y cudiesen.»

Pero se sabe que en Sous como en Angera, en Zemur como en Beni-Aros, la rebelión alcanza por momentos nuevos secuaces. En todas partes están de tal manera excitados los ánimos, que se considera muy problemático, ó mejor dicho muy difícil, localizar la insurrección en las mencionadas provincias.



Esta situación anormal es indudablemente más grave y peligrosa de lo que pudiera creerse. El Gobierno marroquí y los cónsules extranjeros están convencidos de que hay en todo lo que sucede nuevas intrigas del Gabinete Ferry. Parecemos, sin embargo, que sería un error el creer ahora que España é Italia pueden mirar impasibles que los franceses obren en Marruecos como obraron en la Regencia de Túnez.

Mientras tanto, el lenguaje de la prensa francesa sigue siendo el mismo. Afirman los periódicos traspirenaicos que las negociaciones entre Francia y Marruecos son un hecho ó están en vía de terminarse felizmente, y que el Emperador, asintiendo á los informes de su hermano, está convencido de que la rectificación de fronteras que se le pide no ataca en manera alguna su soberanía, tratándose de territorios ocupados por tribus insurrectas cuya posesión en nada facilita la defensa del Imperio. Añaden que la frontera de la Argelia ha de extenderse desde la embocadura del Kiss á la del Muluya, á catorce kilómetros hacia el Oeste, puesto que ésta es la verdadera frontera de la Argelia, habiendo sido el Muluya el río que separó en tiempo de los romanos la Mauritania Tingitana de la Mauritania Cesárea, y siendo también este mismo río el que la Dirección española de Hidrografía señala como límite natural de las posesiones francesas en el Norte de África.

El tiempo nos dirá el móvil y el fundamento de todas las argucias.

\*  
\* \*

Los católicos belgas dan un alto ejemplo de cómo los conservadores y verdaderos políticos de todos los países pueden librarse de todas las disfrazadas tiranías.

Suponíase que los católicos de Bélgica confiarían demasiado en el éxito de su primera victoria y se dormirían sobre sus laureles, descuidando la cosecha de los naturales frutos. Créíase que muchos de los electores que votaron el 10 de junio considerarían de poca trascendencia el abstenerse en las elecciones del 8 de julio, y hasta llegaba á afirmarse que el partido liberal haría con éxito titánicos esfuerzos para ate-

nuar el efecto moral de su derrota. Los resultados han destruído, sin embargo, todos los juicios pesimistas.

El día 8 de julio el Gobierno conservador ha sido confirmado en el poder por una inmensa mayoría de la nación belga. Se trataba, como es sabido, de elegir á los miembros del Senado. De cincuenta y nueve senadores, el escrutinio dió por resultado cuarenta individuos de la derecha y sólo diez y nueve de la izquierda, obteniendo el Ministerio una mayoría aun mucho más considerable en la alta Cámara que en la popular.

En tales condiciones, llano tiene el camino todo Gobierno. Los liberales de Bruselas no se hacen ilusiones, y ya pronostican con tristeza que los católicos se han consolidado allí en el poder para mucho tiempo.

Los primeros actos del Gabinete Malou han revelado una gran tolerancia respecto de las personas, á la vez que una inflexibilidad enérgica en todo lo relativo á los principios. Así, después de diez años de un Gobierno de ideas avanzadas y de aventuras é innovaciones sin cuento, parece el nuevo Ministerio llamado á realizar en Bélgica una contrarrevolución verdaderamente liberal y conservadora, sin violencias ni sacudidas y por sólo la fuerza regular y el acompasado movimiento de las opiniones libres.

\*  
\* \*

Mientras que los alemanes liberales son derrotados en las elecciones de Praga por una gran mayoría, cuando menos se esperaba un hecho que tan poderosamente ha de influir en la futura constitución del Reichsrath del Imperio austriaco; cuando con ocasión de las maniobras navales que estos días han terminado en Danzig se evidencia que en once años los esfuerzos de Alemania han sabido crear una marina que ocupa ya el tercer puesto entre las mejores del mundo; y cuando Italia y Francia, de acuerdo en esta parte con los previsores Estados Unidos, declaran que en el porvenir y con el nuevo equilibrio europeo las escuadras están llamadas á prestar servicios que eclipsarán los de todas las fuerzas de

tierra, llama también la atención la actitud de Rusia, que parece disponerse á mayores empresas.

Rusia, ya tan grande, sigue creciendo todavía. Rodea el mar Caspio y baja lenta y metódicamente al corazón mismo del Asia. Es verdaderamente enorme el sitio que ocupa en el mapa del mundo antiguo, y parece eximirse de las condiciones ordinarias impuestas á todos los Estados modernos. Colocada entre dos mundos, el europeo y el asiático, tiene por núcleo el elemento eslavo, por base la frontera oriental de Europa y por campo inmenso, por la parte del Asia, las regiones invadidas alternativamente, desde los tiempos prehistóricos hasta el siglo XV, por tantas hordas nuevas y tan distintos pueblos.

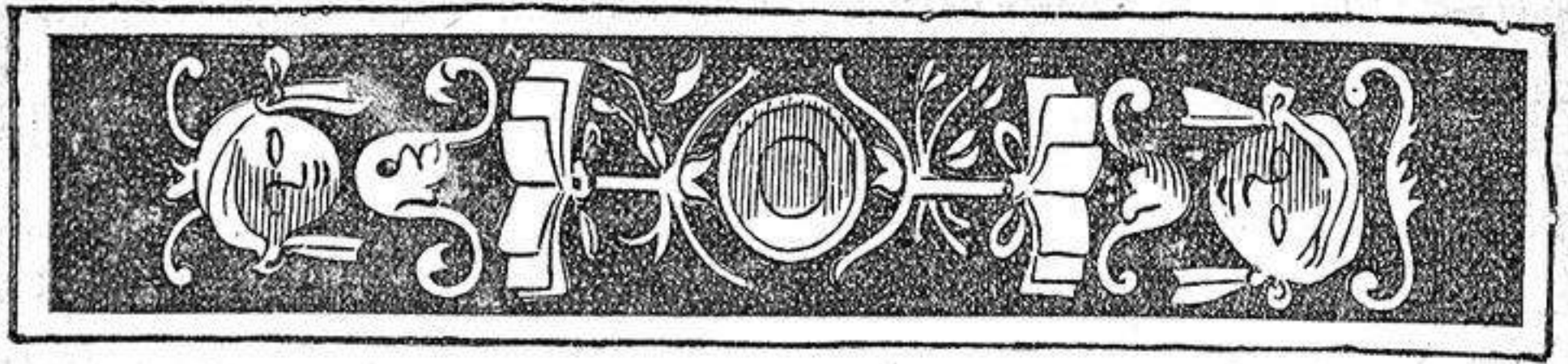
Dícese que un día el Czar, que no era todavía más que Príncipe de Moscovia, recibió á un inglés en su capital de casas de madera de pino y desconocida de los pueblos de Occidente. Era en 1553. Aquel Czar se llamaba Ivan IV, señor de Vladimiro, de Moscou y de Novgorod, Rey de Khazan y de Astrakán, dueño de Pskof, gran Duque de Smolensk, de Tver, de Ingria, de Permia y de Liuornia, Comendador de Siberia y de las partes septentrionales del globo, teniendo en contra á Alemania, á la Lituania, que pronto había de fundirse en Polonia, y á Suecia, cuna de su antepasado Rurick. El inglés era Ricardo Chancelor, que se había embarcado en el *Buenaventura* y seguía los derroteros indicados por Sebastián Cabot para llegar por el Norte á las Indias y encontrar nuevos mercados á los tejidos fabricados en Inglaterra.

Tres siglos más tarde, Rusia era un poderosísimo Estado, é Inglaterra contaba ya con ricas posesiones en las Indias, hacia Cathay, aquel punto que en el siglo XVI buscaba Chancelor por el estrecho Behring.

Hoy los intereses han cambiado. Los rusos han ido á Merv y tal vez dirigen aún más allá en el horizonte sus miradas.

¿Quién es capaz de predecir la misión que Rusia, gigante hoy entre los colosos, tiene señalada por la Providencia en las luchas de la vida de los grandes pueblos?

S.



## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

**El Conde de las Almenas.**—*Los grandes caracteres políticos contemporáneos.*—BISMARCK—THIERS.

Publicado el primer tomo de esta obra, con general aceptación de los hombres dedicados al estudio de la política moderna, la curiosidad general esperaba con fundamento seguiría su empresa el autor con tan buena fortuna como había comenzado, dotando á la literatura española de ricas joyas necesarias para el estudio histórico de nuestros días, tan descuidado por la calidad de textos que le ofrecen, como abundantes son los maestros que á porfía juzgan de plano los acontecimientos á través de sus preocupaciones de escuela, cuando no de acuerdo con el propio interés.

Mas no ha sido así. El segundo tomo de *Los grandes caracteres* excede al primero en importancia, vence las dificultades cual si no las hubiese, y en los asuntos que trata, de por sí

embrollados y oscuros, nunca deja al lector sin el hilo que ha de guiarle en tan intrincado laberinto.

Los graves acontecimientos que han transformado en pocos años el mapa europeo, todos los conocemos; pero los antecedentes que han operado esta laboriosa transformación, sus causas ocultas, origen del resultado fatal que debían producir, esto lo han aprendido pocos. Verdad es que muy pocos han podido aprenderlo en las biografías de periódico donde por lo común se estudian.

Aplíquense, pues, á leer lo respectivo á Bismarck, en la obra del señor Conde de las Almenas, los que pretendan enterarse del estado de trastorno y humillación á que condujeron á Prusia los acontecimientos de 1848; cómo salió de él por la incontrastable entereza del gran canciller; de qué manera se llegó á la famosa campaña de Bohemia, para concluir la monar-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

quía prusiana por convertirse en Imperio alemán, bien á costa de su antigua rival la Francia, tan humillada al fin, como ciega se mostró al principio.

Muchas obras se han impreso en el extranjero, y no faltan en nuestro país, en que se detalla alguno de tan importantes sucesos, y aun la marcha política que le dió por resultado, y su influencia en el orden social, pero cuadro tan acabado, en tan breve espacio, dudamos existiera hasta la publicación de *Los grandes caracteres*.

Reuniendo la severidad histórica al interés de la novela, vemos á un hombre elevarse casi desde las últimas clases á ser el árbitro de Europa, engrandecer su patria hasta un punto maravilloso, y sobreponerse á los partidos, el que nunca brilló en las aulas por su aplicación, ni largos estudios científicos cultivaron su entendimiento. Pero tenía un alma grande, juicio recto, imaginación ardiente, que todo lo embellece, y ese don práctico que pocos alcanzan, para descubrir la índole verdadera de las cosas.

Tal es el Canciller prusiano. Véase su vida en los campamentos. Levantábase ordinariamente á las diez, á menos que el rumor de la batalla no le llamara antes del día al lado del Rey y del ejército; pero en cambio velaba toda la noche y no se dormía hasta la madrugada. Apenas fuera del lecho, y á medio vestir, comenzaba á leer y anotar despachos, á recorrer periódicos, á dar instrucciones á los empleados de su comitiva, á preguntar, á escribir y dictar. Más tarde recibía las visitas, daba audiencias ó hacía sus informes al Rey. En seguida estudiaba sobre la carta la posición del día, y las operaciones empeñadas, co-

rregía los trabajos burocráticos, señalaba con lápices de colores los artículos de periódicos á que era necesario contestar, sin dejar por esto de recibir de continuo oficiales de órdenes, Generales, consejeros, empleados que acudían á consultarle, y comisiones y personas particulares que venían á visitarle. Solo de dos á tres se permitía el parco recreo de montar una hora á caballo. Después volvía al mismo trabajo de la mañana, hasta las cinco ó las seis de la tarde, á cuya hora comía. Desde la sobremesa hasta las altas horas de la noche, leía ó fijaba en el papel sus proyectos, sus planes, sus pensamientos. En la comida era tan sobrio, que puede decirse no hacía más que una; pero frecuentemente tomaba tazas de té. Su mesa era siempre opulenta, y durante la guerra fueron notables los banquetes que dió en Reims, en Meaux, en Fesviers y en Versailles, Apesar de todo, siempre procuraba alojarse con modestia, y en Versailles, donde jefes militares de segunda importancia disfrutaban regios alojamientos, sólo tenía él dos modestas habitaciones, una para el trabajo, y otra para el descanso.

.....

Todos los soldados le conocían, y todos le amaban por el interés que por ellos demostraba. En Gravelotte, él mismo llevó agua á unos heridos. Al General Stuismetz le reprendió otra vez con dureza porque abusaba del valor de sus tropas y era pródigo de la sangre de los soldados.

A la biografía de Mr. Thiers corresponde la segunda mitad del tomo que analizamos. Su índole es bien diferente de la anterior. Allí la patria, una aspiración grande, la constante lealtad por sistema, la unidad alemana por

término: aquí las luchas de partido, el orgullo personal, la versátil inconsecuencia como principio, el desastre de Sedán á la postre. ¡Qué útil enseñanza! No sabemos si nuestro ilustrado amigo el Sr. Conde de las Almenas habrá querido darla, pero es lo cierto que de su biografía de Thiers se deduce: ¡Cuánto retórico sobreponiéndose al trono! ¡qué hormiguero de jefes de bando bullendo en diferente sentido! es admirable su amor al pueblo; en su beneficio inventan aquella célebre frase: *el Rey reina y no gobierna*; tres dinastías ciñen la corona, dos repúblicas se establecen, el antiguo Imperio se impone, y todo ello da por resultado derrotas vergonzosas, la desmembración del territorio, y el extranjero árbitro de la nación destinada por la Providencia á servir de ejemplo á las demás, al presente, así como sirvió con su primer revolución del 93, para retrasar el progreso de la humanidad por tiempo indefinido. Cumplido está el célebre dicho de un escritor de ese mismo pueblo: «Cuando Dios quiere castigar á un país, le quita sus señores naturales, y pone comerciantes en su lugar.» La frase necesita alguna explicación. Comerciantes hay de la conciencia, de la sangre ajena, de la inteligencia propia, y hasta de la palabra.

Todos ellos iban subiendo á la superficie á medida que se lo permitía *la menor cantidad de Rey posible*, y llegó el caso de no haber ni aun agrupación concertada con mote de Gobierno, digna de que el vencedor la impusiera condiciones. Hubo que formar una especie de representación nacional, y quizá sea esta la obra más meritoria en la vida política de Mr. Thiers.

Gracias al Sr. Conde de las Almenas, estas consecuencias se deducen

de las páginas en que refiere sucesos conocidos, pero jamás presentados con tan inexorable verdad sin hacer otra cosa que narrarlos con difícil sencillez.

*Los grandes caracteres* serán una grande historia. Siga su autor con tanto provecho como hasta aquí el camino emprendido, y de seguro logrará inmarcesible lauro, por más que deje á los venideros el sentimiento de que su tarea haya sido demasiado corta.

Con decir que el libro está impreso en casa del Sr. Hernández, basta para recomendarle. Corrección esmerada, bellos caracteres; buen papel, nada le falta para ser un modelo de excelente impresión. Se hallará con el primer tomo en las principales librerías, al precio de 5 pesetas cada uno, en rústica, y 6 encuadernado á la inglesa.

\*  
\* \*

EJERCICIOS DE ANÁLISIS LITERARIO Y COLECCIÓN SELECTA DE COMPOSICIONES EN PROSA Y VERSO, precedidas de unos trozos del romance castellano desde su origen hasta su florecimiento. Obra destinada á los ejercicios prácticos de literatura preceptiva, por *D. Pedro Muñoz y Peña*, catedrático numerario de retórica y poética en el Instituto de segunda enseñanza de Valladolid. Un tomo en 8.º de 400 páginas y buena impresión. Se vende á 5 pesetas en las principales librerías.

Siempre han sido importantes las colecciones de trozos selectos de literatura, si son escogidos con saber é inteligencia, y como estas circunstancias concurren en el Sr. Muñoz y Peña, su libro resulta útil y agradable, tanto para enseñar como para distraer el ánimo, formando el buen gusto de

los que á su lectura se dediquen, sin tomarse el trabajo de recorrer el dilatado campo literario para recoger el abundoso y sazonado fruto que aquí se ofrece en corto espacio.

\*  
\* \*

SACRAMENTO Y CONCUBINATO, por D. Manuel Polo y Peyrolón. Un tomo en 8.º Su precio, 10 rs. en las librerías de Aguado y Olamendi y en todas las principales de España.

Se trata de una novela de costumbres españolas contemporáneas, género escaso y que tanto importa cultivar. ¿Y por qué la escasez si la importancia es mucha? preguntará el curioso. Por su dificultad, contestaremos. Con efecto, escribir lo que ha sucedido siempre, unos amores contrariados, el extracto de alguna causa célebre, reducido á diálogo; mal hilvanar en un tomo escenas de lo que se figura el autor ser la vida del *gran mundo*, salpicando la narración con barbarismos extranjeros (tal es el nombre), es moneda corriente; pero sube de punto lo sencillo de la operación, echando mano á la historia de nuestras más gloriosas épocas para calumniarlas desatinadamente. Al contrario, seguir las huellas en el camino recorrido en nuestros tiempos por Mesonero Romanos, Fernán-Caballero, Alarcón, Pereda y Valera, es cosa que merece pensarse despacio por el hombre culto y observador. Para muchos, de un lugarejo ó territorio rural no hay nada que decir, y en Madrid ó cualquier otra ciudad de primer orden, las costumbres son las de todas partes, sin carácter propio. Pudieran compararse las geutes que tal piensan á los primeros colonos del Brasil, que desconociendo el valor de los diamantes sin labrar, los usaban como fichas

para apuntar en el juego. Que intente cualquiera escribir una novela de la población ó país que más crea conocer, y comprenderá lo arduo de la empresa, llevada á cabo por los autores antes citados, y ahora por el señor Polo.

En estilo sencillo, liso y llano, comparado para la santidad del matrimonio sacramental y las desgracias de lo que se llamó matrimonio civil. No aparten el libro los que se juzgan libres pensadores, ó mejor dicho, no aceptan otro pensamiento que el suyo. Podrán leer sin encontrar exhortaciones fanáticas, ni aun doctrinales, fuera del caso. Es la historia de dos matrimonios lugareños, referida con tal sencillez, que después de leída, tentado está uno por decir: «eso lo he visto muchas veces.» He ahí el mérito. Unido esto á los verdaderos idilios de la vida campestre que amenizan la narración, los caracteres bien sostenidos, en términos de identificarse el lector con los personajes, cual si fueran para él conocidos, hacen el libro digno de figurar entre los mejores de su clase.

Olvidaba decir que está impreso con licencia de la autoridad eclesiástica, lo que podrá ser causa que alguno tilde al autor de *neo-católico*, pero en un tiempo en que se ha oído calificar á Isabel I de *mogigata*, y á San Vicente Ferrer de infiel á su patria, suponemos tendrá sin cuidado la calificación antedicha al señor catedrático D. Manuel Polo y Peyrolón.

\*  
\* \*

ESTUDIOS DE CRÍTICA LITERARIA, por el Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Se han reunido en un tomo en 8.º, impreso con elegancia y corrección. Se vende á 6 pesetas.

Contiene seis partes.—De la poesía

mística.—Discurso de entrada de la Real Academia Española (1881).—De la historia considerada como obra artística. — Discurso de entrada de la Real Academia de la Historia (1883).—San Isidoro.—Discurso leído en la Academia Hispalense de Santo Tomás de Aquino, en octubre de 1881.—Noticia sobre la vida y escritos de Rodrigo Caro. Sirve de introducción á las obras inéditas de Rodrigo Caro, publicadas por una sociedad de bibliófilos de Sevilla.—D. Francisco Martínez de la Rosa. Sirvió de introducción al *Edipo* en la colección de Autores dramáticos contemporáneos.—D. Gaspar Núñez de Arce. Publicado en los *Autores contemporáneos* al frente de *El haz de leña*.

Como se ve, todos los escritos anteriores están juzgados: temerario sería intentarlo de nuevo, cuando la sanción general los considera perfectos y aun superiores. Basta con anunciarlos reunidos en un volumen.

\*  
\* \*

ELEMENTOS DE RETÓRICA Y POÉTICA Ó LITERATURA PRECEPTIVA, por *D. Pedro Muñoz y Peña*. Un tomo en 8.º á 6 pesetas.

Segunda edición la publicada, conocido ventajosamente su autor en la enseñanza y en la literatura, poco nos resta que decir, á no ser que en la reimpresión se halla algún tanto cercenada la doctrina, harto abundante en la primera edición, supliendo con notas lo que los más aplicados discípulos

pudieran echar de menos. Las demás alteraciones son poco importantes, y el esmero en la corrección de erratas mucho mayor que lo fué en la impresión antecedente.

\*  
\* \*

EL GOBIERNO DEL MINISTERIO PRESIDIDO POR EL SR. POSADA HERRERA CON RESPECTO Á LA ADMINISTRACIÓN DE LAS PROVINCIAS DE ULTRAMAR, por *D. Estanislao Suárez Inclán*, senador del reino.

Bajo este título, en verdad nada breve, ha escrito su autor un tomo en 4.º, demostrando, por cierto, lo fácil para un hombre de talento dar forma á un libro con escasa materia. «Dadme un punto de apoyo, decía Arquímedes, y levantaré el universo.» Noventa y cuatro días del azaroso Gobierno del Sr. Posada Herrera, á quien faltó tiempo para conciliar voluntades, han dado ocasión al Sr. Inclán para escribir una obra.

Sería contra la índole de nuestra REVISTA calificar las determinaciones, conveniencia y oportunidad de los acuerdos tomados en tan corto plazo respecto á las provincias ultramarinas, pues fácilmente caeríamos en apreciaciones políticas, cosa muy lejos de nuestro propósito; cumplimos con anunciar la publicación, contribuyendo así á que no pase desapercibido el transitorio Gobierno del señor Posada Herrera.

D. CH.